


2

COLECCION
MARIANA

H. M. PASQUALE



**MARIA
EN LA VIDA
CRISTIANA**

HUMBERTO M. PASQUALE

María
en la vida cristiana

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA

Alcalá, 164 - Madrid

HUMBERTO M. PASQUALE

Maria

en la vida cristiana

I. S. B. N.: 84-7043-207-9

Depósito legal: M. 15.036.—1981

INDUSTRIAS GRÁFICAS ESPAÑA, S. L. - COMANDANTE ZORITA, 48 - MADRID-20

*A mi madre,
que me consagró a la Virgen apenas nací,
y a Elvira y Amelia Macera,
que hicieron posible, con generosidad,
mi camino hacia el sacerdocio,
mi reconocimiento constante.*

Presentación

En la Constitución Lumen gentium del Concilio Vaticano II se invita a los fieles «a que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, particularmente el litúrgico» (número 67).

Pablo VI, en la encíclica Marialis Cultus, comenta: «La devoción hacia la Virgen, situada en lo más hondo del único culto cristiano que obtiene de Cristo su origen y su eficacia, es un elemento que dignifica la genuina piedad de la Iglesia. Refleja en la práctica del culto el plan redentor de Dios, por lo que, dado el papel singular que ha tenido en él María, le corresponde a ella un culto especial».

Siguiendo estas líneas orientadoras, el autor presenta en treinta y un capítulos, cálidas y oportunas reflexiones sobre las fiestas marianas y sobre las «prácticas y ejercicios de piedad recomendados a través de los siglos por el Magisterio de la Iglesia», que el Concilio «recomienda tener en grande estima».

El libro, escrito con sencillez intencionada, es una verdadera catequesis mariana, que encamina hacia una oración más auténtica a la Madre de Dios. Puede servir también para un mes de mayo personal o comunitario.

Que la devoción a la Virgen nos conduzca a Cristo cada día más. Hoy y siempre, a todos y a cada uno, ella dirige las mismas palabras que dirigió a los criados de las bodas de Caná: «Haced lo que Jesús os diga».

1. La Natividad de María

(8 de septiembre)

Es un hecho singular que la Iglesia celebre solamente dos fiestas de nacimientos, además de la Navidad de Jesús: la de Juan Bautista y la de la Santísima Virgen. De los otros santos celebra el día de la muerte, que es el nacimiento a la vida celestial. Para captar el sentido de esta excepción, hace falta reflexionar sobre lo que tienen de común los dos nacimientos.

María es una criatura única. La grandeza y la belleza de su figura, elevada por la gracia a la máxima cercanía a Dios, el haber sido concebida sin la culpa original y haber sido preelegida para ser Madre de Dios y colaboradora en la redención, son motivos suficientes para celebrar su nacimiento.

Pero estos privilegios conducirían sólo a colocar a la Virgen a la cabeza de los santos. En cambio, el sentido de la fiesta de la Natividad de María no se da separado de sus privilegios personales. Se impone buscarlo en la dirección en que la figura del Bautista nos resulta igualmente preeminente, es decir, como precursor de Cristo, quien dijo de él: «Os aseguro que, entre los hombres, no ha habido ninguno más grande que Juan el Bautista. Y, sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios es más grande que él» (Mt 11,11).

El motivo de la veneración del Bautista no es sólo su santidad personal, sino la importancia de su papel en la historia de la salvación: «Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos» (Lc 1,76).

Se trata de una importancia semejante en parte y en parte diferente de la de María.

Este es el motivo por el que la Iglesia celebra la natividad de estos dos grandes de la historia de la salvación, atribu-

yendo, como es natural, un valor y un peso diverso a uno y a otro: «El Niño santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios... Le llamarás Jesús, que quiere decir Salvador».

La fiesta de la Natividad de María recuerda que su entrada en el mundo tiene un relieve suprapersonal, universal e histórico-salvífico. A su nacimiento va unido el hecho del nuevo orden de salvación que Cristo ha realizado de modo definitivo. En el mismo marco, histórico-salvífico, están las fiestas de la Visitación y de la Inmaculada Concepción. No se dirigen tanto a exaltar privilegios individuales como a destacar la figura de María como instrumento salvífico elegido por Dios.

Toda la celebración litúrgica se desarrolla en este marco. La oración de la Misa pide que los fieles —para los que el nacimiento del Redentor del seno de la Virgen María ha señalado el comienzo de la salvación—, se hagan partícipes de la gracia divina a través de la celebración del nacimiento de esta Virgen. Gracia de unidad y de paz «bajo la guía del Pastor que reunirá a sus ovejas hasta los confines de la tierra, llevándoles la paz», como se lee en la lectura.

Es la perspectiva histórico-salvífica de la festividad, que comienza en el misterio de Navidad, «cuando la que ha de dar a luz, dé a luz» (primera lectura).

El Evangelio de la fiesta da, a su vez, la genealogía de Jesús (Mt 1,1-16.18-23), en la que María aparece como el último eslabón de la antigua alianza; como quien precede inmediatamente el vértice de la línea de salvación, Jesucristo, a quien ha servido de puerta viva para su entrada en el mundo.

Si toda la historia de la salvación está bajo la providencia de Dios y el origen de María está unido de modo estrecho con el de Jesús, se puede también pensar que la encarnación del Hijo y el nacimiento de la Virgen María están comprendidos en un único y mismo decreto.

Pío XII afirma: «El misterio de la natividad de María no podría estar más profundamente anclado en el plan divino» (*Munificentissimus Deus*, núm. 35).

Característica de la liturgia del día son las numerosas invitaciones a la alegría. La antifona del comienzo lo expre-

sa bien: «Celebremos con alegría la Natividad de la Virgen María». El motivo de la alegría es: «Porque de ella ha nacido el sol de justicia, Cristo, nuestro Dios».

En el centro de esta historia campea la figura de Cristo. María es la aurora, cuya aparición hace huir a las tinieblas, porque en ella se anuncia la salida del Sol.

San Andrés de Creta († 740) explica que las tinieblas se retiran a la llegada de la luz y que la gracia trae la libertad: «Esta fiesta es como un mojón entre el Nuevo y el Antiguo Testamento. Señala cómo a los símbolos les sucede la verdad y cómo a la primera alianza sucede la nueva. Cante, pues, toda la creación de alegría y participe en el gozo de este día... en el que el Creador del Universo ha construido su templo. Hoy es el día en que, por un prodigio estupendo, la criatura se convierte en morada escogida del Creador» (Oficio de Lectura).

La primera lectura de la Misa, tomada del profeta Miqueas, así como también la de San Pablo, que se puede tomar en lugar de la indicada, afirman que toda vocación es una predestinación de la eterna sabiduría: «Belén... de ti saldrá el que debe ser el dominador de Israel; sus orígenes vienen... de los días más remotos... Dios le dará el poder... cuando la que debe dar a luz, dé a luz... El apacentará con la fuerza del Señor, con la majestad de la gloria del Señor... hasta los últimos confines de la tierra y ésta será la paz».

En las catacumbas de Domitila, en Roma, hay una pintura del siglo segundo que representa a la Virgen profetizada por Miqueas como la que dará a luz al Mesías, pastor del pueblo.

En su canto, el *Magnificat*, María señaló como signo de la era de la salvación el regalo de los bienes mesiánicos, espirituales, a los pobres, a los humildes que se reconocen necesitados de salvación (Lc 1,51-53).

La morada viviente de Dios en medio de los hombres se presenta a Isabel, la humilde sierva del Señor. Signo y portadora de la presencia divina, que salva y santifica (*antífona de comunión*). Portadora del que ha de guiar nuestros pasos por el camino de la paz (Lc 1,79).

Del mismo modo, todo cristiano, con su conducta, con la fidelidad a los compromisos de su bautismo, puede y debe ser un signo de la *venida* y de la *presencia* de Dios sobre la tierra, un válido sembrador de paz. De manera especial, al recibir la Eucaristía, se convierte en portador de Dios, de Cristo, en medio de los hombres que encuentra con actitud humilde de servicio.

Cristo es el sol de justicia, y María, como se canta en la liturgia de las horas, con su vida, es la luz del mundo: ella vela sobre nuestro camino. En ella el Hijo de Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga hijo de Dios. San Bernardo llega a decir: «Quita a María, esa estrella del mar, grande y sin fin, ¿y qué queda sino la oscuridad que envuelve todo en las tinieblas más profundas?».

Con toda razón, la oración después de la comunión nos hace pedir: «Alégrese tu Iglesia, Señor... en el recuerdo de la Natividad de María Virgen, esperanza y aurora de salvación para el mundo entero».

La alegría que caracteriza esta celebración mariana brota de una única fuente: el Mesías que ha nacido de la Virgen. Y esa alegría se derrama por toda la tierra.

De ella habla el Evangelio: «El ángel dijo a los pastores: Os traigo una gran alegría que dará un inmenso gozo a todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, ha nacido vuestro Salvador, el Mesías, el Señor. Lo reconoceréis por estos signos: encontraréis un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Los pastores llegaron corriendo a Belén y encontraron allí a María, a José y al Niño... Al volver, alababan a Dios y le daban gracias por lo que habían oído y visto, según lo anunciado por el ángel» (Lc 2).

* * *

La Catedral de Milán canta en su suntuosidad el misterio del nacimiento de María. Fue proyectada por Juan Galeazzo Visconti en 1385 y consagrada por San Carlos Borromeo en 1577.

En 1738 fue llevada a Milán una imagen de María Niña, modelada por una habilísima artista, sor Isabel Clara Fornari, de las Franciscanas de Todi. Era un obsequio para las

Capuchinas del convento de Santa María de los Angeles. Al ser suprimidos por Napoleón I muchos monasterios lombardos, la imagen fue a parar al cuidado del párroco de San Marcos, con la condición de que lo confiase a otra comunidad de religiosas.

Cuando las Hermanas de la Caridad, fundadas por Santa Bartolomea Capitanio y Santa Vicenta Gerosa, tomaron la dirección y el servicio del hospital Ciceri, recibieron como regalo la imagen, que expusieron inmediatamente al culto en su Casa Generalicia de la calle de Santa Sofía. Desde entonces, aquellas religiosas son conocidas por el apelativo de «Hermanas de María Niña».

La graciosa imagen, con más de un siglo y medio, descolorida y desfigurada, fue sustituida por otra.

El 8 de septiembre de 1884, fiesta de la Natividad, sor Josefina Woinovich, postrada en cama desde hacía varios meses y atormentada por dolores espasmódicos, pidió que le llevaran la vieja imagen y se le complació. A la mañana siguiente, la Madre General tuvo la inspiración de presentar a todas las hermanas enfermas la imagen para que la besaran. La novicia Julia Macario, inmovilizada por graves y dolorosas contusiones, tomó en sus brazos con mucha dificultad la Santa Niña. Curó de repente.

Fue tal vez mayor el milagro que pudieron constatar todos y que aún hoy se puede testimoniar. La antigua imagen de cera, amarillenta y deformada por los años, quedó tan bella y luminosa, que parece una niña viva.

Desde 1953 es venerada en un nuevo santuario, consagrado por el Cardenal Schuster.

El Siervo de Dios, Cardenal Ferrari, en 1897, había aprobado ya los estatutos de la *Liga de los Inocentes*, instituida para dar una guardia de honor a María Niña, para salvaguardar la inocencia de los niños y asegurar que se pedía por el Papa y la Iglesia.

2. Llena de gracia

(8 de diciembre)

La liturgia de la solemnidad de la Inmaculada es una invitación a reflexionar sobre el valor teológico de este gran misterio mariano. Las lecturas de la Misa presentan su fundamento bíblico.

El Evangelio habla del ángel Gabriel, mandado por Dios a Nazaret, quien, al aparecerse a María, le revela la gracia extraordinaria que se le otorgaba para poder ser dignamente Madre del Mesías e Hijo de Dios.

La oración de la colecta exalta ese don único en estos términos: «Oh Dios, que en la Inmaculada Concepción de la Virgen has preparado una digna morada a tu Hijo y, en previsión de su muerte, la has preservado de toda mancha de pecado, concédenos también a nosotros, por su intercesión, ir hacia ti en santidad y pureza de espíritu».

Se presenta aquí de modo evidente la trama del plan divino: Dios prepara una digna morada al Hijo preservando a María de toda mancha de pecado. La llena de perfección y santidad en previsión de la muerte meritoria del Hijo, para que ella pueda acceder a la maternidad divina que el ángel le propone. Al saludarla, éste penetra en lo más íntimo del alma de María; vuelve al origen de su vida, al primer momento de su concepción, en el que el amor de Dios había tomado posesión de todo su ser. Por eso la saluda «llena de gracia» (Lc 1,28). Sólo después, cuando quiere serenar su turbación, la llama «María»: «No temas, María» (Lc 1,30).

El nombre sirve para distinguir y hacer conocer a una persona. El nombre que distingue a María de todas las demás criaturas es «Llena de gracia». El nombre «María», que la dis-

tingue entre sus conocidos, según su raíz egipcia, significa «La amada de Yavé». Es el mismo nombre de la profetisa, hermana de Arón Ex 15,20), que había acompañado a Moisés en la salida de Egipto.

«Amada de Dios» o «Llena de gracia» dicen más o menos lo mismo. Las palabras «llenar de gracia» se encuentran sólo en San Pablo cuando habla de la «gracia que Dios nos concede por medio de su amadísimo Hijo» (Ef 1,6). Este modo de expresarse ayuda a comprender el del ángel. Dios ha puesto su gracia en Cristo para que rebose sobre nosotros y ha querido que nos llegue a través de María. «El Verbo se ha hecho carne... y hemos sido hechos hijos de Dios» (Jn 1,12-13). La gracia nos es comunicada a través de la humanidad que Cristo ha tomado de María. En cada misa, en el momento de la comunión, se nos recuerda esta verdad: «El cuerpo y la sangre de Cristo me guarden para la vida eterna». En la misa de la Inmaculada se pide: «El sacramento que hemos recibido, Señor Dios nuestro, cure en nosotros las heridas de la culpa de la que, por singular privilegio, preservaste a la bienaventurada Virgen en su Concepción Inmaculada».

El misterio de la elección de María se contiene igualmente en la primera lectura de la misa (Gen 3,15). Se señala allí la enemistad entre Eva y la serpiente, entre la descendencia de la mujer y la de la serpiente seductora. Junto al Hijo, vencedor de la serpiente, también María, «unida a él con un lazo estrechísimo e indisoluble», es con él y por medio de él la eterna enemiga de la serpiente venenosa y aplastó su cabeza con su virginal pie (*Ineffabilis Deus* de Pío IX).

La figura intenta llevar a la contemplación de María como contrafigura de Eva. Es el paralelismo —Adán-Cristo— de San Pablo (1 Cor 15,45), que presenta a María como nueva Eva «madre de los que viven».

Escribía ya San Justino († 165): Sabemos que el Hijo de Dios se ha hecho hombre por medio de la Virgen, para que el pecado desapareciese del mismo modo que comenzó por obra de la serpiente (según la narración simbólica de la serpiente). Efectivamente, Eva, que era virgen inviolada..., después de haber acogido la palabra de la serpiente, concibió pecado y muerte. En cambio, la Virgen María fue llena de fe y

de gozo cuando el ángel le llevó la alegre noticia... y respondió: «Hágase en mí según tu palabra». Jesús nació de María... por medio de él aniquila el pecado».

Según San Pablo, Dios había establecido «recapitular» un día todas las cosas en Cristo (Ef 1,10), poniendo el universo bajo su dominio y haciéndolo partícipe de la vida divina con la redención. Llevó a cabo esta restauración y recapitulación a partir de la gracia inicial con la que colmó el alma de María. Una plenitud que abarcaría la humanidad y el universo. Con la gracia de la Inmaculada Concepción, Dios encierra una gran potencia en el Corazón de la Virgen Madre. Este Corazón Inmaculado se convertirá en un centro de dinamismo que pondrán en claro los siglos y que Dios, su autor, contempla desde siempre.

Demos gracias al Padre por habernos dado a María. Alimentémonos del cuerpo de Cristo para ser, con él y con María, vencedores del mal. Invoquemos a María, Madre de la divina gracia y modelo de santidad.

* * *

Durante un exorcismo, en 1952, un sacerdote invocó varias veces a María para librar a una joven poseída. Ante aquella invocación insistente, el demonio aúlla, se rebela y lanza una violenta y torpe blasfemia contra la Virgen. El exorcista se enfrenta, imponiéndole que incline la cabeza como reparación. Nueva rebelión. Pero después, vencido, obedece mugiendo: «¡Ya sé que es poderosa vuestra madre de allá arriba!». A la pregunta sobre el motivo de su grave insulto, respondió: «Porque tuvo un hijo de modo no natural». El exorcista añadió: «¿Por qué tanto odio contra ella? Dímelo. Te lo exijo en nombre de María». «Porque fue ella la que aplastó la cabeza de Lucifer, nuestro jefe».

3. La Bienaventurada Virgen de Lourdes

(11 de febrero)

En 1858, el 11 de febrero, cuatro años después de que Pío IX definiese el dogma de la Inmaculada Concepción, la Virgen se apareció en Lourdes a la vidente Bernadette. El 25 de marzo se presentó como la «Inmaculada Concepción». La Virgen no añadió nada a la autoridad de Cristo y del Espíritu, que habla por medio del magisterio infalible de la Iglesia.

Más que a confirmar, la Inmaculada vino a proclamar aquel mensaje de un modo nuevo: a tocar los corazones y a atraer la atención sobre algunas consecuencias prácticas de la nueva definición. No vino para revelar o atestiguar, sino para vivificar e iluminar puntos de doctrina ya bien asentados, pero que para algunos cristianos se habían convertido en letra muerta. Las verdades fundamentales de la aparición—oración, penitencia— no son otra cosa que los primeros rudimentos del Evangelio, una repetición de la predicación del Precursor.

Para una exacta comprensión, exponemos algunas consideraciones preliminares. María se ha aparecido muchas veces en el curso de la historia de la Iglesia. Sin embargo, en pocos casos la Iglesia ha festejado con una celebración litúrgica universal esas apariciones, elevándolas al rango de memorias y recomendándolas a los fieles. No hay que interpretar esto en el sentido de que la Iglesia esté poco convencida de la existencia de estas intervenciones sobrenaturales en la realidad del mundo. Las apariciones están destinadas, con frecuencia, al vidente elegido, pero pueden también revestir un carácter profético destinado a toda la Iglesia. También en este caso siguen siendo «revelaciones privadas». No forman parte

de la revelación pública y, por tanto, no se exige hacia ellas un acto de fe divina.

Sin embargo, su importancia no puede ser rebajada o anulada. Son una expresión de los dones y carismas proféticos, siempre presentes en la Iglesia, que imprimen impulso a la fe y ayudan a realizar, de modo adaptado a cada tiempo, la inagotable e inagotada revelación de Cristo.

En Lourdes, la Inmaculada se presentó con una llamada a la oración, a la penitencia y a la expiación, que constituyen los medios decisivos para configurarse con Cristo y extender su obra redentora. El hecho de que se haya realizado en un marco de milagros extraordinarios, entre los que no hay que contar sólo las curaciones físicas, sino también los milagros morales de las conversiones, el cambio y la renovación de vida, adquiere una importancia vitalmente actual para nuestro tiempo.

El primer polo del mensaje de las dieciocho apariciones de Lourdes es: «Yo soy la Inmaculada Concepción». El resto todo se da en función de este elemento fundamental: el *pecado* está en contraste violento con la Virgen sin mancha.

En el curso de la cuarta aparición (19 de febrero), se manifiesta el demonio, padre del pecado. Reconoce a la que, única entre las criaturas, le aplastó la cabeza y brama en la orilla del río Gave para asustar a Bernadette: «¡Vete fuera!... ¡Vete fuera!». Pero la Inmaculada, con una mirada, lo pone en fuga. Un testigo pregunta a la vidente por qué cambiaba de expresión. «Me pongo triste cuando la Señora está triste y cuando pide que recemos por los pecadores». Y en otra ocasión: «¡Lloro porque llora la Señora!».

La Inmaculada, enemiga del pecado, es amiga también de los pecadores, los busca para que salgan de su penoso estado y los socorre también a ellos en sus penas físicas y morales.

Ella viene a este mundo, tentado de volver al paganismo, y le anima a la conversión.

No hay verdadero amor hacia el pecador si no se odia su pecado. Con mucha frecuencia condenamos a los que hacen el mal con un desprecio farisaico; o bien, si nos inclinamos hacia ellos para comprenderlos, perdemos el sentido del pe-

cado: no excusamos sólo al pecador, sino también el pecado. Es falso amor, peor que el odio, y nos hace cómplices del pecado.

El que ama verdaderamente a un enfermo, odia su mal y busca todos los medios para curarlo. Del mismo modo, el que ama al pecador, odia su pecado y no para hasta librarle de él.

No; no es a través de la experiencia del pecado como se puede comprender a los pecadores, sino con el amor y la misericordia. La Inmaculada es aquella en quien el amor no se ha visto disminuido por ningún pecado. Es la persona más capaz de misericordia, porque en ella se da el más alto grado de conocimiento de la más alta misericordia. Dios no la ha purificado, sino que la ha preservado del pecado y desde el principio la ha llenado de gracia. Por eso Dios la ha hecho capaz, más que a cualquier otro, de ese sentimiento tan raro y difícil entre todos los sentimientos: el agradecimiento. Y por eso es por lo que en Lourdes, cuando la Inmaculada hablaba de pecadores, manifestaba un sentimiento de tristeza inolvidable.

La liturgia de la misa, en la primera lectura, subraya la misericordia divina que llega a la Iglesia por medio de María, simbolizada en la ciudad de Jerusalén. «María es imagen y principio de la Iglesia, que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura» (LG 68), imagen de la «Jerusalén celestial... que es nuestra madre» (Gal 4,26). De ella brota, como un río, la prosperidad, la ternura, la consolación... y de generación en generación se derrama la misericordia divina, como se lee en el Evangelio del día.

Con cuánta confianza podemos repetir la oración colecta: «Oh Dios, Padre misericordioso, socorre nuestra debilidad, y por intercesión de María, Madre Inmaculada de tu Hijo, haz que nos levantemos del pecado a la nueva vida».

* * *

La mañana del 18 de marzo de 1536, Antonio Botta iba hacia la finca de un pariente suyo, rezando devotamente el rosario. Al llegar a un arroyo, se arrodilló en una gran piedra. Y entonces tuvo lugar el prodigio. Descendió del cielo un gran

resplandor que tomó la forma de mujer, vestida de blanco, coronada de luz y con las manos extendidas hacia la tierra y abiertas en un gesto que pedía misericordia. Le habló de esta manera: «Levántate y no dudes. Yo soy la Virgen María. Ve al párroco y dile que anuncie al pueblo que ayune durante tres días y que haga una procesión en honor de Dios y de su Madre. Recibe los santos sacramentos y vuelve aquí dentro de cuatro sábados». Después desapareció la visión.

Cuatro sábados después, volvió la Virgen y le dijo: «Si no fuese por las oraciones y las buenas obras de los buenos, el mundo sufriría mucho más de lo que padece ahora». Después hizo una invitación para que se abandonasen los vicios y pecados y añadió: «¡Misericordia y no justicia!».

Muchos milagros vinieron a confirmar la realidad de la aparición. En aquel lugar se levantó un templo: La Virgen de la Misericordia de Savona.

4. Anunciación del Señor

(25 de marzo)

Pablo VI llamó la atención sobre la solemnidad del 25 de marzo, a la que se ha vuelto a dar la denominación que tuvo de «Anunciación del Señor». Explicaba lo siguiente: «Era y es una fiesta conjunta de Cristo y de la Virgen: del Verbo que se hace «Hijo de María» (Mc 6,3) y de la Virgen que se convierte en Madre de Dios... Celebramos esta solemnidad como recuerdo del *fiat* salvífico del Verbo encarnado, que, al entrar en el mundo, dijo: «He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad» (Heb 10,7; Sal 38,8-9); como conmemoración del comienzo de la redención y de la unión indisoluble y sponsal de la naturaleza divina con la humana en la única Persona del Verbo. Y referida a María, como fiesta de la nueva Eva, virgen obediente y fiel, que con su *fiat* generoso (Lc 1,38) llegó a ser, por obra del Espíritu Santo, Madre de Dios, pero también verdadera Madre de los hombres y, al acoger en su seno al único Mediador (1 Tim 2,5), verdadera Arca de la Alianza y verdadero Templo de Dios; como memoria de un momento culminante del diálogo de salvación entre Dios y el hombre y conmemoración del libre consentimiento de la Virgen y de su concurso al plan de la redención (MC 6).

El rico contenido del documento de Pablo VI evidencia una verdad importantísima, profetizada ya siglos antes por Isaías y propuesta por la primera lectura de la Misa: «He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, al que llamará Enmanuel: Dios-con-nosotros».

La profecía se realizó en la Virgen María, como se lee en el Evangelio del día: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo. El que nacerá será santo y llamado Hijo de Dios».

Así en María, como afirma Pedro Crisólogo, «los habitantes de la tierra se unieron en parentesco con el Cielo». Este es, dice Pablo VI, «el momento culminante del diálogo de salvación entre Dios y el Hombre».

«Dios, invisible en sí mismo, se hace visible en nuestra naturaleza; infinito, se deja limitar; existente antes de todos los tiempos, comienza a vivir en el tiempo; dueño y señor del universo, toma la forma de esclavo; impassible e inmortal como Dios, no rechaza hacerse hombre pasible y sujeto a las leyes de la muerte» (*León Magno*).

En sintonía con estas afirmaciones, la segunda lectura de la Misa pone en evidencia que la obediencia del Hijo de Dios elimina los sacrificios antiguos: «Al entrar en el mundo, Cristo dice: '...Me has preparado un cuerpo... He aquí que yo vengo a cumplir, oh Dios, tu voluntad'» (Heb 10,5,9).

La celebración de la Anunciación era y es, por estos motivos, fiesta conjunta de Cristo y de la Virgen; del Verbo que se hace Hijo de María.

Con toda justicia Pablo VI llama a María «Verdadera Arca de la Alianza y verdadero Templo de Dios».

En María se da la presencia del Señor «que llenaba el arca de la Alianza mientras la gloria de Dios —es decir, Dios mismo— la invadía en su interior» (Ex 40,35). Pero entre el signo profético del arca antigua y María, verdadera Arca de la Alianza del Nuevo Testamento, hay una diferencia esencial.

La antigua era un medio, sin importancia, del que Dios se valía para hacerse presente en medio de su pueblo. Del mismo modo que es un puro medio el pan que se lleva al altar de la misa para ser cambiado en el cuerpo del Señor.

Dios no se encarna en María por sorpresa. El que se inclina con tanto amor sobre los hombres (Jn 15,15), no podía tratar a la más próxima a él como un simple instrumento. Le pide respetuosamente su consentimiento. Tanto más que la presencia de Dios en María la transforma. No habría podido vivir en la intimidad con su Madre sin transformarla.

El Espíritu de Dios que nos hace hijos suyos en el Bautismo, nos permite decirle: «Abbá», es decir, «Padre» (Rom 8,15). A María la hace decir: «Mi Dios y mi Padre». Pero una gracia nueva la hace decir ante el que lleva dentro de sí misma: «Mi Dios y mi Hijo». La gracia que ella recibe la pone al nivel de su estado de Madre de Dios. Recibe en su persona y en su organismo sobrenatural una connaturalidad nueva, en virtud de la cual el que es concebido en su seno no es para ella un extranjero, sino un hijo.

Su adoración de criatura y su amor de madre se funden en un solo movimiento del alma. En cada ternura, como en cada gesto de adoración, ella nutre verdaderos sentimientos maternos hacia este Dios que es su Hijo. ¡Misterio maravilloso!

Dios hecho hombre le dice a la que le ha engendrado: «¡Madre!». Y María puede responderle con toda verdad, con toda dignidad, con todo gozo: «¡Hijo mío!».

Pero el hecho de la Anunciación ilustra la manera peculiar con que Dios actúa sobre los hombres.

El no fuerza a la cooperación, sino que invita y atrae con su gracia.

La fe cristiana no ha interpretado nunca la escena de la Anunciación como un suceso privado entre Dios y la joven-cita de Nazaret, sino como un acontecimiento histórico-salvífico importante y decisivo para el destino de toda la humanidad. María ocupa el lugar de la humanidad y responde como representante suya. De aquí la importancia de su consentimiento, el *fiat* que el ángel le pidió.

A este propósito, San Bernardo escribe: «Oh María, el ángel espera tu respuesta y también nosotros la esperamos... Todo el mundo, postrado delante de ti, espera... Levántate y date prisa en abrirle» (*Super missus est* 4,8).

Su *fiat* ha hecho de María la mediadora del Redentor y de su obra hacia el mundo y la transforma en «puerta de salvación» para la humanidad. Así el hecho realizado en la intimidad y el silencio —característica de toda la vida de María— alcanzó las dimensiones de una acción salvífica de todo el mundo.

Esta cualidad de María, como Madre de los hombres, se completará en el Calvario y se hará plenamente consciente y efectiva después de su Asunción al cielo.

* * *

No podemos hablar de Jesús, sin encontrarnos con María.

Un clérigo protestante estaba de visita en un orfanato y los niños recitaban las oraciones para que el clérigo inspector las oyera. Uno de aquellos chiquillos había sido educado antes en una escuela católica y al acabar de recitar el padrenuestro, comenzó el avemaría.

—¡No, no! —dijo el clérigo—. Nosotros no queremos oír nada sobre ella. Continúa el credo.

Lo hizo el muchacho. Pero al llegar a las palabras «nació de...» se detuvo el niño para preguntar:

—¿Qué debo hacer ahora, Señor? Porque aquí sale otra vez María...

Verdaderamente, no podemos hablar de Jesús, sin encontrarnos con María.

5. He aquí la esclava del Señor

Dios, por boca del ángel, llamó a María al honor de la maternidad divina: «He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo... y será llamado Hijo del Altísimo».

La dignidad inefable no oscurece a los ojos de la Virgen su posición esencial ante la soberana majestad de Dios creador. Sigue siendo la esclava del Señor, nacida para servirlo en la amorosa entrega de toda su vida: «¡He aquí la esclava del Señor!».

Al elegirla como madre, el Salvador plasmó su espíritu según su propia imagen y le infundió los sentimientos y propósitos que hacen palpitar su propio corazón divino. El, de hecho, vino del cielo tomando la forma de esclavo (Fil 2,7) y como tal se afirma a sí mismo con singular energía delante de sus discípulos: «No he venido para ser servido, sino para servir» (Mt 20,28).

Servicio de amor por el Padre (Jn 8,49), servicio de redención por los hombres hasta el derramamiento de la sangre: «El hijo del hombre ha venido a dar la vida para la redención de muchos».

En su enseñanza, Jesús lo dice a todos: «Adora al Señor tu Dios y sírvele a él solo» (Mt 4,10). Desde su nacimiento, apareció sobre la tierra como adorador del Padre para rendirle el homenaje que le debía la criatura a la majestad del Creador y Padre del universo. Después, para ofrecerse como víctima de expiación por los pecados del mundo.

La encarnación es el misterio de la adoración y de la alabanza al altísimo Señor por excelencia. Lo confirma la en-

cantadora escena del pesebre. Sobre la gruta, adoran y cantan los ángeles. Adoran y alaban estupefactos y conmovidos los pastores. Adoran y alaban los magos guiados por la estrella hasta la cuna del recién nacido Niño. Adora y alaba la Virgen y Madre, como lo dice la liturgia ambrosiana: «Se postró adorando al Niño que ella había engendrado».

La cuna es el altar místico sobre el que, en cierto modo, se celebra la primera misa. En ella la carne y la sangre de la Virgen fueron elevados a la dignidad de carne y sangre del Hijo de Dios hecho hombre. El Espíritu Santo es, por decirlo así, el sacerdote con el que María entra en espontánea e íntima colaboración.

El himno litúrgico de la fiesta del Cuerpo y Sangre de Jesús canta este admirable sacramento que nos da la presencia de Jesús entre nosotros.

«Proclamad todas las gentes
el misterio del Señor,
de su cuerpo y de su sangre
que la Virgen ofreció
y fue dado en sacrificio
por salvar la humanidad.
Se nos dio de madre pura
y por todos se encarnó.»

San Bernardo comenta la presentación de Jesús en el templo con estas palabras: «Las manos de la Virgen ofrecen a Dios la víctima agradable de expiación». Víctima que se nos hace presente y se nos da para dar valor a nuestra adoración al Padre en la santa Eucaristía, en la que exclamamos: «Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos».

María no es extraña a este sacramento de nuestra salvación. A él nos quiere conducir. Por eso Pablo VI enseña: «El genuino culto hacia la bienaventurada Virgen... se convierte en camino que lleva a Cristo, fuente y centro de la comu-

nión eclesial, en quien todos los que confiesan abiertamente que él es Dios y Señor, Salvador y único Mediador (cf. 1 Tim 2,5), son llamados a ser una sola cosa entre sí, con él y con el Padre en la unidad del Espíritu Santo» (MC 32).

* * *

Lucía de Fátima, en la narración de la primera aparición, dice: «Mientras la blanca Señora abría por primera vez las manos, nos comunicó una luz tan intensa que nos penetró en el pecho y en lo más íntimo del alma... Por un impulso íntimo que nos fue comunicado, caímos de rodillas y repetíamos dentro de nosotros: «Santísima Trinidad, os adoro. Dios mío, Dios mío, os amo en el Santísimo Sacramento».

María nos invita y nos conduce ahora y siempre a Jesús, nuestro Salvador y Mediador, vivo entre nosotros en el sacramento eucarístico.

6. María Madre de Dios

(1 de enero)

El nuevo ordenamiento del año litúrgico ha vuelto a poner de relieve los rasgos marianos de la más antigua tradición, dando a la festividad de la octava de Navidad el nombre de «solemnidad de María santísima Madre de Dios».

El hecho de que María sea la Madre del Hijo de Dios encarnado forma parte del núcleo central de la fe mariana y debe verse como el distintivo y la característica esencial de la persona de María. El título de «Madre de Dios» no expresa sólo por parte de Dios una actuación de salvación personal de María y un privilegio suyo permanente, sino que manifiesta, de manera profunda, el misterio humano-divino: la encarnación de Dios.

Efectivamente, el Verbo, segunda persona de la Trinidad, ha preferido nacer de una mujer (Gal 4,4) más que descender del cielo formado por la mano de Dios, como el primer Adán (Gen 2,7). Quiso ser el retorno auténtico (Is 11,1) de la estirpe que salvaría después. ¿Por qué? Quería salvarla desde dentro, no como una ayuda llovida desde arriba, sino con una salvación surgida de sí misma. Quería socorrerla, no como un extraño, sino como un hermano, tan perfectamente humano, perteneciente al género humano que pretendía salvar, como perfectamente Dios, de la naturaleza del Dios ofendido: un mediador perfecto que uniese perfectamente en sí mismo las partes que quería reconciliar.

La misión de María es, por tanto, esencialmente, enlazar al Salvador con el género humano. No es tanto el fin como el medio de la encarnación. Ella es, sin duda, la más amada de las criaturas. Pero el que «no ha venido a llamar a los

justos, sino a los pecadores» (Mc 2,17) y que deja las ovejas fieles para buscar a la perdida (Mt 18,12), no ha venido tampoco en primer lugar para darnos el gozo de la Inmaculada, sino para la salvación del mundo.

María, Madre de Dios, se ha convertido en el baluarte del misterio central del cristianismo: del misterio del Hombre-Dios. Ella asume el papel de adversaria del anticristo, de los espíritus malos que infestan el mundo y que niegan que Jesucristo ha aparecido en carne humana.

Jesús y María no son solamente una sociedad formada por un hijo y una madre, sino por Dios-Salvador y la humanidad salvada. Es la Iglesia constituida en germen y de modo escondido en los dos miembros fundadores y por la primera de los redimidos. Todos los hombres son llamados para incorporarse a esta fundación. Esta incorporación, que es una identificación con Cristo, supondrá una relación filial, no sólo con el Padre celestial, sino también con la madre terrena del Hijo único de Dios. Ella consiente en ser madre del Mesías destinado a «salvar a su pueblo del pecado», como indica el nombre de *Jesús* sugerido por el ángel. Y el consentimiento total, incondicional de la «esclava del Señor» no es sólo consentimiento al nacimiento del Salvador, sino a toda la obra de la salvación. Lo atestiguan el mensaje del ángel y el *Magnificat*.

El texto bíblico central de la festividad es la segunda lectura de la Misa, que dice expresamente: «Dios, cuando llegó la plenitud de los tiempos, mandó a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiesen la adopción de hijos» (Gal 4,4-5).

Nacer de una mujer y someterse a la ley son signo de la verdadera humanidad en la que el Hijo de Dios se insertó. Es decir, no sólo se hizo hombre entre los hombres, sino también hebreo y, como tal, sometido a la ley: la circuncisión, la purificación, la presentación en el templo.

El fin de la encarnación es hacer de nosotros, los hombres, hijos de Dios. La Virgen María es como la puerta a través de la que el Hijo eterno de Dios entra en nuestra existencia terrena para elevarnos a la vida sobrenatural.

El Vaticano II enseña que María acogió en el corazón y en el cuerpo al Verbo de Dios y trajo la vida al mundo (LG 53). Por tanto, la Madre de Jesús es modelo original de todos los que acogen la palabra de Dios «en un corazón honesto y bueno» y «producen fruto» (Lc 8,15). Así María —por medio de la cual hemos recibido al autor de la vida, como dice la colecta—, en su maternidad, se convierte en modelo original de la Iglesia (MC 11). Además, el Concilio enseña que la Iglesia, contemplando la santidad misteriosa de la Virgen, imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre... se convierte, también ella, en madre, ya que, con la predicación y los sacramentos, genera a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios (LG 64).

Pero la oración final de la Misa llama a María «Madre de la Iglesia». Lo subraya Pablo VI en el décimo aniversario del Concilio: «Si María es Madre de Cristo según la carne, y Cristo es cabeza de la Iglesia, su cuerpo místico, María, espiritualmente, es Madre de este cuerpo al que ella pertenece».

Pertenece a él en un nivel eminente porque, al llevar en su seno a Cristo, con él engendró a la Iglesia naciente y, unida a él en la prueba de la cruz, se hizo madre de todos los creyentes. Al mismo tiempo es hermana de los miembros; es hija de su Hijo, Dios y creador; es primicia de la Iglesia futura de Cristo a nivel eminente en cuanto preservada del pecado original en previsión de los méritos de su Hijo.

Primera y suprema entre los ridimidos, ejercita por ello su misión de abogada del mundo necesitado.

* * *

Hay una leyenda curiosa de los tiempos de la Edad Media: Un famoso predicador andaba dudoso sobre la virginidad de la Madre de Dios, María.

«Si es virgen, se decía, ¿cómo puede ser madre? Y si es madre, ¿cómo puede ser virgen?...» Dios tuvo compasión de él; y cuando estaba un día entretenido en sus pensamientos, se le apareció un santo y le dijo: «Padre predicador, María fue virgen antes del parto». Con el cayado que llevaba dio

un golpe en el suelo y brotó una azucena. El predicador quería hablarle, pero el santo, sin hacerle caso, dio unos pasos y dijo: «Padre predicador, María fue virgen en el parto». Otro golpe con el cayado en el suelo y brotó una segunda azucena. Sin que el predicador pudiera alcanzarle, el santo siguió su camino y dijo: «Padre predicador, María fue virgen después del parto». A un tercer golpe con el bastón en el suelo, brotó una tercera azucena. Con ello quedó convencido para siempre el famoso predicador.

7. María es mi Madre

Madre es quien, después de haber concebido un hijo, le comunica la vida y lo da a luz.

El consentimiento de María a la encarnación del Hijo de Dios concurrió directamente a mi salvación. Su cooperación con Jesús en la redención tuvo una gran eficacia respecto de mí. Con su intercesión atrae continuamente sobre mí y sobre el mundo entero todas las gracias necesarias.

Pero una maternidad fundada solamente sobre estos títulos no puede ser llamada verdadera maternidad, porque le falta el hecho de la generación y de la comunicación directa de la vida. Ni siquiera el hecho de que Jesús me la haya dejado como madre, invistiéndola de todos los derechos y deberes de madre, la hace madre mía según el verdadero concepto de maternidad, porque no aparece su intervención en la producción de la vida; la suya es sólo una intervención jurídica, que tiene lugar una vez realizada la Redención.

Según el Evangelio, la Virgen ha engendrado una vez sólo y aparece sólo como madre de Jesús. Pero en aquella generación está también la mía y la de toda la humanidad.

Es verdad que San Juan insiste en presentar a Jesús como «Unigénito», pero también lo es que con más frecuencia es llamado por la Escritura «Primogénito».

Dando la vida a Jesús, la Virgen la ha dado en el orden fisiconatural a su Unigénito. Pero en el orden fisicosobrenatural, al dar la vida a Jesús, ha engendrado a su «Primogénito», en el que han sido engendrados muchos otros hijos «segundogénitos».

San Pablo llama a Jesús «Primogénito entre muchos her-

manos» (Rom 12,5) y explica: «Muchos formamos un solo cuerpo en Cristo» (Rom 12,5). Y es así verdaderamente. Somos hijos de María en la única generación del Hijo: hijos en el Hijo.

En la anunciación, la Virgen no dio sólo el consentimiento para una maternidad humana. Dijo su *fiat* para ser la madre del Salvador, el primogénito entre muchos hermanos, la Cabeza del Cuerpo místico.

Engendró a todos sus hijos al engendrar a Jesús. Sería sencillamente monstruoso que una madre engendrara una cabeza sin miembros. María es madre universal como lo es de Jesús. Ama a todos como le ama a él. Tiene por los hijos los mismos cuidados que tuvo por el Hijo.

Esta es en breve la historia divina de los hijos de Dios. Cuando el Señor creó al hombre, complacido de su obra maestra, quiso dotarlo de un don sobrenatural, permitiéndole a participar en su misma vida divina. Por la creación del cuerpo humano, Dios es más bien Creador. Al comunicarle su vida divina, se convierte en Padre.

Un día tristísimo para toda la humanidad, cayeron sobre esta obra de arte que es el hombre, la ruina y la muerte. La rebelión y la desobediencia destruyeron al hombre de su puesto de honor y privilegio. Despojados y privados de la vida divina, por la que era hijo de Dios, dejaron de serlo. Comenzó una vida errante: no era ya hijo de Dios, sino esclavo del enemigo de Dios.

Estos conceptos vienen expresados en todos los escritos de San Pablo y San Juan: «Eramos por naturaleza hijos de la ira» (Ef 2,3), «porque estábamos muertos» (Ef 2,5).

Pero la Escritura afirma con fuerza: «Ha vuelto la vida» (1 Jn 1,2), «Yo soy la vida» (Jn 14,16). El mismo apóstol predilecto recuerda hasta catorce veces este mensaje del Señor: «Vida de las almas, vida del mundo, vida eterna».

Es Cristo quien me da la posibilidad de ser de nuevo hijo de Dios, renaciendo en él, «como miembro unido a la Cabeza», para ser una nueva criatura que empieza una nueva vida (Rom 6,4). Pero esta vida nueva exige una madre, porque no se entiende un nacimiento sin una madre.

En el momento en que el Verbo se hace hombre, el Re-

dentor se une a los redimidos, el Salvador comienza la obra de salvación: ésta es la obra de María. Empieza a ser madre y cumple con todo su ser esta misión por voluntad divina. Con su consentimiento materno une la Cabeza y los miembros. En su seno purísimo tiene lugar la unión querida por la providencia: Creador y criatura, separados durante milenios, encuentran dónde coincidir y unirse.

Es precisamente ella la que opera esta unión reuniendo los miembros y el cuerpo a su Cabeza. De este modo, los miembros, muertos sobrenaturalmente, vienen a ponerse en contacto con la vida divina y nacen a una nueva vida.

Esta acción por la que se unen Cabeza y miembros es y debe llamarse verdadera y propia generación, ya que es el término de un verdadero y propio nacimiento a una vida distinta y superior.

Es un caso idéntico al de la maternidad divina. Porque la Persona divina no es engendrada por la Virgen en el mismo sentido en que es engendrada la naturaleza humana. Como ya existe antes, sólo queda *unida* a la naturaleza humana. Pero como esta unión tiene lugar por la acción materna de María, ella es y debe llamarse Madre, por generación, también de la Persona divina.

¿No pasa lo mismo en todas las maternidades humanas? La madre engendra un cuerpo. Dios crea un alma que se une al cuerpo por la acción de una mujer que está siendo madre. Esta mujer es y debe llamarse madre por la generación verdadera y propia no sólo del cuerpo, sino también del alma de su hijo, aunque, personalmente, haya contribuido a engendrar sólo el cuerpo.

Mi transformación de «hijo de ira» (Ef 2,3) en «miembro del cuerpo de Cristo» (1 Cor 6,15) es infinitamente más maravillosa que la creación del universo. Y esta maravilla se realiza, para toda la humanidad, en la humilde casa de Nazaret, donde el Verbo se hizo hombre, incorporándose la naturaleza humana.

Esta maravilla se ha dado para mí, en modo particular, en la fuente bautismal, en la que Cristo ha tomado de María, místicamente, mi naturaleza humana y la ha incorporado a sí mismo, comunicándole su vida divina.

En la ceremonia del bautismo, el sacerdote me ha preguntado: «¿Quieres ser bautizado?». Una voz ha respondido por mí: «¡Sí, lo quiero!». Después de esta respuesta descendió sobre mí la gracia regeneradora. Lo que no supo o no pudo hacer mi madrina, lo hizo la madre celestial porque, como enseña Pablo VI, «ella colabora con amor materno en la regeneración de los hijos» (MC 28).

También Juan Pablo II, en su primer mensaje, exclamó: «La Virgen María vive siempre y actúa como Madre del misterio de Cristo y de la Iglesia».

Aquel «Sí, quiero» en respuesta al sacerdote que bautizaba, fue la repetición del *fiat* en respuesta a la pregunta del ángel. Hay sólo una diferencia. El *fiat* fue dado para toda la humanidad. El «sí, quiero», fue para mí personalmente.

De este modo, mi nacimiento a la vida cristiana coincide perfectamente con mi nacimiento de María. Me hago cristiano, porque me hago hijo de la Madre de Cristo.

La Virgen es la madre del Cristo total o Cuerpo místico, no solamente en un momento histórico pasado, sino que lo es para siempre, ya que Cristo se completa y continúa en los siglos (Heb 13,8). Por esta razón necesita de una madre que continúe engendrándolo en sus miembros místicos, haciéndolos crecer en la unidad con la Cabeza.

La generación de los hijos en el Cuerpo místico es la prolongación y el complemento del Verbo hecho carne por intervención del Espíritu Santo. Al colaborar con el Espíritu Santo, María me injerta en el Cristo Místico, me hace partícipe de la vida divina de Cristo, me engendra en Jesús a la vida sobrenatural y hace hijo de Dios.

Es, por tanto, verdadera madre mía. Me lleva en su seno purísimo toda la vida, hasta que me dé a luz, a la plena luz del cielo (*San Agustín*).

* * *

Una madre, cuando enseñaba a su niño a hacer la señal de la cruz, le tomó la mano para llevársela a la frente: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Pero el niño seguía callado. La madre insistió: «Venga, di conmigo: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Entonces el niño la interrumpió: «Y la madre, ¿dónde está?». Qué conmovedora esta intuición infantil. ¡La madre no puede faltar nunca! Este amor tiene raíces profundas hasta en los hombres más pervertidos: un sentimiento, por pequeño que sea, de amor hacia la Virgen, que es necesario cultivar, si queremos salvar también a los que están lejos de Dios.

8. Visitación de María a Isabel

(31 de mayo)

El día para la celebración de este hecho lo fija la nueva liturgia.

Cuando Isabel recibe en su casa a María, exclama: «Bendita más que todas las mujeres y bendito el niño que vas a tener. ¡Qué cosa más grande para mí es ésta! Porque la madre de mi Señor me visita. Apenas oí tu saludo, mi niño se conmovió en mi seno por la alegría».

El honor que provoca la admiración de Isabel no es tanto la visita del Señor como la de la madre. Y atribuye a la voz de la prima lo maravilloso de la visita.

Esta preferencia dada a María es un hecho que impresiona y que debe hacer pensar a los que temen hacer injuria a Cristo cuando exaltan a su Madre. Quede bien claro que en todo esto Cristo permanece como centro de la perspectiva. El es «la gloria del pueblo de Israel» (Lc 2,32) y, antes que de nadie, de María su Madre, que representa a ese pueblo al recibir en sí el cumplimiento de las promesas hechas por Dios. Ella es el lugar de la morada de Dios y el signo a través del que Cristo, todavía escondido, se manifiesta.

Este elogio inicial no contradice al Evangelio. Lucas llama a María «dichosa» y «por siempre dichosa» (1,48) precisamente por su fe. La presenta como la primera persona que escuchó la palabra de Dios (1,28-48) y la conservó en su corazón (2,19 y 41).

Por esto Dios ha puesto en ella su complacencia (1,28-30) y ha hecho en ella cosas grandes (1,49). Durante el viaje de María hacia la casa de Isabel, su alma repetía: «¡Llega el Salvador. Dios camina dentro de mí. Dios está en medio de nosotros: alabad a vuestro Señor!»

¡Este es el contenido del *Magnificat*!

San Lucas, en su Evangelio, contrapone la narración sobre el origen del Bautista y el de Jesús para poner en evidencia la coincidencia, pero también la diferencia, entre los dos momentos de salvación.

El encuentro entre Juan y Cristo significa dos épocas: la antigua y la nueva alianza, el paso de una a la otra en el sentido de Dios y de su plan salvífico.

Isabel, aunque más anciana, con su saludo «bendita tú entre las mujeres» manifiesta la propia sumisión a María. Y lo mismo hace Juan al saltar en el seno de su madre, para orientar a los hombres hacia Jesús, de acuerdo con su propia vocación. Isabel exalta a María llamándola Madre del Mesías, en el que se completa la historia de la antigua alianza e indica cuál es el fundamento de una gracia tan grande: la fe de la Virgen, característica de la nueva alianza.

El encuentro de las dos mujeres subraya tres aspectos. El *primero* lo pone de relieve la primera lectura. «El Señor en medio de ti es rey de Israel... es un salvador poderoso...», su acción llega a lo más íntimo de las criaturas: las entrañas, que renovará con su amor: «Os daré un corazón nuevo y un espíritu nuevo» (Jer 36,26).

El *segundo aspecto* es la actitud interior que suscita en las dos mujeres: la estima recíproca, como se manifiesta en la segunda lectura (Rom 12,9).

Estima que permite la manifestación de los movimientos del corazón: «Amaos los unos a los otros con afecto fraterno... solícitos hacia las necesidades de los hermanos...».

La liturgia nos invita a vernos a nosotros mismos en las dos figuras y nos hace decir con Isabel: «Ven, María; visítanos, tú que has llevado tanto gozo a la casa de tu pariente... a la voz de tu saludo el niño se estremeció de gozo» (Aclamación en el Evangelio).

El *tercer aspecto* lo expresa el *Magnificat* que manifiesta el estupor por la acción de Dios: enaltece a los humildes y dispersa a los soberbios en los pensamientos de su corazón.

María lo canta en la alabanza que se hace a su fe. Canto lleno de sabiduría profética, pero rebosante de espíritu nuevo. Canta el cumplimiento de todas las profecías en el mila-

gro de la venida del Mesías y la gratitud con que el hombre se acomoda a la acción divina, adhiriéndose al Señor.

María es el «modelo perfecto del discípulo del Señor, artífice de la ciudad terrena y temporal» (MC 37).

Por último, la Visitación nos presenta a la Virgen en la función de mediadora en la historia de la salvación. Este papel se lo asigna la gracia y ella lo desempeña con fe y humildad. Se convierte también en modelo de todas las funciones humanas de mediación y de salvación. Esto supone, naturalmente, que Cristo ocupe en nosotros, de veras, la esfera más íntima, y que todos los movimientos de nuestro corazón estén dirigidos y movidos por él. Fuente de esta acción es la Eucaristía. Por eso pedimos en la Misa: «Como Juan sintió la presencia escondida de Cristo tu Hijo, del mismo modo el pueblo exultante reconozca en este sacramento la presencia viva de su Señor».

Nadie mejor que María puede prepararnos a vivir esta presencia.

* * *

María, Madre de Dios. Estaba Jesús enredado en una severa discusión con los fariseos. Le habían blasfemado, calumniado y no lograba traerlos al buen camino. Una sencilla mujer de pueblo, que acababa de ver con sus ojos los milagros obrados por Cristo en un endemoniado, ciego y mudo, y había escuchado con emoción las palabras divinas de Jesús, y veía la terquedad e insolencia de los fariseos que persistían en sus calumnias, levantaba su voz entre la multitud, haciendo frente a los blasfemos enemigos con este delicado elogio que dirige a la Madre del Señor. «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!». Sin duda que aquella mujer también era madre, y pensaba entonces en la que dio al mundo un hijo como Jesús, tan poderoso, tan sabio, tan santo.

Y la bendijo, y le dio el parabién para su dicha, rindiendo a la vez homenaje al Divino Salvador. Así empezó a cumplirse aquella predicción de la Virgen: «Me llamarán bienaventurada las generaciones todas».

9. El canto de la Virgen

«María es maestra de vida espiritual para cada cristiano» (MC 21). San Ambrosio manifestaba el deseo de que «en cada uno de ellos estuviese el alma de María para exaltar al Señor; debe estar en cada uno su espíritu para alegrarse en Dios». Puede ayudarnos a ello la meditación sobre el *Magnificat*. Nos introduce armoniosamente en el contexto espiritual de la narración de la visita a Isabel.

La venida del Mesías está íntimamente unida con María, que queda enaltecida en su extrema humildad. Ella no es considerada como una simple mujer, sino como la personificación de Israel, pueblo de Dios que toma posesión de las promesas que le había hecho el Señor durante siglos.

La Iglesia, bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos invita a cantar en las Vísperas el canto de María, el *Magnificat*, para que, a la hora en que declina la tarde (Lc 24, 29), nuestra alma se eleve a Dios y, al pensar en su bondad y en sus beneficios, le dé gracias con todo el corazón.

Dócil al Espíritu de Jesús (Act 16,7), que vive en ella, María cantó a Dios, que ama a los humildes. «Si la Sabiduría —comenta San Alberto Magno— ha hecho elocuente la lengua de los niños, cuánto más el Verbo hecho carne, que es la Sabiduría misma, habrá abierto la boca de la Madre para cantar las alabanzas de Dios». De este modo ella ha ofrecido al pueblo de Dios un modelo de alabanza perfecta que no se cansa nunca de repetir.

Es «el canto de los tiempos mesiánicos en el que confluyen la alegría del antiguo y del nuevo Israel, porque —como parece sugerir San Ireneo— en el cántico de María se oyó la expresión de Abraham que presentía al Mesías (cfr. Jn

8,56), y resonó, proféticamente anticipada, la voz de la Iglesia» (MC 18).

Al entrar en casa de su prima, María fue la que dirigió el primer saludo. Y este saludo, llenando a Isabel de inspiración divina, hizo florecer en sus labios el elogio a la Madre del Mesías. María toma la palabra y con el corazón rebosante celebra las misericordias del Señor hacia ella. Es como si dijese: «Tú, Isabel, me has alabado y ensalzado a mí; pero yo sé bien que no tengo nada de mí misma y me humillo para exaltar a Dios y proclamarlo grande, sublime, inmenso» (*Dionisio Cartujano*).

El título de Salvador lo atribuye María a Dios Padre. El ángel que se apareció a los pastores aplicará ese título al Hijo de María. Ha sido, efectivamente, el Padre el que nos ha salvado enviándonos a su Hijo como «Salvador del mundo» (Jn 4,14.42). María goza en Dios su Salvador por esta razón. En ella «admira y exalta la Iglesia el fruto más excelso de la Redención» (SC 103).

Con las palabras «El ha mirado la humillación de su esclava», esboza María la historia de Dios en el mundo a que se refiere San Pablo: «Dios ha escogido a los que no tienen poder en el mundo para humillar a los fuertes. Más todavía, entre las personas del mundo, Dios ha querido elegir a las de cuna humilde, despreciadas, tenidas en nada... para que ninguno se pueda ufanar delante de él» (1 Cor 1,27-29).

La Madre anticipa de este modo la predicación de Jesús que, siendo «manso y humilde de corazón», proclamará antes de nada la felicidad de los pobres (Mt 5,3).

La humildad de María lleva el maravilloso sello de un perfecto equilibrio. Reconoce las grandes cosas que ha hecho en ella el Omnipotente y evita, por instinto, las fórmulas exageradas que nacen de un orgullo secreto. No se autoproclama «la más indigna de todas las criaturas». Usa una expresión tan sobria como bella: «La más pequeña sierva del Señor».

María puede decir con toda humildad que todos los siglos la llamarán bienaventurada, porque sabe que la bendición de que es objeto no podrá sino subir a Dios y no detenerse en

ella. Su expresión «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada» legitima su presencia en la liturgia, en la oración del pueblo de Dios y en la predicación.

En la segunda estrofa del cántico, María exalta tres atributos de Dios: el poder, la santidad y la misericordia. De hecho, al realizar en ella la concepción virginal, Dios manifestó de modo tangible estos tres atributos.

María no enumera detalladamente los beneficios del Señor, pero los resume en una frase: «El Omnipotente ha hecho en mí cosas grandes». Cuanto mayor es el fervor de un alma, tanto más sobrias son sus palabras, porque se siente incapaz de expresar sus pensamientos y sentimientos.

Subrayando el salmo 103, proclama santo el nombre de Dios y añade: «Será misericordioso con todos los que le sirven». Pues si Dios es el Omnipotente y el Santo por excelencia es, al mismo tiempo, quien perdona, y su misericordia se derrama a lo largo de la historia. Más aún, Dios «manifiesta su omnipotencia sobre todo con la misericordia y el perdón» (*Colecta del domingo 26 del tiempo ordinario*).

Nuestro amor es mudable e inconstante, pero el amor de Dios es fiel (Sal 25). María evoca lo que Dios hizo en el pasado y continúa haciendo «con su brazo», símbolo de fuerza. San Alberto Magno comenta: «Desplegando la fuerza de su brazo, es decir, por medio del Hijo encarnado a quien el Padre ha conferido el poder de la vida y de la muerte en todas las cosas».

María afirma después: «Dispensa a los soberbios de corazón» para manifestar en su propia persona esta actitud constante de la bondad divina: «Dios resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes» (1 Pe 5,5). Del mismo modo, Dios derriba a los poderosos de sus tronos, es decir, a los que presumen de su fuerza y abusan de ella.

Pablo VI comenta: «María de Nazaret, aun estando completamente abandonada a la voluntad del Señor, fue todo lo contrario de una mujer pasivamente remisa o de una religiosidad alienante, sino una mujer que no dudó en proclamar que Dios se pone de parte de los humildes y oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo...; una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento» (MC 37).

Por ello la Virgen hace suya la esperanza de los pobres de Israel y presenta el dechado en la persona de su Hijo, pobre entre los pobres, pero exaltado por el Padre que lo hizo Señor y Mesías (Act 2,36). Así también, inspirándose en los salmos, María dice: «A los hambrientos los llenó de bienes y a los ricos los despidió vacíos».

¿Cómo podría el Señor llenar a los que están llenos de sí mismos? Los que disponen de mil medios humanos y pueden, en cierto modo, ofuscar su nombre, del que todo procede y que no cede a ninguno su gloria.

María traza y señala el camino para alcanzar al Dios de todo bien.

* * *

Para poder llenar los espíritus de él mismo, quiere el Señor, antes de nada, vaciarlos de sus pensamientos orgullosos. Y con mucha frecuencia se vale de María, la Madre humildísima (Lc 1,43).

En la peregrinación triunfal de la Virgen de Fátima por casi todo el mundo, las palomas acompañaron su imagen, sin dejarse atemorizar ni por el ruido de las muchedumbres, ni por los cohetes o los aplausos.

Parece que las inocentes aves pusieron nervioso a un redactor de un gran periódico de Bogotá (Colombia).

«Líos de curas —decía—. Las han domesticado para hacer creer a los patanes que se trata de un milagro. ¡Pero yo no me lo trago! Voy a escribir un artículo para que las cosas queden claras...»

Dicho y hecho. Y el sagaz periodista se puso ante la máquina de escribir para redactar su artículo que abriría los ojos a tanta gente crédula.

De repente oye un ruido de alas: una paloma se posa en el antepecho de su ventana y, dando un salto, se posa precisamente sobre la mesa, a los pies de una estatuilla de la Virgen de Fátima que la mujer del periodista, había puesto allí. ¿También ésta estaba domesticada por los curas?

El artículo, apenas esbozado, va a parar a la papelera. Pero quiso, con todo, escribir su artículo. Fue un poco distinto del que había pensado.

10. El canto de la misericordia

San Ambrosio comenta el encuentro de María con Isabel: «Se manifiestan inmediatamente los beneficios de la visita de María y de la presencia del Salvador que lleva en su seno». La Virgen anticipa lo que Zacarías dirá de Juan, su hijo:

«Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación y el perdón de sus pecados. Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (Lc 1,76-80)

María ha sido y es siempre y en todas partes el árbol bendito que da su fruto precioso, Jesús el Salvador, manifestación luminosa de la misericordia divina, de la que ella se ha convertido en expresión elocuente en la visitación.

María es verdadera y constantemente portadora de Jesús, que perdona para salvar.

Basta su presencia silenciosa para difundir la gracia de Jesús como un suave perfume. Vive en él y por él de tal manera, que no es ya la vida de María la que se ve y se siente, sino la misma vida de Jesús que se abre en ella para envolver a las almas en el poder misericordioso de Dios.

«Con el saludo de María —dice San Ambrosio— el niño de Isabel queda fortalecido como un buen atleta para el futuro

combate y su madre se sintió llena del Espíritu Santo.» A su vez, Zacarías fue inundado por la inspiración profética y predijo la misión futura de su hijo, referente al Mesías.

Este misterio inaugura la misión apostólica de María y se convierte en regla general de la economía divina. Cualquiera gracia de Dios se tendrá por medio de María, la mediadora universal de los dones del Señor. Porque, como dice Bossuet, «al contribuir su caridad materna a nuestra salvación en el misterio de la Encarnación, lo hará ya por siempre».

La obra de la salvación es esencialmente obra de misericordia. «Gracias a la bondad misericordiosa de nuestro Dios», cantará Zacarías.

Y María, en el *Magnificat*, remontándose a Abraham —punto de partida del pueblo de Dios— canta, no sólo la fidelidad del Señor, sino también su amor misericordioso. Porque misericordia paterna y fidelidad son complementarios.

«La promesa de la redención se hizo a los patriarcas por misericordia, mientras que su cumplimiento se debe a la fidelidad de Dios» (San Alberto Magno).

Mientras dure nuestra miseria, la misericordia de Dios será infinita.

Con simplicidad estupenda, María revela la perfecta armonía que se da entre sus sentimientos y los de su Hijo y anticipa, como «estrella de la evangelización» (Pablo VI), la lección esencial: que la Buena Nueva es antes que para nadie para los pobres, los humildes, los pecadores. «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt 9,13).

Jesús, su Hijo, nos dio el modelo de la oración de petición, el «Padre nuestro». María, con su *Magnificat*, nos ha dejado el modelo por excelencia de la oración de alabanza y agradecimiento. En aquel momento, ella era el tabernáculo vivo de Jesús, nuestra eucaristía, es decir, agradecimiento al Padre. Por eso, el misterio de la visitación nos invita a penetrar en nuestra comunión eucarística.

Siguiendo el ejemplo de la Virgen, hagamos nuestra la oración del domingo 24.º: «Oh Dios omnipotente y eterno, que nos has saciado con los dones de tu amor, haz que goceemos de los beneficios de la salvación y vivamos siempre en acción de gracias».

Expresemos nuestro agradecimiento con el cántico del *Magnificat*, que brotó del corazón de María cuando quiso exaltar las maravillas realizadas en ella por la presencia de Dios encarnado en sus entrañas.

En la visita a Isabel, la Virgen se convierte en la profetisa de la misericordia divina: «De generación en generación su misericordia se extiende sobre los que lo temen» y desde aquel momento se convierte en su dispensadora. Por eso puede exclamar: «Me llamarán dichosa todas las generaciones».

La enseñanza nos viene de la liturgia, que «descubre en la humilde sierva del Señor a la reina de la misericordia y a la madre de la gracia» (MC 22).

La fe del pueblo lo confirma al invocarla: «Dios te salve, reina, madre de misericordia».

Y lo testimonian innumerables hechos todos los días. Los santuarios marianos lo prueban.

* * *

Hace pocos años llegó la estatua de la Virgen de Fátima a un pueblo de Francia, donde una joven de buena familia se había dado a una vida disoluta. Cuando supo que había llegado la Virgen Peregrina, se encerró en casa para no verla ni oír los cantos en su honor. Pero la procesión pasaba bajo las ventanas de su casa. Y una fuerza extraña le parecía que la atraía. Se lanzó de la cama para resistir aquella atracción. ¿Y cómo hacer si la Virgen la quiere salvar a la fuerza? Se desencadena una violenta lucha en el corazón de la joven y llega el momento en que no tiene más remedio que ceder. Casi mecánicamente corre a la iglesia.

Parece que la imagen de la Virgen le sonrío con mirada de misericordia. Cae de rodillas y le inundan el rostro grandes lágrimas. Lágrimas inexplicablemente llenas de dulzura. Pide perdón a Dios y se confiesa para dar después, gozosa y ligera, gracias a la Virgen.

Un hecho, entre mil, que quiere ser una llamada materna.

11. María modelo de fe

En la exhortación apostólica «El culto de la Virgen María», afirma Pablo VI que «la santidad ejemplar de la Virgen... brilla como modelo de virtud delante de toda la comunidad de los elegidos. Se trata de virtudes sólidas, evangélicas» (MC 57). Y cita en primer lugar la fe que animó el corazón de la Virgen. De su fe habla el Evangelio.

Isabel, en la visita de su prima, reconoció su maternidad mesiánica por el estremecimiento de gozo del niño que llevaba en el seno. Pero la llamó dichosa por otra razón: «Porque has creído lo que el Señor te ha dicho».

Isabel subraya intencionadamente la sublimidad de esa fe. En efecto, la compara con la incredulidad de su marido, que había recibido igualmente de un ángel del Señor el anuncio de una maternidad milagrosa, pero que se había resistido a creer. Como expiación por su acto de incredulidad, se había quedado mudo. La voz de la Virgen sonaba en ese silencio que duraba ya seis meses y en el que Isabel había visto el signo de la falta de fe.

Ante Zacarías, condenado a callar, María era feliz por haber creído. Su fe entraba victoriosa en la casa de Zacarías, como entrará victoriosa en un mundo habitado hasta aquel momento por la incredulidad. María es símbolo de la invasión de la fe cristiana en el universo. De la fe que ha venido Cristo a traer a los hombres para hacerlos felices cuando se hizo hombre en María: «Que te conozcan a ti, Padre, único Dios verdadero y al que tú has enviado. Dichosos los que crean sin haber visto».

En Caná fue puesta a prueba la fe de María. La respuesta de Jesús «¿Qué tengo yo contigo, mujer?» nos impresiona

aún hoy por su frialdad. El se alejaba de su madre en el plano de los afectos familiares para unirla a sí más íntimamente a través de la fe sobrenatural.

En la vida pública de Jesús la hostilidad de sus enemigos se hace pronto amenazadora. María ha visto los comienzos el día en que su Hijo debió huir de Nazaret porque querían tirarlo en un precipicio por haber blasfemado. No fue sólo un dolor para su corazón de madre, sino también una prueba para su fe. Recordaba las palabras del ángel: «Jesús será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor le dará un trono y su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33).

Todo contribuía, en cambio, entonces a demostrar que Jesús iba hacia la catástrofe. ¿De qué modo se iban a realizar las palabras del ángel? Ante esta oscura perspectiva, ella tuvo que soportar la prueba con fortaleza. No se plegó ni un instante bajo el peso de los acontecimientos.

Fue esta fe enérgica la que la sostuvo en pie junto a la cruz. Cuando la fe de los apóstoles se quebraba y la deserción había hecho aparecer el vacío alrededor de Jesús, María quedó junto a él como representante inquebrantable de la fe de la Iglesia.

Cuando por desprecio los enemigos gritaban «Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz» (Mt 27,40), también María reacciona con el silencio. En el Crucificado vuelve a encontrar plenamente al Hijo de Dios.

Su fe arroja luz sobre todas las pruebas que encuentra la fe de cada cristiano. Fe «que fue para ella causa de felicidad y certeza acerca del cumplimiento de la promesa» (MC 17). Felicidad y certeza que se aseguran en todo cristiano que está profundamente convencido de la fidelidad de Dios.

En la angustia, en la duda y en el dolor te fortalecerás con arrojo vigoroso si te esfuerzas por unirte a la mirada de María, fija irresistiblemente en su Señor moribundo, como en la fuente de la salvación.

María forma parte del Evangelio... Es la que ha escuchado de modo ejemplar la palabra de Dios (MC 57), como la sierva del Señor que responde siempre «sí», sin reticencias. Es la llena de gracia, que por sí no es nada, mientras que lo

es todo por la bondad de Dios. De este modo, María es el modelo original de los hombres que se abren a Dios y se dejan enriquecer por él; modelo original de la comunidad de los creyentes que escrutan los signos de los tiempos, interpretan y viven los acontecimientos de la historia a la luz de Cristo, celebrado a lo largo del año litúrgico.

Verdadera espiritualidad mariana es, por tanto, rezar como María que conduce al Dios Uno y Trino, nuestra vida. En esto ella es el modelo insustituible. Es guía segura que conduce al Señor hasta las almas más apartadas.

* * *

San José Cafasso, el «cura de la horca», no había podido asistir a un condenado al suplicio porque se encontraba ausente. El infeliz respondió con blasfemias a la propuesta de recibir los sacramentos. San José Cafasso quiso acompañarlo hasta el patíbulo, a pesar de que le habían dicho que no había nada que esperar. «¡Oh, todavía no estamos allí...», respondió el santo a uno que le aconsejaba que no acompañase al condenado. Ya en el carro fatídico, se limitó a dirigir alguna palabra al pobrecillo, mientras en lo más hondo de su corazón rezaba fervidamente.

Al pasar por delante de una casa en cuya fachada había una imagen de la Virgen, el condenado que, desde niño, la había saludado quitándose el sombrero, hizo también esta vez un gesto de saludo como mejor pudo, ya que iba atado. «Está salvado. La Virgen lo salvará», dijo para sí Don Cafasso.

En efecto, antes de ofrecer la cabeza al verdugo, aquel hombre pidió confesarse y murió con serenidad edificante.

12. María, la Virgen en oración

Pablo VI, en su Exhortación Apostólica, invita también a imitar a María como «modelo de toda la Iglesia en el ejercicio del culto divino». El pontífice afirma que «los fieles comenzaron mirando a María para hacer, como ella, un culto a Dios de la propia vida y de su culto, un compromiso de vida» (MC 21).

Dar el culto debido a Dios y a los santos forma parte de la virtud de religión. Virtud sobrenatural infusa, porque considera a Dios no sólo como Creador y Señor, sino como Padre.

Los motivos en los que se inspira la «virtud de la religión» son también objeto de fe, es decir, inspirados. Esta virtud tiene como objeto ponernos en relación con Dios a través de varios medios, pero de modo especial con la oración. Y ésta puede abarcar muchas formas: recitación de palabras tomadas de otros, palabras salidas del corazón, ritos o signos como la genuflexión, las inclinaciones de la cabeza o del cuerpo, oración privada o con otros o con la Iglesia, es decir, oración pública.

La oración privada o personal no fue hecha nunca por nadie con tanta piedad como por María. Con ella expresaba todos sus sentimientos filiales hacia Dios: reconocimiento, sumisión, confianza, celo, alabanza; pero, sobre todo, amor.

Entrar en comunicación con Dios no exigía de María ningún esfuerzo. Era una necesidad de su alma, una tendencia de su amor. Su conversación con el Padre celestial comenzaba por la mañana para no acabar sino con el sueño de la noche.

Como todo buen israelita, María recurría también a la vigorosa expresión del canto para satisfacer su piedad. Su ardor

y su devoción sorprendentes aparecen claramente en el *Magnificat*. Ella cantaba especialmente los cánticos inspirados: los Salmos.

Cuando se quiere a alguien, se siente la necesidad de permanecer en contacto con él, de conversar para manifestarle los sentimientos que se sienten hacia él.

San Francisco de Sales recomendaba que se avivasen estos contactos con Dios usando con frecuencia la oración jaculatoria en la que «se encierra la gran obra de la devoción». Puede suplir la falta de otras devociones.

San Ambrosio recuerda que Jesús recomendó orar intensa y frecuentemente y añade que se debe rezar «en intervalos breves y regulares, porque la distancia excesiva lleva a la negligencia». San Agustín insiste: «Necesitamos fijar algunos momentos determinados para dirigir nuestra mente al deber de la oración, apartándola de otras ocupaciones que de algún modo enfrían nuestro deseo, excitando con las palabras de la oración nuestro fervor y concentrándonos en lo que deseamos».

María daba gran importancia a la oración pública. Agradece mucho a Dios y es más eficaz. Lo afirmó Jesús: «Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, les será concedida por mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ellos» (Mt 18,19-20).

Si las personas, tomadas una a una, deben rogar a Dios y rendirle culto, también debe hacerlo la sociedad que los reúne, especialmente la familia, primera célula de la sociedad. Hace falta que los hijos vean y oigan rezar a los padres y se formen a la oración bajo su ejemplo. La oración es un medio poderoso para hacer más estrechos los vínculos familiares. La Madre Teresa de Calcuta, en su extraordinaria experiencia, exclama: «Familia que reza unida es familia que permanece unida».

Manuscritos antiquísimos nos han transmitido las oraciones que se decían en las casas y comunidades hebreas. La Sagrada Familia se atenía a ellas escrupulosamente.

Por la mañana, José, María y Jesús, devotamente inclinados y vueltos hacia Jerusalén, rezaban así: «Señor Dios nues-

tro, haz que nos alegremos y gocemos siempre en las palabras de tus preceptos. Ellos son nuestra vida. No alejes nunca tu amor de nosotros».

Entre los ritos domésticos de todas las familias hebreas, estaba la oración durante las comidas, que decía: «Te damos gracias, Señor Dios nuestro, por la vida, por la gracia, por la caridad que nos has concedido y por el alimento con que nos nutres y que nos das siempre cada día, cada estación y cada hora».

Por fin, la familia no iba nunca a acostarse sin haber dicho la oración común de la tarde: «Haz que reposemos, Señor Dios nuestro, en paz, y que nos levantemos para la vida y para la paz. Escóndenos bajo la sombra de tus alas, porque tú eres un Dios que custodia y salva; un Dios que usa gracia y misericordia».

«De acuerdo con el pensamiento de nuestros predecesores —escribe Pablo VI—, queremos recomendar el rezo del santo Rosario en familia. El Concilio Vaticano II ha puesto de relieve cómo la familia... «gracias al amor recíproco de sus miembros y a la oración que elevan a Dios en común, se revela como el santuario doméstico de la Iglesia» (AA 11)... A la recuperación de la noción teológica de la familia como Iglesia doméstica, debe seguir coherentemente un esfuerzo concreto para instaurar en la vida familiar la oración en común» (MC 52).

La Virgen María tenía también en grande estima la oración pública en los lugares oficiales de culto.

Participaba con asiduidad en las reuniones de la sinagoga de Nazaret, especialmente los sábados. San Lucas cuenta que un día «Jesús fue a Nazaret, donde había crecido y, según la costumbre, entró en la sinagoga un sábado» (4,16). Es una alusión evidente a la costumbre que tenía cuando vivía en esta aldea. Se puede asegurar que su madre le acompañaba con regularidad.

Además, cada año iba a Jerusalén en la fiesta de Pascua, como se puede constatar por el episodio en que se nos cuenta que se perdió.

Con los otros peregrinos, al ver las murallas de la ciudad santa, cantaba el salmo: «¡Qué alegría cuando me dijeron:

'Vamos a la casa del Señor!' Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén».

Después de la partida de Jesús hacia el cielo, María se adentró más que nunca en la oración. En el cenáculo, en medio de los apóstoles, fue la animadora del retiro que les preparó a Pentecostés.

Por la narración de la curación del tullido se sabe que Pedro y Juan, con el que vivía María, «subían al templo para la oración» (He 3,1 ss.). En el templo se ofrecía el sacrificio de la tarde, al que los judíos acudían con gusto; María era, sin duda, de éstos y se encontraría entre los más asiduos.

Muy pronto comenzaron las reuniones cristianas que sustituyeron a las antiguas y se fijó para ellas el domingo en vez del sábado.

Con qué alegría y fervor participaría María en la celebración eucarística, que hacía presente a su hijo querido, asociando la oblación de sí misma a la suya, participando a su sacrificio en unión con los fieles presentes.

La oración litúrgica principal, que es ante las demás como el sol para las estrellas, según San Francisco de Sales, es la Misa, porque en ella se reza no sólo con algunos, sino con toda la Iglesia y, sobre todo, con Cristo mismo, que, realmente presente, viene a unir su inmolación, su ofrecimiento y su oración a la nuestra, a envolverla en la suya y a comunicarle su valor. Una sola Misa vale más que muchas oraciones privadas.

Que también en esto nos sea modelo y maestra la Madre de Jesús y nuestra.

Digámosle en cada Misa: «Ofrece a tu Hijo, oh Virgen Santa, y presenta ante el Señor el fruto bendito de tu vientre. Ofrece por la reconciliación de todos nosotros la víctima santa grata a Dios» (*San Bernardo*). Una vez llevada al cielo, no ha dejado su misión de intercesión y salvación (LG 62).

«Es, por tanto, signo de vida verdaderamente católica que, lenta y eficazmente cultivado en la humildad y la fidelidad, crezca y madure en nuestro corazón un amor personal y tierno hacia la Virgen bendita» (K. Rahner).

«No olvidemos, con todo, que la alabanza más bella, la más dulce a su corazón... es el esfuerzo de las almas que se ponen ante ella serenas, confiadas... y que le permiten que

traced en ellas los rasgos de su divino Hijo, que renueve, prolongue y complete su gloria materna y sea para ellos «María, Madre de Jesús» (A. Guillerand, *Contemplaciones marianas*, página 42).

* * *

En Santurce, Puerto Rico, en 1977, una muchacha había presentado en el concurso organizado en su colegio «María Auxiliadora», un bonito dibujo de la Virgen. Su madre lo hizo poner en un marco y lo colocó en la alcoba de la hija, supliendo a María Auxiliadora: «¡Protégela tú!»

Una noche, los padres oyeron que la muchacha pedía auxilio. Pensaron que estaba soñando y no hicieron caso. Pero al oír sus gritos insistentes, acudieron y la encontraron asustadísima. Logró decir: «Ha entrado un hombre, grité y me amenazó con un puñal que me mataba si no me estaba llamada. Pero yo entonces, le rompí el puñal. Miradlo... No tenía fuerza para hacerlo, pero... No lo entiendo. La Virgen me ha defendido».

La Revista de las Hijas de María Auxiliadora concluye la narración del hecho diciendo: «Podríamos confirmarlo con muchos testimonios».

13. La presencia del dolor en María

(15 de septiembre)

El sufrimiento, enseña San Ambrosio, tiene tal importancia que llenó toda la vida de María.

A cada cristiano le toca «completar lo que falta a la pasión de Cristo» (Col 1,24). El valor del dolor está en la colaboración a la edificación de la Iglesia. María colaboró como todo cristiano, pero de modo diverso, ya que, concebida sin pecado original, fue colocada en el vértice de la humanidad y en ese puesto que se le asignó en el orden de la salvación, colaboró como Madre del Salvador con un poder y una eficacia únicos en la redención.

La liturgia de la fiesta de la Dolorosa nos hace orar: «¡Oh Dios: tú has querido que junto a tu Hijo, elevado en la cruz, estuviese su Madre Dolorosa...» (colecta). «Acepta... las oraciones y los presentes de la Iglesia al recordar a la bienaventurada Virgen María, que se nos dio como madre dulcísima junto a la cruz de Cristo, tu Hijo...» (oración sobre las ofrendas). «En la memoria de la Madre de tu Hijo nos has hecho partícipes de los sacramentos de nuestra redención; ayúdanos a completar en nosotros, por la santa Iglesia, lo que falta a la pasión de Cristo tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos» (oración después de la comunión).

Del porvenir de Jesús, María no había intuido en la Anunciación más que el aspecto glorioso y triunfante. Pero la maternidad divina la arrastró a un destino de sufrimiento.

El nacimiento de Jesús tuvo lugar en circunstancias que le supusieron muchos sacrificios. Ella los aceptó como un don divino y como una ofrenda para presentar al Señor por la salvación de los hombres. En el sufrimiento, vio ante todo una manifestación del amor divino, después una ocasión para

mostrar a Dios su amor y para beneficiar de este amor a sus semejantes. En su corazón se fundían caridad y sufrimiento. Su amor le acarrearba sufrimientos y sus sufrimientos hacían crecer el fervor de su amor.

Con el entusiasmo de una madre joven, cuarenta días después del nacimiento de su hijo, lo llevó al templo para ofrecerlo al Señor como quería la ley de Moisés. Aun antes de que cumpliese con el gesto legal de la presentación y para que María lo pudiese realizar con una conciencia más viva, el viejo Simeón fue al encuentro del Niño e, iluminado por el Espíritu Santo, profetizó su destino: «Jesús será la salvación de Israel y de todos los pueblos». Dirigiéndose a María, Simeón dijo: «Y a ti te atravesará el alma una espada» (Lc 2,35).

La predicción de que el niño sería «signo de contradicción» la hizo sólo a la madre, porque sólo ella llevaría el peso de esta perspectiva dolorosa. Debía ofrecerse ante las contradicciones que tendría que soportar y debía disponer su corazón para recibir la espada del dolor.

Antes de que Jesús fuese capaz de ofrecerse en sacrificio, María hizo por él este gesto. La madre fue la primera en ofrecerse al Padre como holocausto, que se consumaría más tarde en el Calvario. El *fiat* que pronunció interiormente a las palabras de Simeón, le costó más que el *fiat* dicho ante las palabras del ángel Gabriel.

Era la aceptación de una misión materna volcada al sufrimiento. Normalmente, Dios no advierte a las madres sobre los dolores que les reserva el porvenir de los hijos y, en general, no revela a los hombres sus pruebas futuras. Si lo hizo con María, es porque le asignaba una colaboración excepcional en la obra de la redención. Deseaba que la Virgen viviese en la perspectiva del sacrificio final, para que participase de él toda su existencia.

San Bernardo enseña que «el martirio de la Virgen es exaltado tanto en la profecía de Simeón como en la historia de la pasión del Señor» (*Oficio de Lectura*).

La Virgen tuvo que afrontar una tercera prueba. Para identificarla más profundamente con la vida llena de sufrimiento de los hombres y para que las verdades cristianas

esenciales «se manifestasen en ella y desde ella se reflejasen sobre el mundo como a través de un espejo», el Señor le pidió el sacrificio del destierro para salvar al Niño amenazado de muerte por Herodes (Mt 2,13-23). María también afrontó esta prueba con generosa fortaleza. De este modo, «de estas virtudes de la madre se adornarán los hijos que guardan con tenaz propósito sus ejemplos para reproducirlos en la propia vida» (MC 57).

A su vez, también Jesús actuó con su madre como lo había hecho el Padre celestial. Cuando tenía doce años, le hizo probar el drama del Calvario en el que debería perder y encontrar a su Hijo. Cuando lo perdió en el templo y lo buscó por tres días en medio de la angustia, su espíritu se turbó. No fue sólo la inquietud de una madre que se pone a buscar a su propia criatura, temiendo que le haya sucedido algo malo; fue el temor de que se empezasen a cumplir las palabras del viejo Simeón.

En la afirmación de Jesús: «¿No sabéis que debo estar en la casa de mi Padre?», María vio que esas palabras desvelaban la necesidad de su sacrificio.

Este episodio anunciaba otro más importante: que Jesús se apartaría de ella bruscamente para volver al Padre. A María no le quedaba más que abandonarse a la voluntad de Dios, llevando valientemente su pena.

La marcha de Jesús a su misión apostólica le privó de quien era su apoyo y la razón de su existencia, y quedó en la sombra ante las exigencias de su Hijo.

En Caná, Jesús llamó a María «mujer», para subrayar la distancia que ponía entre ellos su ministerio público.

La Virgen volvió al primer plano sólo cuando, a los ojos de todos, «fracasó» su Hijo en la cruz. Siguió siempre sus avatares adversos en la perspectiva de la espada de dolor pre-anunciada por Simeón, gravada de dificultades hasta el límite del aguante humano, que sólo la fe en el Dios de la gracia y de la elección le permitió superar.

* * *

El humilde párroco de una aldea —como cuenta San Alfonso en las *Glorias de María*— había hecho parte de su piedad la secuencia que propone la liturgia en la fiesta de la Dolorosa:

«Oh Madre, fuente de amor,
haz que viva tu martirio,
haz que lllore tus lágrimas.»

Cuando tocaba las campanas del Angelus para invitar a sus parroquianos a pensar en el misterio de la Encarnación, cerraba la puerta de la iglesia y, antes de la frugal comida de cada día, se arrodillaba delante de la imagen de la Dolorosa para una breve oración. Con la sencillez de un niño, sacaba su pañuelo y lo pasaba por el rostro lloroso de la Virgen. Un día tuvo un ataque de corazón y las campanas no tocaron. Acudieron los parroquianos y no abandonaron ya a su cura, un padre para todos, inmóvil en su humilde yacija. Pero tuvo que quedar solo durante un rato.

El enfermo abrió los ojos ante una luz desacostumbrada. Vio sentada junto al lecho a una Señora resplandeciente, que con un pañuelo le limpiaba el sudor y las lágrimas que vertía sin querer. La reconoció: «¿Eres tú, madre?» «Sí, soy yo, hijo, soy yo. He venido a devolverte lo que has hecho durante estos años sobre mi imagen de tu iglesia». Le sonrió y desapareció. No era un sueño o una fantasía, no. Era realidad.

* * *

14. María junto a los pobres

La presencia de María en las bodas de Caná revela el concepto sano y realista de su caridad. Ella no era del mundo, porque no tenía sus rasgos y huía del espíritu del mundo; pero vivía en el mundo, feliz de estar entre sus semejantes.

Por todas partes, a su alrededor, tenía lugar el espectáculo del pecado. Sencilla, pero no ingenua, no le era dado evitar constatarlo. Habría podido encerrarse en su vida huyendo de muchas cosas que no eran admisibles. Pero eso era una tentación y la rechazó, evitando condenar con juicios perentorios.

Llevaba la vida normal de una joven mujer hebrea, con todos los contactos que una vida así suponía. Se sentía empujada, no sólo por su confianza en la gracia, sino también por su amor ardiente al prójimo. Deseaba acercarse a los que vivían a su alrededor para conocerlos y amarlos. Los ayudaba y se podía recurrir a ella para cualquier servicio. Ejerció su influencia en su ambiente y contribuyó a hacerlo mejor, siendo «modelo en la fe, en la caridad y en la perfecta unión con Cristo» (MC 16).

El hecho de Caná, el haber intervenido, prueba que la Virgen vivía una vida como todos los demás. No rehuía las fiestas y la gente estaba contenta, si la tenía en su compañía.

Su presencia en aquella boda muestra, de modo especial, que María tenía amistades entre los humildes y los pobres.

Desde el nacimiento de Jesús, María había descubierto y apreciado la voluntad divina de asociar al gozo por la venida del Salvador a sencillos pastores. Al oír a aquella ruda gente

del campo contar su encuentro con el ángel, María había quedado admirada, no sólo porque Dios había manifestado con prodigios el favor que hacía a la humanidad, sino también porque lo había revelado a hombres sin cultura. ¡Grandeza de los planes divinos, que tenían escondido el acontecimiento «a los doctos y sabios» (Mt 11,25) y lo revelaba a la gente del pueblo!

De cada suceso había conservado una impresión indeleble. Conservaba todos estos recuerdos en su corazón» (Lc 2,19).

Como el Señor, María tenía un interés profundo por los pobres. Esto explica su presencia en Caná. Los datos del Evangelio permiten afirmar que no había intervenido en la fiesta simplemente por participar en la alegría de la boda; tenía la intención de ser útil.

En efecto, es ella quien se da cuenta de que falta el vino y da órdenes a los criados. Se puede afirmar que se ocupaba de la buena marcha de la fiesta con una cierta responsabilidad de servicio.

Ser sierva de los pobres, ¿no suponía acaso ser sierva del Señor? «Todo lo que habéis hecho al más pequeño de vuestros hermanos, me lo habéis hecho a mí», será la grande y desconcertante enseñanza de Jesús.

¡Rasgo singular! María ya estaba preocupada por el bien de los esposos y de sus amigos, cuando aquellos todavía no se habían dado cuenta de nada. Suplía las deficiencias de la preparación de la boda y reparaba la incuria de los responsables. ¿No es una actitud propia de una misión de madre?

En su conducta en Caná se da el signo de su solicitud en ocuparse también de los bienes materiales de los hombres y obtenerles los favores menos necesarios, como también los gozos de la tierra. En su misión materna, María no descuida nada. Todo le puede ser confiado. Los cristianos lo saben y no dudan en pedirle todo a María. Su solicitud está ya en acción antes de que ellos le pidan algo o tengan conciencia de sus necesidades. Los cristianos, sin poderlo demostrar, miran hacia su pasado y adquieren la certeza de haber sido protegidos o llenados de favores por la Madre del cielo.

El Vaticano II dice: «Bajo su protección, los fieles que la imploran se refugian ante todos los peligros y necesidades»,

porque «con su materna caridad se preocupa de los hermanos de su Hijo».

El episodio de Caná se nos cuenta en el Evangelio así: «Se celebraba una boda en Caná y había acudido a ella la madre de Jesús. También fue invitado Jesús con sus discípulos». Se puede pensar que María había aprovechado la ocasión para que también participase su Hijo.

María conocía la misión de Cristo y deseaba que tomase parte en aquella fiesta de gente humilde, para que llevase a aquella boda una gracia que iba más allá de todos los servicios materiales: el bien espiritual de las almas.

Se lo prometían algunas profecías: «Aquel día... gozarán cada vez más los humildes del Señor y los pobres se alegrarán en el Santo de Israel» (Is 28,18). Al pedir la intervención de Cristo en su favor, María cumplía un deber de afecto materno hacia los desheredados de la sociedad. Y al obtener el milagro de Jesús, la caridad de María se había dirigido en la misma dirección que el amor de Dios. Para servir a su Hijo y, por tanto, a aquellos por los que vivirá y morirá, ella, en Caná, se movió desinteresadamente en favor de los demás: «Haced todo lo que Jesús os diga». Practicó el amor ayudando al prójimo en orden a su salvación de tal modo, que fue algo más que un servicio social, porque lo hace en favor del hombre en su totalidad.

* * *

En Fátima, la Virgen pidió a los pastorcillos: «Rezad, rezad mucho; haced sacrificios por los pecadores». Lo hizo para recordarnos el deber de no reducir el amor al prójimo a socorrer sólo sus cuerpos, sino extenderlo a las almas. La pobreza espiritual no debe preocupar menos que la material.

El compromiso a favor de los demás, inspirado en esta actitud mariana, ofrece un servicio eficaz a este mundo amenazado. Pablo VI enseñó que el cristiano se hace «promotor de la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones» (MC 37).

15. Cooperadora del Redentor en Caná

Se llama a San Lucas el evangelista de la Virgen, porque refirió detalladamente todo lo que se refiere a su papel en la Encarnación y en la infancia del Redentor. Pero San Juan es todavía más mariano.

Es verdad que el nombre de María no se encuentra ni siquiera una vez en su Evangelio, pero la doble presencia de la Madre de Jesús en la boda de Caná y en el Calvario es de la más grande importancia en la historia de la salvación.

La santísima Virgen, por haber vivido con él en una estrecha y prolongada intimidad (Jn 19,27), ejerció sobre él una influencia profunda en el modo de ver, de juzgar, de sentir y de escribir.

No supone extrañeza decir que este evangelista, teólogo del Verbo hecho hombre, se manifiesta también teólogo de la Virgen.

Atribuye a la Madre de Jesús un puesto de honor, tanto al comienzo del ministerio de Jesús, en Caná, como al final, en el Calvario.

Dos hechos que se completan y se iluminan recíprocamente y prueban que María es en realidad cooperadora de Dios (LG 61), Abogada y Auxiliadora del pueblo de Dios (LG 62).

La coincidencia de la celebración nupcial en Caná con el comienzo del ministerio público de Jesús tiene valor de signo para San Juan. El Hijo de Dios vino a la tierra a librar a la humanidad de la tristeza causada por el pecado y darle el gozo de la fiesta. El quiso, en efecto, que nuestro gozo sea pleno (Jn 15,11).

Al realizar su primer milagro, sirvió la alegría de los hombres. «Quien ama a los hombres, ama también su gozo» (F. Dostoiewski).

María, en Caná, se dio inmediatamente cuenta de la desazón y la vergüenza de los jóvenes esposos, movida por su solitud materna. San Bernardo dice: «Ella, que es misericordiosa y buena, tuvo piedad de la confusión de los anfitriones» e intervino: «Ya no tienen vino», para atraer la atención de su Hijo sobre la difícil situación de los esposos.

Cuatro palabras apenas que expresan su caridad exquisita, que se hace piadosa, pero sumamente discreta. Sus palabras revelan también su confianza en Jesús. Expresa sencillamente una necesidad, segura de que su Hijo sabrá proveer a la necesidad material y a la espiritual, es decir, a la alegría de los esposos y de los huéspedes, de toda la humanidad.

Jesús sabe ya lo que María va a decirle. María tiene conciencia de ello y sin embargo no duda en hablar.

El Hijo no necesita de la intervención y de la mediación de la Madre, pero quiere otorgarle la dignidad de poder colaborar en la obra de la salvación.

María estaba acostumbrada a oír que su Hijo la llamaba «Madre». Y comprendió, sin duda, que detrás de aquella expresión «Mujer» se escondía un misterio. Acostumbrada a conservar en su corazón a lo largo de decenios de intimidad lo que veía y oía de él (Lc 2,19,51), esperó pacientemente y con confianza la hora en que otra palabra de Jesús aclarase el misterio.

Jesús le indica el motivo de su negativa: «Todavía no ha llegado mi hora».

Según Juan, «la hora de Jesús» indica una nueva época de la historia de la salvación: «la hora de la pasión». Hora en la que su personalidad, su filiación divina, su dignidad mesiánica y su cualidad de Redentor del mundo se habría de manifestar sin reservas.

Toda la vida de Jesús, sus pensamientos, aspiraciones y acciones están, desde el comienzo, orientados hacia esta «hora» suya.

La hora en la que, a través de la pasión, pasará de este mundo a la glorificación junto al Padre (Jn 13,1).

Para Jesús sólo cuenta una voluntad: la del Padre del cielo. Es su alimento (Jn 4,34). Es la realización de la obra mesiánica.

Cuando se trata de cumplir el beneplácito del Padre, Jesús no conoce ni madre ni hermano ni hermana (Mt 12,46; Mc 3,33).

Esto es lo que Jesús dice a su Madre por primera vez, con extrema claridad y hasta con cierta severidad.

Pero como era hombre como nosotros, dotado de nuestros mismos sentimientos, aquel «no» iba dirigido más a su voluntad humana que a la petición de su Madre (W. Lauck).

Si pronuncia una negativa, no la reprende, sino que pone su fe a prueba. Y como había sucedido al encontrarlo en el templo, María no comprende lo que le dice el Hijo, pero su confianza no desfallece.

Antes había presentado a su Hijo la pobreza de los hombres para que, como Dios, la colmase de su riqueza: «¡Ya no tienen vino!»; ahora presenta a Cristo a los hombres, manifestando la gracia de su intervención hacia ellos. Habla a los criados como si supiese que su Hijo intervendría de modo extraordinario. De hecho, él da su ayuda con un milagro.

Preveía una intervención asombrosa y por eso María trata de preparar a los criados a lo que va a suceder, pidiendo fe y obediencia respecto de la palabra y de la voluntad de su Hijo: «Haced todo lo que él os diga». Cualquier cosa que suceda, como hice yo con todo lo que su Espíritu me sugirió.

San Juan no dice nada de la impresión recibida por los esposos y los invitados, pero habla del efecto que aquel «signo» produjo en los discípulos: «Jesús hizo el primero de sus milagros en Caná y manifestó su gloria, de modo que sus discípulos creyeron en él».

Por tanto, el «signo» obrado por Jesús con las consecuencias de fe que suscita en los discípulos, primer núcleo de la Iglesia, se debió a la intervención discreta y reservada de María.

Discreta, en cuanto que no sustrae nada de lo que corresponde a su Hijo. Sólo intenta atraer la atención sobre Jesús y conducirnos a él.

No se puede decir que Jesús, al pedírselo su Madre, haya

consentido en aprovechar la ocasión para manifestar su gloria, sin atribuir algún mérito a la oración de María. Sería un modo de actuar parecido al del que, al recibir de otro una sugerencia preciosa, primero la rechaza y después la propone como suya, pero sin decir de quién procede. Cristo no es ramplón y mezquino. Su fisonomía espiritual es la generosidad. Su honor no consiste en excluir lo más posible la colaboración de las criaturas, como si éstas disminuyesen su gloria según el grado de cooperación. Lo contrario sí es verdad. En el orden de la naturaleza, como en el de la gracia, se constata que Dios quiere el concurso de las criaturas.

En Caná, Jesús aparece como el Mesías, en su gloria y en su dignidad de cabeza de la Iglesia ante el pequeño grupo de discípulos que creen en él. María, en la manifestación de su gracia y delicadeza materna, aparece como la cooperadora. Por eso, el título de «Mujer» que le da Jesús, se sitúa perfectamente en el cuadro de la nueva situación y misión mesiánica.

«Si cada cristiano es 'co-redentor' y 'mediador' para todos los hombres», María lo es en el grado más alto y de manera única (K. Rahner, *María. Meditaciones*, p. 115).

Esta función, tan suya, se manifiesta en Caná por primera vez. Si Jesús oyó su petición, aunque no hubiese llegado todavía su «hora», mucho más lo hará cuando sea glorificado y tenga fin el tiempo de la separación.

Y si en Caná María se preocupó de que no les faltase vino a los invitados, mucho más le importará ahora que en las bodas espirituales de su Hijo y los fieles no falte el vino del Espíritu, de la caridad y de la alegría.

* * *

29 de diciembre de 1336. La nieve copiosa ha cubierto los montes, los campos y las casas. Una joven esposa se dirige al pueblecito de Bra. El lugar está desierto. De repente, dos mal intencionados le cortan el camino. Egidia Mathis huye aterrorizada. Extenuada y consciente de que no será capaz de deshacerse de los dos hombres, se arrodilla entre las ramas de un espino e invoca a María. Las ramas se cubren de flores y una blanca Señora se presenta y la esconde a los ojos de

los dos seductores, que desaparecen como niebla ante el sol. Egidia fue salvada por la Virgen.

Todavía hoy, el veintinueve de diciembre, el espino abre sus blancos capullos en el corazón del invierno en aquella zona, muy fría.

Como testimonio del hecho ha surgido un grandioso y monumental santuario, expresión de gratitud de todo el pueblo a la dulce y celestial auxiliadora: la Virgen de las flores.

16. Cooperadora del Redentor en el Calvario

Cuántas veces, de Caná al Calvario, debió de meditar la Virgen las palabras de Jesús: «Mujer, mi hora no ha llegado todavía» (Jn 2,4). La palabra «Mujer» debió llamar su atención y hacerla pensar (Lc 1,29).

Del mismo modo que ella llamaba a Jesús «Hijo mío» (Lc 2,48), es seguro que también Jesús la llamase «Madre».

Pero en el Calvario, lo que había sido oscuro en Caná donde se oyó llamar «Mujer», debió ser totalmente comprendido. Ahora que, ya en la cruz, «su hora» había llegado, la hora del sacrificio y del triunfo, el Hijo del hombre quiere asociar a su Madre a la obra de la salvación del género humano.

Como se lee en el Génesis, Dios había dicho a la serpiente, es decir, a Satanás, después de la caída de los progenitores: «Pondré enemistad entre ti y la mujer; entre tu estirpe y la estirpe de la que te aplastará la cabeza» (Gen 3,15).

Aunque de forma oscura, este texto anuncia la victoria de uno de los descendientes de Eva sobre el Príncipe de este mundo.

La escena grandiosa del Apocalipsis nos confirma que San Juan tuvo presente el nexo que une el párrafo citado del Antiguo Testamento con el hecho del Nuevo: «Una grande señal apareció en el cielo: una Mujer vestida del sol, con la luna bajo los pies y una corona de doce estrellas sobre la cabeza» (Ap 12, 2).

En esta «Mujer» ven los exégetas a la Iglesia y a su prototipo: la Madre del Mesías. En efecto, el dragón que se dis-

pone a devorar al Hijo de la Mujer es llamado «la antigua serpiente, el diablo o Satanás» (v. 9).

La Mujer, el Dragón, la enemistad que los divide, son elementos que provienen, sin duda, de la narración del Génesis (3,15).

A los Padres de la Iglesia les gusta llamar a María la «segunda Eva».

Cristo, que es el «nuevo Adán» (1 Cor 15,45), ha asociado a sí a su Madre como «nueva Eva», es decir, la «Madre de todos los vivientes» (Gen 3,20), «la ayuda semejante a él» (Gen 2,18-30), la columna de apoyo (Sir 36,24).

Del mismo modo que el milagro de Caná había sido el fruto de la unión estrecha entre el Hombre por excelencia, «el Hijo del Hombre» (Jn 1,51) y la «Mujer» por excelencia, que es María, así el misterio de nuestra redención debía realizarse en una unión íntima entre Cristo y María en el mismo sacrificio.

Al decir Jesús a su Madre «Mujer, he ahí a tu Hijo» y después al discípulo predilecto «He ahí a tu Madre», no cumplió sólo un deber filial hacia su Madre. Su gesto tiene un significado más profundo, de carácter mesiánico.

Si hubiese querido sólo asegurar el porvenir de su Madre, se habría dirigido primero a Juan: «He ahí tu Madre... cuídala».

En cambio, Jesús quiso confiar el discípulo —a todos los discípulos— a la solicitud materna de María, realizando con ello un gesto mesiánico.

Todo lo que hace el Salvador, sobre todo en esta hora que es precisamente la suya, debe ser un regalo para todos los creyentes. La nueva relación de madre e hijo instaurada así, no sólo concierne a María y a Juan. La Madre es única, pero los hijos son numerosos (Heb 2,10). Juan representa a los que Jesús está para redimir.

A través de los siglos, es María la que rodea con la protección de su amor todo el cuerpo místico de Cristo.

Jesús quiso que la maternidad de María se extendiese y se dilatase al infinito para abrazar no sólo al discípulo predilecto, sino a todos los discípulos de los siglos venideros.

Dios se sirve del Corazón materno de María para envolvernos en su amor paterno (Sal 32,10). Ella, que ha encontrado gracia ante Dios (Lc 1,30), que nos ha concebido espiritualmente y engendrado a la vida divina, puede y quiere alimentarnos y conducirnos a la tierra prometida, el cielo, de la que Palestina no es más que una débil imagen.

San Juan termina la descripción de la escena del Calvario, diciendo que desde aquel momento él la llevó a su casa. Pero es más justo decir que María recibió entonces a Juan y, en su persona, a todos nosotros que, por haber sido confiados a su protección materna, le pertenecemos.

El Vaticano II afirma: «María, con su caridad materna, cuida a los hermanos de su Hijo, todavía peregrinos, y en medio de los peligros y afanes, hasta que sean conducidos a la dichosa eternidad» (LG 62).

Y la liturgia de la fiesta de María Auxiliadora nos hace decir: «Oh Señor, que has hecho a María madre y auxilio del pueblo cristiano, concede a tu Iglesia la fuerza del Espíritu, para superar todas las pruebas con paciencia y con amor y participar desde ahora en la victoria de Cristo» (*colecta*).

En el Calvario, María comprendió la segunda palabra del Crucificado, «Tengo sed», como una aspiración irresistible a ofrecerse y a darse para poder dispensar divinamente el vino precioso del amor redentor, del que, aun en su prodigalidad, el milagro de Caná había sido sólo un signo discreto y tímido anuncio. «Cristo anhela que se tenga sed de él» (San Gregorio Nazianceno). A los pies de la cruz, María abrió su corazón para recoger el amor del Hijo, recibiendo todas sus gracias, sostenida por una fe inquebrantable en la munificencia divina, que supera todo deseo.

María se convirtió de este modo en aquella fuente de gracia que colaborará con Cristo en alimentar, hasta el fin del mundo, los labios penitentes y sedientos de los que acudan a su intercesión.

* * *

San Gabriel de la Dolorosa era un enamorado de la Virgen. En las fuertes tentaciones de su edad joven, la llamaba con fuerza: «Virgen mía, ayúdame». Se animaba a vencer su naturaleza fogosa, diciéndose a sí mismo: «¿No querrás vencer por amor a María?». Su jaculatoria más frecuente era la de San Buenaventura: «He esperado en ti, Virgen mía; no seré confundido en la eternidad». Al entrar y salir de su habitación, decía de rodillas un Ave María y le pedía su bendición. De noche, durante el descanso, se ponía al cuello el rosario y en las manos apretaba un crucifijo. En su diario escribió: «No se me pasará ni siquiera un día sin que haga un acto de virtud para adornar la frente celestial de mi querida Madre del cielo».

Pocos momentos antes de morir, tomó una estampa de Jesús crucificado con María Dolorosa que había ennegrecido durante la vida a fuerza de besos y lágrimas. Se descubrió el pecho y la apretó con fuerza, como para hacerla penetrar en el corazón.

17. Corazón Inmaculado de María

Es una devoción aparecida en la Edad Media por obra de creyentes favorecidos por gracias místicas. La propagó San Juan Eudes. La fiesta litúrgica se introdujo y extendió a toda la Iglesia en 1944. Se celebra el sábado después de la fiesta del Corazón de Jesús.

Corazón Inmaculado no indica sólo ausencia radical de pecado y plenitud de gracia en la Madre de Jesús. En la Biblia, la palabra «corazón» no es una expresión poética para describir estados de ánimo sentimentales. Significa el compendio de la vida interior del hombre, el centro de sus energías espirituales, volitivas y afectivas, al que Dios mismo se dirige y a partir del cual el hombre se determina y se realiza. El teólogo K. Rahner dice: «En el corazón, centro del ser humano, nace su conducta. Lo que nace del corazón del hombre orienta su acción».

En la antífona de comunión de la Misa del Corazón de María, con la expresión «María conservaba en sí todas estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19), la liturgia hace una afirmación importante sobre las disposiciones de ánimo de la Virgen. Quiere llamarnos la atención sobre la profundidad existencial de su «acogida dócil de la palabra de Dios» (MC 57). Receptividad por la que sabe estar a la escucha, reflexionar e introducir los acontecimientos en el centro de la propia existencia.

También San Agustín ve el «corazón» como el centro personal del hombre. Centro que encierra en la propia profundidad abismal la vida espiritual, en la que tiene lugar la experiencia de Dios y el conocimiento de la verdad (Pascal).

La devoción al Corazón Inmaculado orienta al creyente hacia el fundamento y fuente de María, vistos de modo especial en su sensibilidad y su irradiación humanas, es decir, en su capacidad y prontitud para amar. El P. Roschini, en un coloquio con Pío XII, dijo: «El Corazón es el símbolo de los afectos. Por lo que decir Corazón Inmaculado, equivale a decir 'afectos inmaculados... afectos puros'».

El hombre encuentra más fácil llegar a este centro humano, el corazón empapado por la gracia de Dios, porque le ofrece la posibilidad de encontrar a María «corazón a corazón». Porque para reproducirla en nuestra vida diaria hace falta tenerla en el corazón. Un periodista visitó en Cracovia el despacho del Cardenal Wojtyła. Escribió: «En la escribanía, algunos folios, la relación manuscrita de una visita a una parroquia. En cada uno de los folios, una jaculatoria mariana: «Ave María». «Totalmente tuyo, María». «Dame tu corazón, María».

El atractivo humano que ejerce el Corazón de María se hace más íntimo, más delicado y profundiza la receptividad del creyente en relación con el misterio mariano y el misterio de Cristo, que se hace transparente en el corazón de la Madre.

Esto nos permite entender la vibración apasionada, contagiosa del primer discurso del cardenal de Cracovia elevado a la cátedra de Pedro: «No tengáis miedo de recibir a Cristo y de aceptar su poder... Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo... Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo él lo sabe!... Permitid, os lo ruego, os lo pido con humildad y confianza, permitid que Cristo hable al hombre. Sólo él tiene palabras de vida, sí, de vida eterna».

No hay duda de que la devoción al Corazón de María constituye un poderoso impulso para unirse interiormente en el amor por Cristo y por los hombres: amor que llena el ser de la bienaventurada Virgen.

Muy oportunamente, la liturgia nos hace orar después de la comunión: «Haz... que nos unamos cada vez más profundamente al misterio de salvación».

El P. Roschini, a propósito del coloquio referido, añade: «Me permití después hacerle notar, filialmente, a Su Santidad que hoy se constata un sentimiento general de desconfianza

en todo y en todos (*era durante la guerra mundial*) y que había quedado solo la confianza en tres Personas: en Dios que tiene en su mano el corazón de los hombres; en la Virgen que tiene en su mano el corazón de Dios; en el Papa que tiene bastante en la mano el corazón de la Virgen...». El Papa respondió con acento conmovido: «Ahí está, ahí está toda mi confianza, en la Virgen».

Es María quien nos enseña a conocer a fondo la vida de Jesús. De ella recibimos el estímulo irresistible a introducirnos en su misterio insondable.

Se podría objetar que este impulso nos viene ofrecido por la devoción al Corazón de Jesús. Es verdad en parte. Pero es oportuna esta distinción. En el Corazón de María, el misterio del amor de Dios hacia los hombres se presenta en una dimensión distinta y nueva: la dimensión femenina y materna, que abre a la existencia humana y religiosa un campo nuevo de valores.

No será fácil olvidar lo que dijo Juan Pablo I en el Angelus del 10 de septiembre: «Dios tiene siempre los ojos abiertos sobre nosotros, también cuando parece que es de noche. Es padre. ¡Más aún, es madre!». Un inmenso aplauso subrayó su afirmación. En la audiencia general del día 13 utilizó y explicó la misma definición que no fue inventada por él, sino que es antiquísima: «Hay verdades de fe duras y verdades de fe gratas, y una verdad grata es precisamente ésta: Dios es más madre que padre. ¡Lo dijo el profeta Isaías!».

La imagen usada por Dios en el Antiguo Testamento para cualificar su amor toma cuerpo en el Nuevo Testamento. Desde la cruz, Jesús dice a María: «He ahí a tu hijo», y a Juan: «He ahí a tu madre». Desde aquella hora, el amor de Dios se derrama sobre la humanidad teñido por un matiz materno, porque pasa a través del Corazón de la Virgen: la Madre.

Algo digno de notar: la devoción al Corazón Inmaculado exalta la «pureza» como un rasgo esencial de la figura interior de María. Jesús une, en efecto, el concepto de «corazón» con el de «pureza»: Bienaventurados los puros de corazón (Mt 5,8). Es un concepto que corremos el peligro de perder

hoy. No indica en primer lugar la castidad, sino que, sin excluirla, expresa la donación a Dios indivisa, total, sin incertidumbres. Donación que hace al hombre interiormente transparente y bello, porque lo sumerge, de modo completo, en la luz divina. Por esto se llama también a María «Madre del amor hermoso». Su belleza se transparenta desde el interior bajo forma de pureza y logra fascinar al hombre que ha logrado captar ese valor.

El corazón puro es el corazón fuerte en la gracia divina. Es el corazón que ha logrado «orientar» en la dirección de Dios las energías que tienden a la dispersión en el hombre o que se oponen hostilmente. Corazón puro y sencillo, que es al mismo tiempo corazón agradecido, que goza por la salvación que saborea, como se afirma en la primera lectura de la Misa del Corazón de María: «Me alegro plenamente en el Señor. Mi alma exulta en mi Dios» (Is 61,10), que María ha hecho suyo en el *Magnificat*.

Es significativo que este texto no compare la salvación a una victoria heroica en la batalla, sino al crecimiento de la semilla en la tierra y de las plantas en un jardín cercado.

Cuando la Iglesia afirma que el Corazón de María es un jardín cercado por la gracia, de modo que los poderes del demonio no lo puedan dañar, expresa su fe en el hecho de que María acogió en su Corazón la Palabra de Dios que tomó cuerpo en su seno.

La traducción de la frase «Conservaba todas estas cosas» no da correctamente el significado que tiene en San Lucas y que quiere decir también «historia». Es decir, Palabra de Dios creadora, operadora de historia. Una Palabra que se puede «ver» (Lc 2,15), pero que permanece «escondida» hasta que no se la experimenta. Y es admirable sólo si se la conserva y se la medita en un corazón que respira confianza absoluta: «Hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1,38). Es éste el suceso salvífico que celebramos en la fiesta del Corazón Inmaculado: su concretísima y constante prontitud en ver cada cosa, con el vigor indiviso de su Corazón, empapada por la Palabra de Dios.

Sólo de este modo María se encontró preparada para recibir en su seno al Hijo de Dios y para darle cuerpo humano.

Fiat, fiat es y debe ser para cada cristiano un programa de vida.

* * *

El Corazón de María es el corazón de una Virgen, de una esposa, el corazón de una Madre. Y es una llama viva que no se apaga nunca. Por esto Bossuet dice que es semejante a la zarza ardiente de Moisés, que no se apaga nunca. Tiziano, en una pintura, coloca esa zarza en llamas junto a María. Corazón de María que sangra con el Corazón de Jesús, y puede escuchar nuestras súplicas en medio de las tribulaciones que nos afligen todos los días.

Si me preguntáis por qué la devoción al Corazón Inmaculado es tan necesaria en nuestro tiempo, os diré: porque la gran enfermedad de las personas del mundo es la indiferencia religiosa. Los corazones se han secado ante Dios; y Dios no es ya amado. Se predicán las grandes verdades y los hombres no se convierten; predicamos los grandes horrores de la eternidad y no se conmueven. ¿Cuál es el remedio? Uno solo: el amor de Dios. ¿Y dónde encontrarlo más palpitante que en el Corazón de María?

El amor no se da sino por medio del amor.

El Corazón de María, Madre de los hombres, nos dice: «Jesús está siempre vivo entre vosotros y os ama».

«¿Cómo? ¿Me ama? ¡Me ama a mí, tan indiferente, tan miserable!» «¡Sí, te ama!»

La Virgen nos lo repite. Se lo repite también a los escépticos y a los más perversos, hasta hacerlos encolerizar. Es mejor que nada. Esto es señal de que la vida comienza a volver al mundo.

18. «Mi Corazón será tu refugio y tu camino hasta Dios»

En Fátima, la Virgen se dio un nombre: «Soy la Virgen del Rosario». Pero a los tres pastorcillos les mostró su Corazón, como lo hizo Jesús con el suyo a Santa Margarita María.

En la segunda aparición dijo a los tres niños: «Jesús quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado».

Sor Lucía cuenta: «Ante la palma de su mano derecha, había un Corazón coronado por espinas que nos parecían estar clavadas. Entendimos que era el Corazón Inmaculado de María, ultrajado por los pecados de la humanidad y que quería reparación».

Ya en 1830, en las apariciones a Santa Catalina Labouré, encontramos un discreto anuncio de la devoción al Corazón de María, cuando la Virgen mandó acuñar la llamada «medalla milagrosa» que, por un lado, bajo una M mayúscula, dominada por una cruz, llevaba dos corazones: el de Jesús y el de María, atravesado por una espada.

También en Lourdes, del testimonio de una amiga íntima de la vidente se sabe que «en otra aparición, la Señora encargó a Bernadette que dijese al párroco que celebrase la Misa en la capilla del Corazón de María. Yo acompañaba a Bernadette cuando fue al párroco, que con dulzura, exclamó: 'Mira la pequeña! ¿Vienes a contarme embustes?'. '¡No! No vengo a contar mentiras. La Señora le pide que celebre la Misa en la capilla del Corazón de María'».

En Fátima, en la tercera aparición, la Virgen añadió: «Para impedir la guerra, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la comunión reparadora los primeros sábados. Si escuchan mis peticiones, Rusia se

convertirá y habrá paz. Si no, esparcirá sus errores en el mundo, desencadenando guerras y persecuciones a la Iglesia».

Jesús, al revelar el misterio de su Corazón divino a Santa Margarita María, quiso atraer la atención de los hombres sobre su amor, para encender con él los corazones, y pidió reparación por tantos pecados que hacen inútil el sacrificio redentor de la cruz.

Al proponer la devoción al Corazón Inmaculado de María, Jesús quiere que los hombres comprendan el papel que ella tuvo en la obra redentora, «asociándose con ánimo materno a su sacrificio» (LG 58), «su función de salvación con la múltiple y continua intercesión para obtener las gracias de la salvación eterna» (LG 62).

El Corazón Inmaculado de María es la obra de arte y el templo del Dios vivo. Dios Padre ha amado tanto a María, que la ha hecho partícipe de su primera perfección: la paternidad. La hizo madre de su mismo Corazón, su Hijo, para que fuese Hijo de ella y, al mismo tiempo, su Corazón, su tesoro, su amor, su gloria, su vida, su todo.

Dios la hizo también partícipe de su segunda perfección. El es «Padre de misericordia y Dios de todo consuelo» (2 Cor 1,3), y el Corazón de María se hizo así Madre de Misericordia, el trono de la Misericordia. Nos lo enseña la liturgia de las horas haciéndonos decir: «Oh Dios, que has hecho a María Madre de misericordia, haz que experimentemos, en medio de los peligros, su bondad materna».

El Hijo del Padre del cielo ama tanto a María que le confió su más grande tesoro, adquirido con su Sangre: la Iglesia. Por eso, con razón, la invocó Pablo VI, al clausurar el Concilio como «Madre de la Iglesia».

Jesús reveló a Santa Brígida: «Yo, Dios e Hijo de Dios desde toda la eternidad, me hice hombre en la Virgen. Su Corazón era mi Corazón. Mi madre y yo hemos realizado la salvación del hombre con un mismo Corazón. Yo, gracias a los sufrimientos soportados en mi Corazón y mi cuerpo; ella, gracias a los sufrimientos y a los dolores de su Corazón».

Dios, Espíritu Santo, eterno Amor, hace esposas suyas a las almas cristianas. Pero sólo María es verdaderamente digna de tal título, porque es totalmente santa y reina de los san-

tos; tanto, que Dios ha preparado en su Corazón una digna morada al Espíritu Santo (*liturgia*) para realizar en ella, con ella, por ella, mirándola a ella, su más admirable obra de arte: el Hombre-Dios. Y el Espíritu Santo la ha convertido en su mano, a través de la cual nos vienen todos sus beneficios: verdadera dispensadora de los dones de Dios.

Cuando Jesús nos confió a María en la cruz, diciéndole «He ahí a tu Hijo», es como si hubiese dicho: «Esos son mis miembros; te los doy para que sean tus hijos». Por este motivo el amor que inflama el Corazón de María es inconcebible e inconmensurable.

Es el amor de su Corazón Inmaculado el que nos nutre en la Eucaristía. Del mismo modo que Eva causó la muerte al mundo dando al primer hombre el fruto prohibido, así María es causa de nuestra vida, gracias al alimento eucarístico que nos viene de ella. El que lo recibe, dice San Pedro Damían, contrae con ella una maravillosa consanguinidad: nos convertimos en «concorpóreos y consanguíneos de Cristo y de María».

San Ildefonso le pide: «Te ruego, te ruego, Virgen Santa, que yo obtenga a Jesús de aquel Espíritu del que tú has engendrado a Jesús. Que mi alma reciba a Jesús por obra del Espíritu Santo, por el que tu carne ha concebido a Jesús... Que yo ame a Jesús en el mismo Espíritu en el que tú lo adoras y lo contemplas como Hijo».

Cuando, en 1925, la Virgen volvió a pedir a Sor Lucía la práctica de los primeros sábados, le sugirió cómo debían hacerse: confesión, comunión, meditación de los misterios de Jesús en su compañía.

Así María se convierte de verdad, para el que lo quiere, lo que prometió a la vidente: «Mi Corazón será tu refugio y tu camino hacia Dios».

Una devoción a María que deje indiferentes ante Jesús, debe rechazarse como superstición e ilusión del enemigo.

* * *

La intercesión de María puede obtener de Jesús la gracia de la salvación eterna. Su Corazón materno no se cansa de pedir nuestra cooperación en su actividad de salvación.

El P. Germano, pasionista, confesor de Santa Gema Galgani, llamado a Lucca por el obispo, llegó cuando la joven, absorta en éxtasis, estaba inmersa en una animada lucha por la conversión de un gran pecador.

Sentada en su lecho, hablaba al Señor en tono decidido: «Ya que has venido, te suplico otra vez, Jesús, en favor de ese pecador mío. Es tu hijo y es mi hermano. Salva a... (y dijo el nombre)».

El Señor se manifiesta sordo y decidido a usar de justicia, demasiado ultrajada.

«Sé bueno, Jesús. Has vertido tu sangre por él como por mí. ¿Voy a salvarme yo y no él? No me levantaré de aquí. Me ofrezco como víctima por todos, pero de modo especial por él.»

Jesús, para mostrar el motivo de su severidad, revela a Gema una a una las culpas de aquel infeliz. Gema queda aterrada; pero, de repente, se rehace y vuelve al ataque: «Ya sé, Jesús, que te ha ofendido mucho, pero ¿no lo he hecho también yo? Y sin embargo me has concedido tu misericordia».

Poco después, asiéndose a una nueva idea, grita: «Está bien: yo soy pecadora y no merezco que me escuches. Pero te presento otra abogada... Es tu Madre, que te ruega en favor suyo. ¿Podrás decir que no a tu Madre?... Y ahora dime, Jesús, que mi pecador se ha salvado».

Pasó un instante. Gema, con gozo indescriptible, exclamó: «¡Se ha salvado, se ha salvado!» y salió del éxtasis.

Apenas hubo llegado a su habitación, oyó el P. Germano que llamaban a su puerta. Le anunciaron la visita de un señor. Este entró llorando y, después de arrodillarse, pidió que le confesara. Era el pecador para el que Gema había pedido la conversión, recurriendo a la mediación de María a la que invocamos como «Refugio de los pecadores».

19. El Corazón de María, firme en la caridad

Pablo VI, en su exhortación apostólica «*Marialis Cultus*», invita a meditar sobre la caridad de la Virgen, que «llama a los creyentes hacia su Hijo, hacia su sacrificio y el amor del Padre», y «con su caridad materna cuida a los hermanos de su Hijo aún peregrinos y colocados en medio de peligros y afanes» (LG 62).

Esta actitud de caridad de María hacia los hombres no se basa sólo en la ley de caridad enunciada por Cristo, sino sobre la aplicación concreta que él mismo hizo. En efecto, en el Calvario, quiso Jesús que ella volcase el afecto materno que le había dedicado antes a él. Desde aquella hora, la Virgen se puso a tratar al discípulo como había tratado a Jesús mismo. En el discípulo encontró al Hijo perdido. Tenía conciencia de que, al demostrarle ternura y solicitud, continuaba y aumentaba su adhesión a Cristo. «Lo que hagáis al más pequeño de mis hermanos, lo haréis conmigo».

Esa es la fuente del ardor que María pone en el amor por los hombres. Es su amor por Cristo, que se prolonga indefinidamente.

En el afecto materno que siente a cada cristiano, está toda la fuerza del amor materno que siente por Jesús.

Pero, en verdad, su amor hacia los hombres había sido desde el principio una cualidad primordial del corazón de la Virgen. El Evangelio es explícito en afirmarlo.

Como respuesta a las palabras del ángel en la anunciación, ella se declara sencillamente «la esclava del Señor» y se pone inmediatamente al servicio de su prima Isabel. Para ella, el servicio al Señor se traduce en servicio al prójimo: dos servi-

cios que se necesitan recíprocamente y que no pueden separarse.

El ángel no la invitó expresamente a ir junto a Isabel. Si le habló de ella, fue para revelarle que «no hay nada imposible para Dios», ya que una mujer en edad avanzada y estéril se preparaba para dar al mundo un hijo.

María habría podido concentrar toda su atención y su gozo en su propia criatura, sin participar de modo especial en la alegría de Isabel. Muchas razones la habrían autorizado a permanecer en Nazaret: la preparación del nacimiento de su hijo, la oportunidad de evitar imprudencias y fatigas excesivas, la necesidad de regular el problema delicado de su vida con José, de entrar en su nueva casa. Pero ninguna razón la apartó del viaje proyectado. Se puso en camino. Más aún, «se apresuró», como dice el Evangelio, impelida por el gozo de poseer a su Hijo, pero también por el deseo de hacer de su gozo una sola cosa con la felicidad de su prima.

A diferencia de los que, en medio de una gran alegría, corren fácilmente el riesgo de olvidar todo lo demás y se olvidan de los otros, María pensó en ellos.

Una vez que hubo llegado a casa de su prima, su saludo estuvo lleno de entusiasmo en su felicitación. Isabel comprendió la nobleza del comportamiento de María; se dio cuenta de la paradoja de su caridad. La bendita entre todas las mujeres venía a inclinarse ante ella y a servirla. «¿De dónde de todo esto?», preguntaba Isabel, comprendiendo que en todo aquello había un misterio: el misterio de la caridad divina revelada en la caridad de la madre del Mesías.

El episodio expresa cómo en María la maternidad divina era esencialmente una maternidad volcada sobre el prójimo.

¿No se puede ver en todo esto un símbolo y el modelo que María quiere ofrecer a todas las madres? Es, sin duda, la más cualificada para formar a otras mujeres en su papel de madres.

Pero el episodio simboliza, sobre todo, la función apostólica de la maternidad divina. La Virgen es portadora de gracia: Isabel se llena del Espíritu Santo. Su caridad propaga la santidad en las almas y lo hace con una fuerza y eficacia ex-

traordinarias. Es el poder de la irradiación. A Juan le lleva la primera santificación. Si de su madre Isabel recibe la vida del cuerpo, de María, madre espiritual de todos los hombres, como será presentada oficialmente en el Calvario, recibe el Bautista la vida del alma.

María no es la autora de la vida de la gracia, como una madre no es tampoco la autora de la vida humana; pero transmite la vida y favorece su desarrollo en los hijos «en cuya generación y formación espiritual colabora con amor materno» (MC 28).

La visita a Isabel pone en evidencia la eficacia de su presencia materna. Hace penetrar la gracia en los corazones y engrandece continuamente el campo de la santidad con manifestaciones excepcionales. Basta verlo en la vida de los santos; basta constatarlo en los santuarios marianos.

Después de su ascensión al cielo, María está presente en todas partes, junto a cada cristiano, como lo estuvo junto a Isabel. Se encuentra en el cielo para visitar mejor cada punto de la tierra y obrar maravillosas transformaciones espirituales.

* * *

En la visita de la imagen de la Virgen de Fátima a Roma, en 1978 —como narra un testigo—, cuando fue llevada a Santa María la Mayor, un distinguido señor se me acerca y me dice que quiere confesarse. «Soy cirujano y no me confieso desde hace cuarenta años, pero esta noche...». Para él y para un amigo suyo encuentro enseguida un confesor. María les había llevado la gracia.

La vidente de Fátima se compuso para su devoción esta jaculatoria: «Amo al Corazón Inmaculado de María y espero en su protección».

20. La consagración al Corazón Inmaculado de María

Consagrar quiere decir hacer sagrada a una persona o una cosa, dedicándola de manera especial estable al servicio de Dios.

Pío XI en la Encíclica «*Miserentissimus Redemptor*» afirma: «Con la consagración nos ofrecemos a Dios y nos convertimos en consagrados a él... nosotros y todas nuestras cosas, reconociendo que las hemos recibido de la eterna caridad de Dios».

Por tanto, la consagración es un acto con el que nos sometemos establemente al dominio de Cristo y de la Virgen, reconociendo libremente este dominio sobre nosotros.

No se trata sólo de dejar en custodia, sino que es dar en propiedad; no por algún tiempo, sino para siempre.

El fundamento dogmático de este acto es la realeza universal de Cristo y de María.

Cristo tiene dominio y realeza universales porque, siendo Hijo del Rey de todos, Dios, es heredero de todo su poder. Lo confirma el Evangelio: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, haced discípulos míos a todos los hombres del mundo» (Mt 28,18).

San Pablo enseña: «Dios lo ha puesto sobre todo y le ha dado el nombre más grande que existe. Así ahora, para honrar el nombre de Jesús, todos, en el cielo y en la tierra y bajo la tierra, doblen las rodillas, glorifiquen a Dios Padre y declaren: Jesucristo es el Señor» (Fil 2,10-11).

Al haberse dado a sí mismo para la redención de todos, cada hombre se ha convertido en pueblo de su adquisición. Al doble título de Jesús, el natural y el adquirido, como enseña León XIII: «Cristo deja que añadamos de nuestra parte

el título de una *consagración voluntaria*». En la Escritura se lee: «Hijo, dame tu corazón» (Prov 23,26).

Aunque todo es suyo, en cuanto creados y redimidos por él, le hacemos una cosa agradable con nuestra buena voluntad y disposición de ánimo. Con el ofrecimiento de nosotros mismos no sólo reconocemos y aceptamos libremente y con gusto su dominio, sino que con el mismo acto atestiguamos que, si el don fuese de veras nuestro, lo ofreceríamos a él con todo el agrado. Con la consagración nos estrechamos junto a Cristo del modo más íntimo posible, poniéndonos plenamente y para siempre bajo su dependencia.

Hechas las debidas proporciones, lo que se dice de la consagración a Jesús, se puede y se debe decir de la consagración a María. Si Cristo es nuestro Rey, María es nuestra Reina.

También a ella le pertenecemos por derecho natural, porque es la Madre del Rey de reyes; por derecho de conquista, porque ha cooperado realmente con Cristo en rescatarnos de la esclavitud del demonio. El Vaticano II enseña: «Ella mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz, donde, no sin un designio divino, estuvo sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con ánimo materno a su sacrificio, consintió amorosamente en la inmolación de la víctima engendrada por ella» (LG 58).

La consagración se hace al Corazón Inmaculado de María. A propósito de la consagración al Corazón de Jesús, observa con razón León XIII: «Dado que el Sagrado Corazón es el símbolo y la imagen del infinito amor de Cristo... cada acto de honor y de piedad que se tributa al divino Corazón, se tributa en sentido verdadero y propio a Cristo mismo». Lo mismo se puede y se debe decir de la consagración al Corazón de María. Por esto, Pío XII, en la fórmula que usó para la consagración del mundo, se refiere primero a la persona y después a su Corazón: «A ti, a tu Corazón Inmaculado, consagramos todo el mundo».

Con la palabra «mundo» designa la Iglesia, las diócesis, las regiones, las provincias, las diversas sociedades domésticas, religiosas, civiles, cada persona, sea fiel sea infiel.

Como pontífice, tiene el poder de consagrar a Cristo y a María todo el mundo, porque es el Vicario del Cristo que ha

vertido su sangre por todos: cristianos, infieles, paganos. Con el mismo derecho el Papa envía a todas las partes del mundo a sus misioneros para predicar el Evangelio y salvar las almas.

Por el mismo motivo, en fuerza de su autoridad, la familia puede ser consagrada por los padres, las parroquias por los párrocos, las diócesis por los obispos, las naciones por los primados.

Cuando, en cambio, es una persona la que se consagra, su acto supera en valor la consagración que se hace en bloque, porque supone algo más personal a lo que se añade la nota preciosa de que es voluntario. Por otra parte, puede tener varios grados de perfección, según la mayor o menor extensión de lo que consagramos a María.

El grado más perfecto es, sin duda, el que proponen algunos escritores de ascética. Según Grignon de Monfort, se alcanza cuando el individuo ofrece literalmente todo a la Virgen: el cuerpo con sus sentidos, el alma con sus facultades, los bienes externos temporales, los interiores espirituales, es decir, las buenas obras pasadas, presentes y futuras en cuanto puedan ser de ayuda a otros.

El fin de la consagración es doble, reconocer el pleno dominio de María sobre nosotros, junto a Jesús, como su Asociada indivisible. Renovar por medio de sus manos los compromisos adquiridos en el bautismo, reconociendo que ella «colabora en nuestra regeneración y en el crecimiento de la vida espiritual» (Pablo VI).

Se tiene conciencia además de obtener, «como mediadora de gracias», su amor y su patrocinio para el triunfo del Reino de Dios: el triunfo de la caridad cristiana entre los hombres.

Pío XII, en el acto de consagrar el mundo, suplicó a «la Madre de misericordia» que obtuviese de Dios «la paz... y sobre todo, aquellas gracias que preparan, consiguen, aseguran la paz... en la verdad, en la justicia, en la caridad de Cristo... la paz de las armas y la paz de las almas, para que en la tranquilidad del orden se dilate el reino de Dios...».

En efecto, el camino más breve, más seguro, por el que

pueda volver a Cristo la humanidad, es el mismo por el que él ha venido al mundo: María.

Sor Lucía, el 19 de marzo de 1939, escribe al P. Aparicio, S. J.: «De la práctica de esta devoción (la comunión reparadora de los primeros sábados), unida a la consagración al Corazón Inmaculado de María, dependerá la guerra o la paz del mundo. Por esto yo deseo tanto su difusión y, sobre todo, porque ésta es la voluntad del buen Dios y de nuestra querida madre del cielo...».

Pablo VI, peregrino a Fátima en 1967, dirigió esta invitación a la enorme muchedumbre ante la Cova de Iría: «Exhortamos a todos los hijos de la Iglesia a que renueven la consagración al Corazón Inmaculado de la Madre de la Iglesia, y a vivir este nobilísimo acto de culto con una vida cada vez más conforme a la voluntad divina, en un espíritu de servicio filial y de devota imitación de su Reina celestial».

En la oración de cada día renovamos nuestra consagración a la Virgen: «Oh María, Madre de Dios y Madre mía, renuevo el compromiso de vivir según las promesas del Bautismo y me consagro para siempre a tu Corazón Inmaculado y Doloroso. Haz que te ame verdaderamente como hijo y viva siempre unido a Jesús. Amén».

* * *

Cuenta Emerson que un día caluroso de verano subió en un autobús para un viaje de media hora. Iban todos los viajeros cansados y llenos de tedio, cuando en una de las paradas subió una mujer joven con su tierno niño. Apenas se sentaron en el coche, cuando cambió por completo el humor de los pasajeros.

Parecía que aquel niño y su madre habían traído la alegría con sus sonrisas, sus miradas, sus caricias y la dulce conversación. Todos los miraban con cariño y mostraban la alegría en sus semblantes.

También este mundo que habitamos iba corriendo desde hacía miles de años con millones de viajeros; eran los desgraciados hijos de Adán, oprimidos por la triple degradación de los sentidos, del corazón y de la inteligencia. No conocían

la alegría, porque el mundo estaba cubierto por las más densas tinieblas de la ignorancia y del pecado, y ningún rayo de la esperanza cristiana alumbraba, tan dulce y tan firme, a la humanidad más allá de la tumba.

Pero se presentó María, trayéndonos a su Hijo, nacido en Belén, el Dios Redentor, y bien pronto todo había cambiado. El hombre, rehabilitado, recibe la luz más segura y consoladora sobre la nobleza de su naturaleza, la elevación de su destino y los medios para lograrlo: los más abundantes socorros para curarse de sus plagas morales y para endulzar todas las miserias de la vida. Ya desde entonces, desde que vino al mundo María con su Hijo, pueden los hombres sentir aquí abajo los goces puros y deliciosos, que son como un anticipo de los otros divinos y eternos, que el Señor nos tiene prometidos para la otra vida.

21. La consagración del Mundo al Corazón Inmaculado de María

Este acto supremo de culto rendido a la Virgen se une con un hecho histórico de alto valor moral: las célebres apariciones a Santa Catalina Labouré el 27 de noviembre de 1830.

En efecto, poco después, algunos obispos franceses, manifestaron entre 1864 y 1869 el deseo de consagrar el universo a María y que se instituyese una fiesta para perpetuar el recuerdo.

En 1891, surgió en Italia un vasto movimiento para consagrar las diócesis de Milán y Turín al Corazón de María.

En 1900, el P. Alfredo Deschamps, S. J., iniciaba una cruzada mariana, dirigida a promover la consagración de todas las personas, las familias, las parroquias, las diócesis y todo el género humano.

El 24 de diciembre de 1907, el Procurador General de los Montfortianos, envió a Pío X una súplica para pedirle que «del mismo modo que León XIII había consagrado la humanidad al Corazón de Jesús, la consagrarse él al Corazón Inmaculado de María». El Pontífice respondió: «Hace falta que las cosas procedan con regularidad, es decir, que lo estudie la Congregación de Ritos... Pero no veo dificultad... Me siento feliz siempre que puedo hacer algo en honor de la Virgen... Porque el honor que se le rinde a ella va dirigido a la Santísima Trinidad».

Se elevaron innumerables voces de pastores y de fieles de varias naciones con el mismo deseo. También del Congreso Eucarístico de Lourdes de 1914 surgió una petición a Pío X, que juzgó «más conveniente reservar este acto para una cir-

cunstancia puramente mariana». Desde Lourdes se hizo en 1930 una segunda petición en el mismo sentido.

En Fátima, en 1931, el episcopado portugués consagró solemnemente las propias diócesis a la Virgen.

En esta circunstancia tiene lugar la petición a la Santa Sede hecha por el P. Pinho, director espiritual de la Sierva de Dios Alexandrina María da Costa. En su libro «No Calvario de Balasar» (pág. 178), escribe: «Desde 1935, Jesús pedía la consagración del mundo; pero no nos decidimos a pedirla a Pío XI, por medio del cardenal Pacelli, hasta el 11 de noviembre de 1936». El día anterior, Jesús reveló a la Sierva de Dios cómo iba a tener lugar: «*Será consagrado el mundo entero en Roma por el Santo Padre y después por los sacerdotes en todas las iglesias*». Y añadió: «*Este azote (la guerra civil de España) es un castigo... El mundo tendrá que sufrir mucho. ¡Pobre mundo, si la Reina del cielo no lo protege y no intercede ante el trono de Dios!*».

Al comenzar 1937, el Santo Oficio, a través de la Nunciatura, ordenó examinar a Alexandrina sobre la consagración. A la relación del examinador, el Provincial de los jesuitas añadió una apostilla en la que decía: «No se puede dudar de la sinceridad y virtud de la muchacha. Pero dado que no presenta ningún signo por el que se pueda probar externamente el origen divino de las comunicaciones que afirma tener, permanece la posibilidad de alguna ilusión».

El Señor aceptó el reto. En octubre concedió a Alexandrina los sufrimientos de su Pasión perfectamente visibles para los testigos. Jesús le dijo enseguida: «*Este es el signo que doy para que el Santo Padre crea que es mi voluntad que se consagre el mundo al Corazón Inmaculado de mi Madre*».

El 13 de enero de 1939, estando presente un segundo examinador, Mons. Vilar, encargado por la Santa Sede, Jesús le hizo oír a él mismo, a través de los labios de Alexandrina: «*¿Quieren pruebas? Helas ahí. Y son ya muchas. Tú sufrirás esto hasta que el Santo Padre consagre el mundo a mi Madre bendita*».

«Por la insistencia del Señor —escribe el P. Pinho— en mayo de 1938, aproveché un curso de Ejercicios Espirituales

que predicaba a los obispos portugueses, para exponer el caso de Alexandrina y todos ellos, ante mi propuesta, decidieron pedir al Papa la consagración del mundo».

El mismo P. Pinho redactó en latín el texto. Salió hacia Roma en los primeros días de junio (ver *Documentos Fátima*, página 523).

Es interesante lo que escribe Alexandrina al P. Pinho en aquel momento: «Ofrezco todo a Jesús por el buen resultado de los Ejercicios de los obispos, que no se me quita de la cabeza. No sé por qué, pero estoy ayudándoles con mis sufrimientos físicos y morales, que son muchos, muchos» (5-5-1938).

Del segundo examinador enviado por el Santo Oficio le llegó al Santo Padre la petición de la consagración en julio de 1940, y del P. Pinho en 1941.

El mismo padre invitó a los Primados de algunas naciones y congregaciones religiosas portuguesas y de otras naciones a hacer la misma petición a Pío XII, como recuerdo del jubileo de su ordenación episcopal. Había sido consagrado obispo precisamente el 13 de mayo de 1917, mientras en Fátima se aparecía la Virgen.

A su vez, el episcopado portugués repetía la petición hecha en 1938 para que resultase más solemne la clausura del 25 aniversario de las apariciones de Fátima, en las que el Corazón de María se había manifestado a los tres pastorcillos en junio y julio de 1917.

Las peticiones obtuvieron en esta ocasión benigna acogida.

El nombre de Fátima pareció dejarse en el olvido durante algún tiempo el de Alexandrina.

Pero en el proceso de beatificación volvió a adquirir su luz. La Sagrada Congregación para las Causas de los Santos publicó el perfil biográfico oficial de la Sierva de Dios. En él se lee: «En 1936, por orden de Jesús, pidió al Santo Padre, por medio del P. Pinho, la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María. Esta súplica fue varias veces renovada hasta 1941, por lo que la Santa Sede interrogó tres veces al arzobispo de Braga sobre Alexandrina; por fin, fue realizada la consagración por Pío XII (en lengua portuguesa por radio) en Roma el 31 de octubre de 1942».

El cardenal Cerejeira, muy al tanto de las cosas de Alexandrina y muy afecto a ella, comentó el momento solemne de la consagración del mundo: «*Abre en la espiritualidad cristiana una era nueva, la del Corazón Inmaculado de María*».

Atribuir la consagración del mundo a Fátima, aun reconociendo una influencia no indiferente, porque en Fátima tuvo lugar la gran revelación del Corazón de María, es tergiversar la historia.

Nos lo ha confirmado un coloquio con la vidente Sor Lucía.

El 5 de agosto de 1978, en el Carmelo de Coimbra, le hice a propósito esta pregunta: «¿Le pidió alguna vez la Virgen la consagración del mundo a su Corazón Inmaculado?».

«No, no, padre. Nunca. En 1917, en Fátima, nos dijo: 'Volveré para pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la práctica de los primeros sábados'. En 1929, en Tuy, volvió a aparecérseme para decirme: 'Llegó el momento de pedir al Santo Padre la consagración de aquella nación para evitar las guerras y la persecución de la Iglesia'. Esa consagración la hizo su Santidad en un pasaje de la oración con que consagró el mundo en 1942».

* * *

En 1832, el arzobispo de París confió la parroquia de Nuestra Señora de las Victorias a un joven sacerdote. Estaba en una zona de impresionante indiferencia religiosa. El mismo cuenta: «En diciembre de 1836, hacia la fiesta de la Inmaculada, la pobre parroquia seguía en el mismo estado. A la iglesia no venía casi nadie. Sólo los domingos, como más, treinta personas. Ninguno cumplía el precepto pascual. Me encontraba desolado. Un viernes de aquel diciembre, al llegar al «sanctus» de la misa, me asaltó una turbación inexplicable. Debí interrumpir la misa. Cuando la reanudé, oí una voz fuerte y nítida: «*Consagra tu iglesia al Corazón santísimo e inmaculado de María*». Me volví enseguida, pero no vi a nadie. «Estoy mal —me dije a mí mismo—, me estoy volviendo loco». Hice la acción de gracias de la misa, estando completamente solo en el presbiterio. Cuando me iba a levantar, la misma voz, más fuerte y clara, me repitió en tono de

orden: «Cansagra tu parroquia al Corazón santísimo e inmaculado de María».

Entonces me convencí de que no había sido una ilusión. Después de una larga oración, volví a casa decidido a escribir el estatuto para una Cofradía en honor del Corazón de María.

Me presenté al arzobispo y obtuve su aprobación inmediatamente. Dos días después anuncié desde el púlpito a las treinta personas presentes que aquella misma tarde comenzarían las reuniones de la *Cofradía del Corazón de María para la conversión de los pecadores*.

Al bajar del púlpito, un señor al que no había visto hasta entonces, se me acercó y me pidió que le oyese en confesión.

Por la tarde, nervioso, pensaba: «Seguro que no encuentro a nadie en la iglesia. Voy a hacer el ridículo con esta Cofradía».

Con enorme maravilla, encontré la iglesia llena de gente. Más de la tercera parte eran jóvenes y hombres. Expliqué el Estatuto. Después cantamos las letanías de la Virgen. Al llegar a la invocación «*Refugio de los pecadores, ruega por nosotros*», una conmoción profunda se apoderó de todos que, sin decirselo nadie, cayeron de rodillas repitiendo tres veces: «*Refugio de los pecadores, ruega por nosotros*». Me puse a llorar como un niño».

La Cofradía se extendió por todo el mundo. La Virgen concedió por todas partes gracias y conversiones. Pío IX, en 1848, al coronar la milagrosa imagen de la Virgen de las Victorias, dijo: «La Cofradía es obra de Dios. Una inspiración del cielo la ha suscitado en la tierra. Será fuente de gracias para la Iglesia».

22. Virgen María del Monte Carmelo

(16 de julio)

El significado teológico, específico y distintivo, de esta fiesta mariana es una *veneración contemplativa* de María, que nace de la contemplación y lleva a una contemplación más profunda.

En efecto, la antifona de la comunión de esta fiesta presenta a María como Virgen que medita y que mira con estupor los hechos de salvación y los reflexiona en su corazón (Lc 1,29; 2,51). Ello alude, al menos, a su capacidad de experimentar la vida divina a través de la vía contemplativa con gusto y conocimiento crecientes.

No se puede negar que la unión de María con Cristo y su perfecta plenitud de gracia deben explicarse en una experiencia particular de la vida divina y en la capacidad única de gustar su presencia. Nadie como ella ha penetrado tanto en el misterio de Cristo y lo compartió hasta convertirse en una personificación viva.

Puede ser propuesta como modelo de quien aspire a la experiencia de Dios de modo particular.

El acceso al misterio de Cristo y de María se ofrece a los que se retiran a su intimidad, en el silencio, y mantienen la mirada vuelta hacia lo alto.

La Virgen del Carmen encarna y difunde, sobre todo, esta llamada al mundo: *la llamada a la meditación*.

Notamos, con cierta sorpresa, cómo en Lourdes la Virgen quiso transportarnos a los comienzos del misterio de la salvación en Cristo, revelando su Inmaculada Concepción.

No podemos olvidar el hecho de que se manifestó por

última vez, la decimoctava, a Bernadette, el 16 de julio, dedicado a la memoria de la Virgen del Carmen.

También en Fátima, donde en diversas apariciones invitó a mirar a lo alto y a las cosas que nos esperan después de esta vida (paraíso, purgatorio, infierno), la Virgen, el 13 de octubre de 1917, en la última aparición, se mostró a los pastorcillos «con aspecto parecido a la de la Virgen del Carmen». Así escribe la vidente Sor Lucía.

A los tres niños privilegiados, después de haberles enseñado el cielo y el infierno, la Virgen les dio este encargo: «¡Decid a todos que no ofendan más al Señor ya tan ofendido!». Quiso así recordar a todos lo que aconseja el Espíritu Santo en la Escritura: «En todas tus obras piensa en las cosas últimas que te esperan y no pecarás» (Sir 7,40).

Es, seguramente, la primera vez en la historia de las apariciones, que la Virgen invita a la meditación. En su gran promesa de los primeros sábados insiste en esta invitación y pide explícitamente «que le hagamos compañía durante quince minutos meditando los misterios del rosario».

El rosario es el compendio de todo el Evangelio, según la frase de Pío XII, repetida por Pablo VI (MC 42).

Juan Pablo I, cuando era patriarca de Venecia, explicó: «Los quince misterios del rosario son Biblia... Biblia unida a la oración que hace bien a las almas».

El obispo de Leiria afirmó autorizadamente que, «en el mensaje de Fátima, todos los temas de nuestra fe cristiana se presentan con la sencillez de un catecismo, que la mejor catequista, María santísima, da a los pastorcillos, sus elegidos».

Se diría que la Virgen, con su mensaje, quiere traer un remedio a la *gran enfermedad moderna*, a la que Pío XI llama «primera causa de los males que todos deploramos: la falta de reflexión». El mismo Pontífice dice: «El derramarse continuo y febril hacia las cosas externas, la búsqueda frenética de los bienes de la tierra y de los placeres, poco a poco debilitan en las almas todo noble ideal, las sumergen en las cosas terrenas y transitorias y no les permiten elevarse a las consideraciones de las verdades eternas, de las leyes divinas.

«L'Osservatore della Domenica» publicaba hace poco: «La meditación está en baja, aun entre la gente consagrada... Te-

nemos que reeducarnos, antes de nada, a pensar como cristianos, a tomar con valentía en nuestras manos la propia alma, a hacer cuentas con nosotros mismos y a meditar» (2-4-1978).

En el Monte Carmelo el profeta Elías sostiene las batallas en defensa de la fe de Israel. Después de él, el monte se llenó de eremitas que dieron vida a una Orden contemplativa, puesta bajo la especial protección de la Virgen María.

Allí el profeta se había sentado en el suelo, había reposado la cabeza sobre las rodillas —como se lee en la *primera lectura* de la misa— y Dios había hecho descender la lluvia para regar la tierra seca; una lluvia anunciada por una nubecilla, signo de la presencia del Señor (1 Re 18,41-45).

Muchos comentaristas piensan en la imagen de la nube cuando comentan el pasaje de San Lucas (1,35) que afirma que el poder del Altísimo cubrirá a María con su sombra.

Ya los primeros ermitaños del Carmelo vieron en la nube que había llevado a Elías la promesa de la lluvia vital (1 Re 18,44), la prefiguración de María, portadora de la salvación perfecta. Anticipando la actitud del discípulo Juan, como se lee en el Evangelio de la misa (Jn 19,27), los ermitaños recibieron a la Madre de Jesús «en su casa».

Isaías dice que el desierto árido podría revestirse con la «magnificencia del Carmelo» (35,2), que significa «jardín fértil». Así el monte se convierte en imagen de la presencia del verdadero Dios, de la belleza y fecundidad de su gracia, e imagen de la Virgen María. Ella, en su donación indivisa al Señor, por el hecho de quedar bajo la sombra del Espíritu Santo, es el lugar en que el Señor aparece y se hace presente como bendición para todos los que tienen hambre y sed de justicia (Mt 5,6).

La fiesta de la Virgen del Carmen es, por tanto, una invitación a interiorizar la figura de esta sierva humilde y grande, como dicen la antifona del comienzo de la misa y el salmo responsorial.

¡Monte santo, el Carmelo! Imagen de la proximidad especial de Dios.

También Jesús, para orar, sube al monte, aparte... Sobre un monte alto, en un lugar solitario, se transfiguró (Mt 17,2-3).

El evangelista señala que con Jesús en la gloria estaban Moisés y Elías.

Quien tiene las manos puras y el corazón limpio, puede subir al monte del Señor (Sal 24). Ellos son la generación de los que buscan el rostro del Dios de Jacob.

* * *

El escapulario de la Virgen del Carmen, como dijo Pío XII, es el signo exterior de nuestra consagración a María. Nos lo enseñan también los negros de Africa.

Un oficial protestante encontró a un negrito con un escapulario al cuello. Le dijo: «Tira ese pingo...». El negro reaccionó: «¿Qué? ¿Llama usted pingo a un objeto que recuerda a la Virgen?».

«¡Toma esta preciosa moneda —añadió el oficial— y tíralo lejos!»

El negro pensó un poco; después, extendiendo la mano, tomó la moneda y desapareció. Pero el oficial no disfrutó mucho tiempo de la presunta victoria. Poco después volvió a aparecer el muchacho con un flamante escapulario en el pecho. Lo había comprado en la vecina residencia de los misioneros.

23. María asunta al cielo

(15 de agosto)

Esta solemnidad orienta la mirada del creyente hacia el término de la vida terrena de la Virgen y su entrada en el cielo con un acento de gozo, expresado en la antifona del comienzo de la misa: «Gozan los ángeles y alaban en coro al Hijo de Dios».

En la colecta hay una invitación explícita en forma de oración: «Haz que vivamos en este mundo vueltos constantemente hacia los bienes eternos, para participar de su misma gloria».

La asunción de María está dominada por el canto de alabanza del *Magnificat* que se nos da en el Evangelio de la solemnidad. Pablo VI comenta: «Es ésta la fiesta de su destino de plenitud y felicidad, de la glorificación de su alma inmaculada y de su cuerpo virginal, de su perfecta configuración con Cristo resucitado» (MC 6).

Es la suerte que espera a todos los que creen en Cristo, como se lee en la segunda lectura de la misa: «Del mismo modo que todos mueren en Adán, así todos recibirán la vida en Cristo» (1 Cor 15,22).

Sin embargo, es María la única criatura humana que, después de Cristo y siguiéndole a él, entró en cuerpo y alma en la bienaventuranza del cielo, después de haber dado término al curso de su vida en la tierra, como dice la colecta, que toma la definición dogmática de Pío XII: «Oh Dios, omnipotente y eterno, que elevaste a la gloria del cielo en cuerpo y alma a la Inmaculada Virgen María, madre de Cristo tu Hijo...».

La definición, como se ve, está unida de modo especial-

mente estrecho a su divina maternidad virginal y con la exención del pecado.

En el prefacio proclamamos: «Tú, oh Señor, no has querido que conociese la corrupción del pecado la que ha engendrado al Señor de la vida».

En efecto, la verdad de la íntima unión de María con el cuerpo de Cristo es un argumento a favor de la conveniencia de que su cuerpo fuese asimilado al destino del de Jesús y, como éste, no fuese tocado por la corrupción. Esta conveniencia está confirmada por el hecho de que la corrupción del cuerpo es siempre también un signo del dominio del pecado y de sus consecuencias para el hombre.

Ahora bien, María, durante su vida, fue precisamente exenta de tal dominio, desde su concepción.

Estos motivos ponen el acento sobre el aspecto puramente individual de la figura de María y sobre su única relación personal con Cristo. Pero la figura de la Virgen no puede aparecer nunca aislada. Ella no existió nunca como persona privada ante Dios. Por tanto, los privilegios y misterios que caracterizan su vida no pueden separarse de su papel salvífico, que desarrolló en beneficio de toda la humanidad. De aquí que el hecho de su ascensión corporal al cielo adquiriera un significado universal para la humanidad creyente reunida en la Iglesia y para todo el mundo. La Ascensión representa la redención llevada a término en María, que es un miembro de la fila de los que tienen necesidad de redención. A través de su Ascensión, María resultó totalmente redimida, transfigurada en su misma realidad corporal, convertida en victoriosa de la muerte, como le sucederá a toda la humanidad. De hecho, como enseña Pablo VI, «esa glorificación plena es el destino de los que Cristo ha convertido en hermanos, ya que tienen con él en común 'la sangre y la carne' (Heb 2,14)» (MC 6).

Pero el Vaticano II pone en evidencia otro significado universal de la ascensión de María: «Una vez elevada al cielo, no ha abandonado esta función de salvación, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos las gracias de la salvación eterna... Con su materna caridad se cuida de los hermanos de su Hijo... hasta que sean conducidos a la patria

bienaventurada. Por este motivo es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora» (LG 62).

La gloria celestial que ha dilatado el amor que María tenía a Dios, ha dilatado también al máximo el amor que ella había volcado sobre los hombres: abraza, en amor universal, a todos los elegidos de los que se sabe madre. Ella aspira a verlos alcanzar su fin y gozar con ellos la felicidad para la que han sido creados. Para facilitarles el camino, ha recibido el privilegio de la asunción. Se encuentra en el cielo para ayudar a los hombres de la tierra; con Cristo les está preparando un lugar (Jn 14,2). Y tanto más desea comunicar esta gloria cuanto que la ha apreciado en su plenitud. Su estado glorioso le permite dedicarse más plenamente a su misión materna. La asunción ha hecho presente su cuerpo en todas partes. En la luz divina, ella conoce las necesidades, todas las situaciones y deseos de los hombres y escucha también sus más pequeñas plegarias. Presenta continuamente a Dios el cuadro de las miserias del mundo para atraer su misericordia. La intimidad de que goza junto a la Trinidad la pone al servicio de los que tienen que luchar y sufrir todavía. Toma los sufrimientos de todos los cristianos para ofrecerlos al Padre, uniéndolos al sacrificio del Calvario.

En los innumerables favores que dispensa a todos no hay más que un objetivo: dar cada vez más a Cristo, don que comprende a todos los otros, porque este don es la razón de su ser.

La primera lectura de la misa presenta a la Mujer vestida del sol, coronada de estrellas, que da a luz al Hijo. Se refiere a la Iglesia, pero se aplica también a María, Madre de Jesús y de sus seguidores. Una dificultad que muchos consideran insuperable la constituye el hecho de que en el versículo 2 se habla de dolores de parto inconcebibles en el nacimiento virginal de Cristo. El P. Roschini explica: «Esta dificultad, más aparente que real, desaparece si se tiene presente la doble maternidad de la Virgen. Además de ser madre física de Cristo, es también verdadera madre espiritual de todos los miembros místicos, de los que El es la cabeza. María es

madre del Cristo total: cabeza y miembros. Si como madre física de la cabeza no conoció los dolores del parto, como madre de sus miembros místicos, concebidos por ella en Nazaret el día de la anunciación y dados a luz en el Calvario en el momento sublime de la redención, ella sufrió dolores de parto indecibles» («Marianum», 1945, pág. 16).

Una respuesta en el mismo sentido se encuentra en la Encíclica «*Ad diem illum*» de Pío X: «Vio por tanto Juan a la santísima Madre de Dios ya en la eterna felicidad y sin embargo dolorosa por un parto misterioso. ¿De qué parto se trataba? De nosotros, sin duda, que, retenidos aún en el destierro, tenemos que nacer a la perfecta caridad de Dios y a la felicidad eterna. El dolor de la parturienta significa el celo y el amor con que la Virgen, desde el cielo, vela y con incansable oración logra que el número de los elegidos sea completo».

* * *

En la Salette, sobre una montaña a 1.800 metros, se apareció una bella Señora en 1846 a dos niños, Maximino y Melania, que cuidaban un rebaño. Estaba vestida de campesina y sentada en un peñasco; tenía el rostro entre las manos y se mostraba abatida por el dolor. Lloraba. De su cuello cuelga una cruz con un martillo y unas tenazas. En medio de los sollozos que le ahogan la respiración, como Madre de Dios y Madre nuestra, exclama: «¡...Cuánto sufro por vosotros! Por mucho que recéis y hagáis, no podréis compensarme de la solicitud que me tomo por vosotros». Habla de su Jesús, de la redención que hacen inútiles los pecados de los hombres: profanaciones del día festivo, blasfemias, indiferencia religiosa.

La cruz y el martillo y tenazas y sus lágrimas recuerdan el parto doloroso con el que nos ha engendrado como hijos en el Calvario. Su rostro afligidísimo parece lleno de todos los dolores del mundo.

En Italia hay doce santuarios en los que se veneran imágenes de María que han llorado. De algunas han brotado lágrimas de sangre. La última vez que sucedió esto, reconocido por la ciencia y la autoridad eclesiástica, fue en Siracusa,

del 29 de agosto al 1.º de septiembre de 1953, en una imagen de escayola del Corazón Inmaculado de María. Es la Madre que aparece en el martirio que va unido a su maternidad respecto de nosotros, que se realizó a los pies de la cruz, para llamarnos la atención a los hombres de que no desprecien la vida que nos ha dado junto con su Jesús.

24. María Reina

(22 de agosto)

El P. Roschini narra en su diario, con fecha 8 de noviembre de 1942: «Se pasó después a hablar con su Santidad del florecimiento de los estudios mariológicos... y de otros temas sobre la Virgen. Hice presente al Santo Padre la oportunidad de la institución de la fiesta de la Realeza de María como complemento de la consagración del mundo a su Corazón. Después hablé del «piadoso movimiento por la Realeza de María». Pío XII se limitó a decir: «Sí. Si hay una fiesta litúrgica de Cristo Rey, o antes o después tendrá que existir también una fiesta litúrgica de María Reina».

El 11 de octubre de 1954 dirigía el Pontífice a todo el mundo la encíclica «*Ad coeli Reginam*» con la que instituía esa fiesta. Pero ya en la «*Mystici Corporis*», el 23 de junio de 1943, confiaba las necesidades de la Iglesia a la intercesión de la que reina junto a Cristo.

En la reforma litúrgica, la fiesta de María Reina fue trasladada al 22 de agosto, octava de la Asunción, como prolongación de la glorificación de la Madre de Dios, sentada junto al Rey de los siglos, y que resplandece como Reina e intercede como Madre.

En el lejano noviembre de 1830, la Virgen, que se apareció bajo apariencia de Reina a Catalina Labouré, había hecho pensar en la realización de este hecho. La santa refirió a sus superiores: «¡Qué consolador será oír un día: 'María es la Reina del universo'!».

La antifona del comienzo de la misa es presentada y comentada ya por San Atanasio, en el siglo cuarto: «Ya que el que nació de la Virgen es Rey y Señor Dios, la que por su

gracia lo engendró merece ser llamada Reina, Soberana y Madre de Dios. Es conveniente, por tanto, que nosotros, al mirarla a ella y a su Hijo, engendrado por ella y hecho hombre, digamos: «'La Reina está a tu derecha cubierta con un vestido dorado y rodeada de belleza' (Sal 44,10). Reina que está a la derecha de su Hijo, Rey del universo, vestida con el vestido dorado de la incorrupción y la inmortalidad... celebrada por las palabras sagradas».

Sin pecar de exageración, se puede decir que María ha sido invocada como Reina y Madre desde los primeros tiempos de la Iglesia. Su imagen se conserva en las catacumbas de Priscila en una pintura del siglo segundo. Era fruto del sentimiento propio de aquel momento en la devoción hacia la Virgen y a la especial psicología del tiempo. Psicología muy bien reflejada en la oración de entonces, todavía en uso: «Bajo tu amparo...».

Como hace notar Pío XII, la tradición nos ha repetido infinitas veces que en la «Madre del Rey» y en la «Madre del Señor» hace falta saludar a la «Reina del mundo». Más aún, hay que añadir que la realeza de María está «entre las más antiguas verdades expresadas en la sagrada tradición, casi como la divina maternidad, la virginidad perpetua, la santidad y su apelativo de segunda Eva» (Laurentin, *Compendio de mariología*, págs. 49-67).

La primera lectura de la misa propone este pasaje de Isaías: «Nos ha sido dado un niño, el príncipe de la paz, que reina en el trono de David para siempre». Nos transporta al anuncio del ángel a María: «El Hijo que va a nacer de ti será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono... Reinará por siempre y su reino no tendrá fin» (Lc 1,30-33).

El Evangelio de la misa de María Reina reproduce las palabras de Isabel que llama a María «Madre de mi Señor». Para comprender su valor acerca de la realeza, hace falta detenerse en el significado del término «Kyrios», que supone el sentido de «dueño». María es, pues, Madre del soberano de quien Isabel se reconoce súbdita.

Orígenes (muerto en el año 254) interpreta las palabras de Isabel en estos términos: «¿Por qué me saludas tú la primera?... Soy yo la que tendría que ir hacia ti, porque tú eres

bendita entre las mujeres; tú, Madre de mi Señor; tú, mi Señora».

Y San Efrén (m. 375) dirige a María la oración: «Virgen augusta y señora, Reina, protégeme bajo tus alas, guárdame para que no se alegre contra mí Satanás que siembra ruinas, ni triunfe contra mí el inicuo adversario».

La realeza de María se funda, pues, en su maternidad divina. Ella es Reina porque es Madre de un Rey. Pío XII se refirió a las enseñanzas de su predecesor quien, para ilustrar la realeza de Cristo, establece su fundamento en el derecho de la naturaleza (como Dios) y en el de la conquista (como Redentor). Lo mismo, como se expresa Pío XII, se debe decir de la realeza de María: «Como Cristo, el nuevo Adán, es nuestro Rey no sólo porque es Hijo de Dios, sino también nuestro Redentor, del mismo modo, siguiendo una cierta analogía, se puede afirmar que la bienaventurada Virgen María es Reina: no sólo porque es Madre de Dios, sino también porque, como nueva Eva, ha sido asociada al nuevo Adán...

De esta unión con Cristo nace aquel poder real, por el que puede administrar los tesoros del reino del divino Redentor».

El Pontífice se pregunta: «Si, pues, el Verbo obra milagros e infunde la gracia por medio de la humanidad que ha asumido; si se sirve de los sacramentos, de sus santos, como de instrumentos de salvación de las almas, ¿por qué no puede servirse del oficio y de los actos de su Madre santísima para distribuirnos los frutos de la redención?».

La realeza de María es la soberanía de Cristo en el reino de Dios, que se ha manifestado con su venida a este mundo y en el que estamos llamados a convertirnos en un «sacerdocio real» (1 Pe 2,9), reino en el que nos servimos unos a otros «como buenos dispensadores de las gracias recibidas de Dios» (1 Pe 4,10).

Quando pedimos a la Reina del cielo que interceda por nosotros, ella, con el don de gracia que le fue concedido, se hace también para nosotros la sierva humilde a la que dirige la mirada el único poderoso (Lc 1,48 ss.).

Esto explica la invocación secular: «Tú, socorro de todos»,

«Refugio de todos los cristianos», «Mi esperanza y mi fortaleza», «Salve Reina». Como éstas, hay muchas otras invocaciones que se añaden al título de «Reina de misericordia», «Reina de la paz».

Todo esto indica la plenitud rebosante de la bondad espiritual de María sobre la humanidad en su calidad de Madre y Colaboradora de Cristo, y su dependencia de él.

La colecta de la misa nos hace pedir: «Oh Dios, que nos has dado como Madre y Reina a la Virgen María, de la que nació Cristo, tu Hijo, concédenos por su intercesión la gloria prometida a tus hijos en el reino de los cielos».

* * *

En las letanías lauretanas son varias las invocaciones a María Reina. Es casi imposible contar los santuarios dedicados a su realeza.

San Luis Grignon de Monfort daba a la Virgen el título de «Reina de los corazones», porque, en el pensamiento del santo, comprende todos los derechos de María sobre nosotros.

La sierva de Dios María Landi mandó erigir en Capodimonte, cerca de Nápoles, un grandioso santuario a la Virgen y la llamó «Reina de la Iglesia».

En 1548 se le apareció la Virgen a una niña llamada Bernardina declarándose como «Reina de las Vírgenes». Ella se encargó de comunicar a los habitantes de Macerata que fuesen al lugar de la aparición, junto a la ciudad, todos los sábados, con una procesión de niñas, en reparación de tantos escándalos. Poco después de la aparición se construyó en aquel lugar un grandioso santuario que se hizo famoso por muchos milagros.

En la catedral de Ancona hay una estatua de la Virgen con el título de «Reina de los santos», que movió los ojos a lo largo de varios meses. Miles de personas, entre los que hubo expertos en óptica y psiquiatría, pudieron dar testimonio del singular fenómeno. Después de un proceso regular, se reconoció la autenticidad del hecho y la «Reina de los santos» fue proclamada Patrona de la ciudad y de la diócesis.

25. Realeza materna sobre los hombres

Además del título de Reina dado a María desde los tiempos antiguos, bajo el pontificado de San Gregorio III, en el año 731, se introdujo la costumbre de coronar a la Virgen con ricas diademas. La iniciativa se debe al conde Alejandro Sforza de Piacenza. En su testamento dejaba al Capítulo Vaticano una discreta suma de dinero, con la obligación de usar sus intereses en la adquisición de dos o tres coronas preciosas para coronar las imágenes más bellas y famosas de la Virgen María.

Es significativo el hecho de que Pío XII, al proclamar la fiesta de la Realeza de María en noviembre de 1954, quiso coronar la imagen de la Virgen «*Salus Populi Romani*», que se venera en Santa María la Mayor. Pronunció entonces las palabras del rito: «Reina de misericordia y soberana nuestra llena de gracia».

San Bernardino de Siena, hablando de la Asunción, escribió: «No se puede pensar que la Reina del cielo esté separada del Rey celestial y que María no deba estar donde está Cristo».

En la oración del año mariano, Pío XII invocaba a María como «coronada Reina del universo».

Reina Inmaculada, predestinada como Madre del Hijo Unigénito de Dios, fue asociada por un decreto eterno a la obra salvadora de Cristo y, por ello, elevada sobre todas las criaturas, con una perfección sin nombre y una gloria sin igual.

La realeza de María sólo se puede explicar como una participación de la de su Hijo, en una estrecha asociación de poder, dominio y acción.

Si se quiere determinar de qué modo se ejerce su realeza, tenemos que tener en cuenta la misión de su vida terrena junto a su Hijo. Se puede resumir así: estrecha colaboración al plan de Dios; aceptación completa de cada designio salvífico, de preocupación, sufrimiento, inmolación con el Hijo; además de deseos vivísimos y de ardientes plegarias para su completa realización. Absorbida por la acción del Hijo hasta formar un principio único de salvación por el mundo.

Este mismo principio —del Hijo y de la Madre con él— sigue actuando ahora desde el cielo sobre la tierra, en una comunidad de gobierno y de influencia.

Con razón el reino de Cristo es también reino de María, porque también ella lo ha conquistado. Por eso el suyo es un verdadero dominio sobre los hombres y tiene derecho de mandarles porque son legítimamente sus súbditos. Ha sufrido por todos y junto a Cristo ha adquirido sobre todos verdaderos derechos.

Este dominio sobre los hombres consiste en un influjo sobre sus mentes y corazones, que va más allá del simple poder de intercesión.

Pío XII afirma que María «participa del influjo con que su Hijo y Redentor nuestro se dice que reina sobre la mente y la voluntad de los hombres».

Benedicto XIV había expresado ya con vigor esta verdad: «María es, en efecto, predilecta del supremo Rey de reyes, de modo que le concede, para la salvación de su pueblo, no sólo la mitad de su reino, sino casi todo su imperio y su poder» (*Gloriosae Dominae*).

¿Qué puede ser este influjo sino la aplicación a cada hombre del fruto de la Redención?

Es un tesoro que pertenece también a María, porque lo ha conquistado junto con Cristo, aunque en dependencia de él.

«Con palabras —dice León XIII— no se puede decir apenas lo que crecería en amplitud y eficacia el socorro de María, después de ser asunta junto a su Hijo a la altura de gloria que convenía a su dignidad y al esplendor de sus méritos. Desde allí, en efecto, por divina disposición, ella comenzó a velar sobre la Iglesia; después de haber sido colaboradora en cumplir el sacramento de la redención de los hom-

bres, es ahora colaboradora, casi con plenos poderes, en la aplicación de la gracia que mana perennemente de la redención» (*Adiutricem populi*).

El carácter materno es la modalidad y el aspecto con que ella ejerce la realeza: «Madre de Dios, preside el universo con corazón de madre». Así se expresó Pío XII en el radio-mensaje para la coronación de la Virgen de Fátima: «Realeza esencialmente materna, exclusivamente benéfica».

Pío XI, en el decreto para la canonización de Antida Thouret, describió de modo detallado la obra de María sobre la voluntad y el corazón de los santos: «Es ella la que los suscita, los forma y los corona...». No es una realeza de soberanía y por ello superior a cualquier otra, sino más bien una realeza de eficiencia por la que se aplica también a los santos lo que la Iglesia nos enseña que apliquemos a la obra de Dios en su inmensidad y universalidad. También respecto a los santos se puede decir que María está con Dios cuando los suscita, los forma y los corona.

Es siempre María la verdadera inspiradora y suscitadora de santos, porque en todos los estadios de la vida el pensamiento de María es un pensamiento que inspira santidad; como también esa bondad común de vida cristiana a la que todos son llamados... El pensamiento y la visión de María son la salvación de las almas que luchan contra las tentaciones del mal y de las almas llamadas a una más alta dignidad de vida. Y María no sólo suscita a los santos, sino que también los corona, los conduce a la perseverancia final y a la gloria eterna merecida con su asistencia.

Su dominio sobre los hombres fluye de su amor compasivo y de su misericordia.

Del mismo modo que todo está sometido al Rey, así todo está bajo su Asociada, María.

* * *

Juanito Bosco tenía nueve años. Una noche soñó con una multitud de niños que jugaban y algunos blasfemaban. Juanito se lanzó en medio de ellos dando puñetazos y lanzando amenazas para hacerlos callar. Entonces apareció un hombre

majestuoso y esplendente, que le mandó ponerse al frente de los muchachos, mientras le advertía: «No con los golpes, sino con la mansedumbre y la caridad tendrás que ganártelos». «Pero, ¿quién es usted que me manda cosas imposibles?». «Yo soy el Hijo de la que tu madre te ha enseñado que saludes tres veces al día».

«Pero, ¿cómo haré para conquistar a estos muchachos?»

«Yo te daré una maestra bajo cuya enseñanza podrás hacerte sabio para la misión que te confío.»

En aquel momento, Juan vio junto a sí a una Señora, majestuosa y esplendente, que lo tomó de la mano y le aseguró: «Este es el campo donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto. Convertirás a los más duros y rebeldes en mansos corderos. ¡Son mis hijos! ¡Ayúdalos!».

«No entendía lo que se pretendía de mí y me puse a llorar. La Señora puso su mano sobre mi cabeza y me dijo animándome: 'A su tiempo lo comprenderás todo'. Aquel personaje y aquella Señora me llenaron la mente de tal modo que aquella noche no pude dormir más».

Aquel sueño se convirtió en el programa de la vida de un santo. María fue siempre su maestra y su ayuda.

26. Reina del santo Rosario

(7 de octubre)

La fiesta de la Virgen del Rosario fue introducida por San Pío V como agradecimiento por la victoria obtenida por la flota cristiana en la batalla de Lepanto contra los turcos, que intentaban la conquista de Europa.

El título de «Reina del santo Rosario» se refiere a María con motivo del lugar que ocupa en él. En efecto, esta oración, hecha con alabanzas e insistentes invocaciones a la Virgen, supone la forma más concentrada de piedad mariana. Su sencillez la hace familiar también a los fieles privados de instrucción, y su profundidad de pensamiento ayuda a una reflexión y meditación muy atenta. Por esto el rosario es la forma más universal de oración practicada en la cristiandad.

Cuando se dice que el rosario se propone venerar a María, se afirma algo que se refiere sólo al vestíbulo que introduce en el centro y el meollo de esta oración.

El centro lo constituye la acción salvadora de Jesús que, en los misterios de su vida en la tierra y de su vida celestial, se presenta en toda su realidad con una especial participación de su Madre. Ella no sólo tomó parte en el misterio del Hijo, sino que en su calidad de primera y perfecta redimida, fue también plasmada y transformada del modo más profundo y sublime.

Por este motivo, ella puede también ejercer la función de introducir al que ora en el misterio de la vida de Cristo y encaminarlo a ser transformado por él. Misterio que, «visto a través del Corazón de la que estuvo más cerca del Señor, abre sus insondables riquezas» (MC 47) y «suscita estimulantes normas de vida» (MC 49).

De este modo María, si se entiende bien el rosario, se revela una vez más el *medio humano* que introduce en el misterio real de Cristo.

El significado de la fiesta del Rosario queda compendiado eficazmente en la oración de la misa en su honor: «Derrama sobre nosotros tu gracia, oh Señor. Por el anuncio del ángel hemos conocido la encarnación de Jesucristo tu Hijo; concédenos por su pasión y su cruz alcanzar la gloria de la resurrección».

Los misterios de la humillación, muerte y exaltación anunciados en el rosario nos presentan el misterio de Cristo del mismo modo que lo hace San Pablo en la carta a los Filipenses: «Comportaos como Cristo Jesús. El, aun siendo Dios, no pensó que debía conservar celosamente el ser igual a Dios. Renunció a todo, escogió ser como un siervo y se hizo hombre entre los hombres. Tanto, que ellos lo reconocieron como si fuese uno de ellos. Se abajó a sí mismo y se hizo obediente a Dios hasta la muerte, muerte de cruz. Por eso Dios le ha puesto sobre todos los seres y le ha dado el nombre más grande que existe. Así, ahora, para honrar el nombre de Jesús, todos, en el cielo, en la tierra y bajo la tierra, doblen la rodilla, den gloria a Dios Padre y digan: Jesucristo es el Señor» (2,5-11).

En el centro de la oración del rosario, con la repetición litánica del Ave María, están los dos misterios de fe inseparables: «Jesús-Hijo de Dios» y «Jesús-Hijo de María», junto a la súplica de la Iglesia: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros...».

El fin único y auténtico del rosario es la alabanza a Cristo, mientras que María nos abre el camino y acomoda su paso al nuestro en la contemplación de los misterios. El ojo del que dice el rosario recorre como la aguja de un reloj las estaciones más importantes de la obra salvífica de Cristo, por lo que el rosario ha sido definido muy justamente como «compendio de todo el Evangelio».

En un mundo tecnificado, lleno de agitación absorbente,

excesiva y obsesiva, se nota la necesidad de «silencio contemplativo» para evitar el peligro del aturdimiento y salvar la integridad de nuestro ser. Se busca como nunca el «principio de la fecundidad contemplativa» (Guardini).

El rezo del rosario es una forma excelente para ejercitarse en la meditación contemplativa.

La práctica y los métodos de meditación no cristianos enseñan que el hombre puede ser llevado de la dispersión y la laceración exterior e interior a la reflexión y al recogimiento con la ayuda de la repetición continua y aparentemente monótona de una palabra o una frase. Es la respuesta a los que, con superficialidad, condenan la repetición de las cincuenta avemarías.

Para entender de veras la naturaleza del rosario y experimentar su capacidad de apartar al orante del mundo exterior sensible y guiarlo hacia el silencio y la simplicidad de corazón, existe un solo camino: acercarse al rosario y rezarlo.

Juan Pablo II dijo después del rezo del Angelus: «El rosario es mi oración predilecta: ¡oración maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad. En esta oración repetimos muchas veces las palabras que la Virgen María oyó del Ángel y de su pariente Isabel. A esas palabras se asocia toda la Iglesia. Teniendo como fondo las palabras del *Ave María*, pasan ante los ojos del alma los principales episodios de la vida de Cristo. Se unen en el conjunto de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, y nos ponen en comunión viva a través —se podría decir— del Corazón de su Madre. Al mismo tiempo, nuestro corazón puede encerrar en estas decenas del rosario todos los hechos que componen la vida del individuo, de la familia, de la nación, de la Iglesia, de la humanidad.

Sucesos personales y del prójimo y, de modo especial, los de los que nos rodean, que nos importan más. De este modo, la sencilla oración del rosario lleva el ritmo de la vida humana» (29 de octubre de 1978).

En la misa común de las fiestas de María, después de la comunión, la liturgia nos hace decir: «Oh Dios, que en esta celebración en honor de María, Madre de tu Cristo, nos has

hecho partícipes de tu redención, haz que gocemos de tus beneficios y nos adentremos más profundamente en el misterio de la salvación».

* * *

El rosario, mezclado con cantos espirituales, fue el compañero de los interminables viajes misioneros de San Luis de Montfort. El santificó con sus avemarías todos los caminos de Francia: más de cien mil kilómetros...

San José Cottolengo, aún niño, por la tarde, al ponerse el sol, tocaba su campana (una vieja sartén) para invitar a los vecinos al rosario. Las tardes de verano dirigía la oración desde una terraza, para que todos pudiesen oír y unirse a él en la oración a María.

Contardo Ferrini, profesor de la universidad de Pavía, aun estando de huésped en casa de amigos, lo rezaba por la noche con ellos, asomado al balcón y mirando al cielo. Los pensamientos del rosario se ampliaban después en largas conversaciones, encendidas de fe y de santos anhelos.

Cuando Guillermo Marconi celebró su boda, Pío XI le regaló a él y a su mujer un precioso rosario. El grande investigador, a uno que le preguntaba poco antes de morir si tenía algo que decir a su esposa, ausente, respondió: «Dile que yo tenía el rosario en la mano y que mi último gesto fue besar su crucifijo...».

27. El rosario de María

Juan XXIII, al referirse a esta oración, decía: «Oh rosario bendito de María, cuánta dulzura al verte elevado por la mano de los inocentes, de los sacerdotes santos, de las almas puras, de los jóvenes y de los ancianos, de cuantos aprecian el valor y la eficacia de la oración hecha por muchedumbres piadosas, emblema y estandarte augural de paz en los corazones de todas las gentes».

Pablo VI recomendaba rezarlo «para pedir a Dios el bien supremo de la paz».

La liturgia cristiana es por definición «celebración del misterio de Cristo». Y sor Lucía de Fátima nos escribía últimamente: «El rosario es la base de la sagrada liturgia, porque lleva a las almas el recuerdo diario de los principales misterios de nuestra redención». También Pablo VI enseña: «El rosario considera en ordenada sucesión los principales hechos salvíficos que se han cumplido en Cristo» (MC 45). Y añade que «la meditación de los misterios del rosario, haciendo familiares a la mente y al corazón de los fieles los misterios de Cristo, puede constituir una óptima preparación a su celebración en la acción litúrgica y ser después un eco prolongado» (MC 48).

En 1925 pedía la Virgen a sor Lucía que los primeros sábados «se rezase el rosario meditando sus misterios en su compañía». Condición para una adecuada y acepta reparación de tantos pecados y blasfemias como ofenden a Dios y su Corazón Inmaculado.

Pablo VI insiste en que «elemento esencial del rosario es la contemplación. Sin ella el rosario es un cuerpo sin alma y su rezo peligra convertirse en una mecánica repetición de fórmulas... Por su naturaleza, el rezo del rosario, exige un ritmo tranquilo y casi una lentitud reflexiva, que favorezcan en el que lo reza la meditación de los misterios del Señor, a través del Corazón de la que estuvo más cerca de él, y abran sus insondables riquezas» (MC 47).

El rosario aparece también como un deseable vínculo de unión de los miembros de la familia cristiana. «Queremos recomendar vivamente el rezo del santo rosario en familia. El Concilio Vaticano II ha puesto en evidencia que la familia, célula primera y vital de la sociedad, 'gracias al mutuo amor de sus miembros y a la oración elevada a Dios en común, se revela como el santuario doméstico de la Iglesia' (AA 11)... Por esto, a la recuperación de la noción teológica de la familia como Iglesia doméstica, debe seguir coherentemente un esfuerzo concreto para instaurar en la vida familiar la oración en común» (MC 52).

Es connatural al rosario la promoción de la unión y de la vida cristiana en las casas. El P. Patricio Peyton, apóstol del rosario, afirma: «Una familia que reza el rosario es una familia unida». Parece un eco de las palabras de Pío XII: «Para la empresa tan difícil de llevar de nuevo a la práctica del Evangelio, uno de los medios más eficaces es el rezo en común del rosario».

El motivo profundo que actúa en lo íntimo de los miembros de la familia, recogida en oración ante la Virgen, es que el culto mariano auténtico empuja «a la imitación de sus virtudes» (LG 67), «promueve eficazmente el culto debido a Dios... y hace que sean observados los mandamientos» (LG 66): fundamento de toda ley moral y fuente de bien y felicidad verdadera.

Pero esto vale para toda forma de convivencia humana. Un grupo juvenil escribe sobre su experiencia de oración y de vida: «Cuando nos encontramos en algún lío referente a nuestras iniciativas, nos ponemos en forma con el rosario, descubriendo como una verdadera oración de contemplación, de sencillez: la oración de los pequeños».

San Pío X, escribiendo al cardenal Vannutelli, afirmaba: «Para restaurar todo en Cristo, son muchas las cosas que, en verdad, deseamos ardientemente que se mantengan y desarrollen entre el pueblo cristiano, y, en primer lugar, como hemos declarado ya otras veces, ponemos la devoción a la augusta y siempre Virgen Madre de Dios. Donde esta devoción ha echado profundas raíces en las almas, no habrá fruto de virtud y santidad que no pueda producir y hacer madurar. En efecto, lo que se dice de la divina Sabiduría que penetra los espíritus de los hombres, puede también justamente aplicarse al culto hacia la Virgen: 'Me vinieron con ella todos los bienes'» (*Ad omnium instaurationem*).

La devoción y el culto mariano no son sólo útiles, sino necesarios. Sin ellos es muy difícil obtener y, sobre todo, conservar la gracia necesaria para la salvación.

* * *

Ezequiel Gutiérrez, presidente de Costa Rica, se encontraba una noche en casa rezando el rosario con su esposa y sus hijos. De repente, la casa se estremeció de modo espantoso. Los hijos aterrorizados se levantaron para ver lo que sucedía. El padre, cristiano de una pieza, se impuso: «Que nadie se mueva hasta que terminemos el rosario».

Al final, fueron a ver la impresionante catástrofe. Un terremoto había destruido la ciudad. En medio de la ruina casi total, había permanecido intacta la casa donde el presidente y su familia habían estado rezando a la Virgen. Existe todavía. Parece un santuario que muestra al mundo las gracias que la Virgen puede conceder a las familias que cada día rezan el rosario en común.

28. Lo pide con insistencia la Virgen

Jesús dijo que es amigo suyo el que hace su voluntad (Jn 15,14). Lo mismo nos dice su Madre Inmaculada. Lo manifestó en Fátima. Dijo a los pastorcitos el 13 de mayo de 1917: «Rezad el rosario todos los días... También Francisco vendrá al cielo, pero tiene que rezar muchos rosarios». El 13 de junio insiste: «Quiero que todos los días recéis el rosario». Y el 13 de julio: «Quiero que continuéis rezando al rosario en honor de la Virgen del Rosario, añadiendo en cada misterio: 'Jesús mío, perdona nuestras culpas; presérvanos del fuego del infierno; lleva al cielo a todas las almas; socorre de modo especial a las más necesitadas de tu misericordia'».

El 19 de agosto: «Quiero que sigáis yendo a la Cova de Iría (los tres niños habían estado detenidos y habían faltado a la cita el día 13); que sigáis rezando el rosario todos los días. El último día os diré quién soy y haré el milagro para que todos crean...».

El 13 de septiembre: «Seguid rezando el rosario para obtener el fin de la guerra».

El 13 de octubre: «Yo soy la Virgen del Rosario. Quiero que sigáis rezando al rosario todos los días».

Con el rezo del rosario obtendremos la gracia de la salvación. La Virgen aseguró a Francisco que iría al cielo, pero que tenía que rezar muchos rosarios. Se resistía a hacerlo, a pesar de la insistencia de la familia; prefería jugar. Fue el primero de los tres que dejó la tierra, pero rezó muchos rosarios y la Virgen se le apareció poco antes de morir para llevarlo al cielo.

Sor Lucía me escribió en noviembre de 1970: «Por desgracia, son poquísimas las personas que participan todos los días en la sagrada liturgia, alimentándose del Pan eucarístico. Por tanto, la oración del rosario es indispensable para esas almas. Si no rezan el rosario, ¿qué oración van a hacer? Y sin oración, ¿quién se salva?... Diría que también para las almas que participan en la liturgia todos los días, el rezo diario del rosario es necesario para conservar la fe, la esperanza y la caridad».

La Virgen invocada tantas veces al día («Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte»), no nos abandonará en aquel momento extremo. La Virgen, con el rezo del rosario, nos obtiene también muchas *gracias temporales*. En la tercera aparición de Fátima, Lucía pidió la curación de algunos enfermos. La Virgen respondió que, si rezaban el rosario, curarían a lo largo del año. Es una llamada para recordarnos nuestras necesidades espirituales, pero también nuestras preocupaciones terrenas.

Pero la Virgen, de mayo a septiembre, en la Cova de Iría, hizo también una tercera promesa, ligada a una condición: «Rezad todos los días el rosario, para obtener la paz en el mundo y el final de la guerra».

Jacinta, al despedirse de su prima Lucía para ingresar en el hospital de Lisboa, le recordó con vehemencia: «No te olvides de decir a todos que Dios ha puesto la paz en las manos de la Virgen. Di a todos que le recen».

Que el santo rosario sea la dulce cadena que nos ate a María, como dijo tantas veces el P. Pío de Pietralcina.

En Lourdes, en 1854, en la gruta de Massabielle, una Señora hecha de luz, se apareció a Bernadette. Tenía las manos juntas. De su brazo derecho cuelga un rosario. Pasado el primer momento de estupor, le viene a Bernadette la idea de defenderse de una posible intervención de fuerzas malignas. No logra levantar el brazo.

Entonces, como para tranquilizarla, la Señora hace la señal de la cruz y Bernadette logra así santiguarse y sacar el rosario del bolsillo. La Señora misteriosa la acompaña desgranando entre sus dedos las cuentas del rosario.

Evidentemente, la Virgen no podía dar ejemplo a Berna-

dette. El Ave María no habría tenido sentido en sus labios. Sin embargo, se inclinaba al «Gloria al Padre».

Hubo después momentos de tristeza que se reflejaban, como en un espejo, en el rostro de Bernadette.

A un testigo que le preguntaba por qué aquello, la vidente respondió: «Me pedía que rezase por los pecadores».

El misterio de Lourdes es un mensaje en acción, porque Bernadette repite los gestos de la Virgen que hace la señal de la cruz, desgrana el rosario, se inclina al «Gloria al Padre».

En Fátima, con la recomendación de la fidelidad a aquella práctica, la Virgen enseña, en el mes de julio, a intercalar la jaculatoria reproducida antes. Hay una referencia especial a las almas más necesitadas de la divina misericordia: los pecadores en peligro de perderse eternamente.

Es una invitación a tomar conciencia de nuestra solidaridad y de nuestra responsabilidad en la unidad del cuerpo místico: «*Rezad por los pecadores*».

Los dos mensajes de Lourdes y Fátima podrían formularse así: la Virgen sin pecado y Madre de todos los hombres viene a socorrer a los hijos desviados llevándonos a los comienzos del Evangelio: «Convertíos, porque el reino de los cielos se acerca».

Es una llamada materna a comprometernos.

* * *

Hay muchos superhombres que desprecian el rezo del rosario: «¿Para qué sirve?, objetan con escepticismo. «¡Para que venga la paz al mundo hacen falta otras cosas!»

No saben, u olvidan, que bastó una piedrecita para abatir irremediablemente el coloso con el que soñó Nabucodonosor...

El gran músico Cristóbal Gluck, siendo niño, con su canto en la catedral de Viena, atrajo la atención del abate P. Anselmo, que le regaló un rosario, recomendándole que lo rezase todos los días. «¡Te traerá suerte!».

El músico no dejó el rezo diario ni siquiera cuando llegó a ser famoso. En la ejecución de sus obras, entre acto y acto, se le veía retirarse del podio para rezar. «¿Qué hace aquí?», le preguntaban con frecuencia. «Acabaremos a medianoche.

Estaré cansado y me dormiré enseguida. Estoy rezando mi rosario». Y enseñaba el que tenía en las manos.

Yendo en barco de Londres a Nápoles para dirigir una ópera, se levantó una tempestad espantosa. La tripulación gritaba desconcertada. Sólo Cristóbal Gluck, sobre el puente, rezando el rosario, miraba sereno el cielo surcado por los relámpagos.

«Maestro —le gritó asustado el capitán— ¡piense también usted en el salvamento!»

«Estoy pensando en él —respondió el músico enseñándole el rosario—. El P. Anselmo me lo aseguró, capitán: llegaremos con felicidad a Nápoles. Esté tranquilo.»

Pocas horas después, por entre las nubes rotas hacia occidente, apareció el sol para iluminar las olas aún inquietas...

29 Sor Lucía, apóstol del rosario

La vidente, el 26 de noviembre de 1970, me escribió una carta que un especialista en Biblia definió como «una joya». Cuando pienso que sor Lucía asistió sólo a las clases elementales, me siento inclinado a decir que la carta «ha sido inspirada, porque sor Lucía es portadora de un mensaje celestial». En efecto, en la Cova de Iría la Virgen le había dicho: «Tú te quedas todavía algún tiempo. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar... Quiero que aprendas a leer y a escribir».

En la carta, que me escribió, porque llegó a conocer mi propaganda sobre Fátima, dice: «He sabido con alegría la noticia de su nuevo apostolado. Pienso que ha nacido de una gran inspiración y que responde a la mayor necesidad de nuestros tiempos. El decaimiento del mundo es fruto, sin duda, de la decadencia del espíritu de oración. La Virgen recomendó el rezo del rosario en previsión de esta desorientación... El nos pone en contacto con la Santísima Trinidad». Lo comenzamos con las palabras: «¡Señor, ven en mi ayuda! ¡Date prisa en socorrerme!... Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo», y repetimos el Gloria en todos los misterios para alabar a la Santísima Trinidad. Podemos creer que esta alabanza ha sido sugerida por Dios Padre a los ángeles enviados a cantar a su Hijo apenas nacido como hombre.

Pienso que el rosario, más que oración mariana, se puede llamar «oración trinitaria».

Después del Gloria rezamos el Padre nuestro, oración dirigida al Padre y enseñada por Jesús: es únicamente alabanza y súplica elevada a Dios.

Y Jesús no nos ha dicho que esta oración, pasado el tiem-

po, quedaría anticuada y que buscásemos, por tanto, otro modo de orar. Nos ha dicho sólo: «Orad así: Padre nuestro que estás en los cielos».

También el Ave María —continúa la carta— es una oración dirigida a Dios y en ella encontramos la primera revelación hecha por él a los hombres sobre el misterio de la Trinidad.

El ángel enviado por el Señor a anunciar a María la Encarnación del Verbo, la saluda con las palabras dictadas por el Padre: «Ave, María, llena de gracia, porque eres templo en que habita Dios». Y el ángel añadió: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios».

Nos encontramos, pues, ante el primer templo vivo en que habita la Trinidad y donde tiene lugar la primera revelación de este misterio a los hombres: el Padre la cubre con su sombra, el Espíritu Santo desciende sobre ella y el Hijo de Dios se hace hombre en ella. De este modo, María fue el primer tabernáculo vivo donde el Padre encerró a su Hijo, el Verbo hecho carne. Fue la primera custodia que lo acogió: su Corazón Inmaculado. En sus venas circuló la primera sangre de Dios hecho hombre. Su seno y sus brazos fueron el primer altar sobre el que el Padre expuso a su Hijo a nuestra adoración: allí lo adoraron los ángeles, los pastores, los magos.

Ponderando toda la belleza del auténtico significado del Ave María, entenderemos que es una oración no simplemente mariana, sino también trinitaria y eucarística. No sé si podremos encontrar oraciones más sublimes, más propias y más agradables para recitar delante de la Eucaristía... Todo va dirigido a Dios por medio de la unión de María con Dios: «Porque eres Madre de Dios, Templo vivo de Dios, Tabernáculo vivo del Verbo hecho carne, ruega por nosotros, pobres pecadores».

La oración del rosario, pues, y el culto a la bienaventurada Virgen son bellos, porque «mientras se honra a la Madre... el Hijo es debidamente conocido, amado y glorificado. Este culto se hace camino que conduce a Cristo, fuente y centro de la comunión eclesial» (MC 32).

Juan Pablo I, cuando era patriarca de Venecia, escribía: «Naamán Siro, gran general, desdeñaba el simple baño en el Jordán que le sugería Eliseo. Algunos hacen como Naamán: «Soy un gran teólogo, un cristiano maduro que respira Biblia a plenos pulmones y suda liturgia por todos los poros, ¿y se me propone el rosario?».

Y, sin embargo, los quince misterios del rosario son Biblia; y lo mismo el Padre nuestro, el Ave María y el Gloria.

Biblia unida a oración que hace bien al alma. Una Biblia estudiada por puro amor de investigación, podría hinchar el alma de soberbia y esterilizarla: no es raro el caso de escrituristas que han perdido la fe».

* * *

¡El rosario es oración poderosa! Escribe Sor Lucía en sus memorias: «Mi madre se puso enferma de gravedad y estaba en la agonía. Todos nosotros, sus hijos, nos reunimos alrededor de su lecho para recibir su última bendición. Mi madre, al verme, se reanimó algo y abrazándome, exclamó: «¡Pobre pequeña mía!, ¿qué será de ti sin madre? Muero llevándote en el corazón». Y mientras me decía esto, me apretaba hacia sí, de modo que mi hermana me separó de ella, prohibiéndome que me acercara a aquel lecho.

Yendo por vericuetos para no ser vista, fui a Cova de Iria rezando el rosario. Lloré mucho allí y prometí volver a rezar el rosario durante nueve días y dar una comida a niños pobres, si la Virgen curaba a mi madre. Volví a casa con la confianza de haber sido escuchada. Cuando entré, mi madre estaba mejor. A los tres días estaba curada. Acompañada por ella pude cumplir el voto hecho a la Madre del cielo».

30. Saludamos a María con el ángel Gabriel

Es mediodía. Mientras las campanas de la parroquia de Fátima invitan a rezar a María con el saludo del ángel, en la Cova de Iría desciende la Virgen a hablar con los tres pastorcitos.

También en Lourdes, un siglo antes, sucedió lo mismo y precisamente a aquella hora.

¿Pura coincidencia o más bien una prueba de lo mucho que agrada a la Virgen la devota plegaria del «Angelus»?

Se la podría considerar como una respuesta del cielo al saludo universal de los cristianos: «El ángel del Señor anunció a María. Y ella concibió del Espíritu Santo».

La oración es un saludo a un amigo.

Dios, Jesús Salvador, la Virgen, los santos, los difuntos son todos amigos invisibles, pero presentes: la fe nos los acerca. El que cree, los siente, los saluda: ora.

La oración da la medida de la fe. El que no cree, descuida la oración. El que cree poco, ora poco.

Orar es pensar con amor en Dios, en la Virgen, en los amigos santos.

El Angelus Domini es un saludo: es una oración usada por la mayor parte de los hombres en «los momentos característicos del día —mañana, mediodía y tarde—, que señalan los tiempos de su actividad y constituyen una invitación a una pausa de oración» (MC 41). Una oración caracterizada por una «estructura sencilla», por un «carácter bíblico», por «ritmo casi litúrgico» y por «una apertura hacia el misterio pascual».

Desde hace casi mil años, el Angelus da a todos la posibilidad de unirse a la alabanza perenne solos o con otros amigos, recordando los misterios de salvación, con la mirada y el pensamiento puestos en María.

Oración que santifica diversos momentos de la jornada y con la que, «mientras conmemoramos la Encarnación del Hijo de Dios, pedimos ser conducidos por su pasión y su cruz a la gloria de su resurrección... Oración que conserva sin alteración su valor y su frescura», del mismo modo que permanecen intactos «el valor de la contemplación del misterio de la Encarnación del Verbo, del saludo a la Virgen y del recurso a su intercesión misericordiosa» (MC 41).

El saludo del ángel a la Virgen Madre de Dios invita a meditar sobre su colaboración a la redención realizada por Cristo.

No se puede hablar de Jesús y de salvación sin pensar en María. Es ella la que lleva a Jesús; ella la primera cristiana, es decir, la criatura más próxima y más llena de Jesús. Es la más semejante a él: es la obra de arte de Dios, la redimida perfecta, la plenamente injertada en Cristo.

Con su «sí» dio comienzo a nuestra salvación y colaboró de modo insustituible con Jesús.

El «sí» de la Virgen Madre ha lanzado un puente entre la tierra y el cielo; sobre él ha pasado Dios para entrar en la historia del hombre.

Su «sí» fue un creciente acto de fe, de amor, de obediencia, de sacrificio: desde Nazaret a Belén, desde Jerusalén a Caná, desde el Calvario al cenáculo, con el nacimiento oficial de la Iglesia gracias a la venida del Espíritu Santo.

Todos esos momentos han sido señalados por la presencia de la Virgen.

Con el Angelus honramos su fe y le recordamos que es nuestra Madre y al mismo tiempo hermana, porque debió abrirse paso entre las pruebas más tremendas.

Con el Angelus recordamos su contribución a la historia de nuestra salvación y así nos sentimos invitados a imitarla en su «sí», es decir, nos sentimos comprometidos a colaborar también nosotros en el reino de Dios.

Mañana, mediodía y tarde. Son tal vez los únicos momentos en que la familia se encuentra reunida. Tres momentos en los que de cada casa se puede elevar al cielo un coro de alabanza, de súplica, que tal vez dé un tono más cristiano a toda nuestra convivencia, suscitando energías nuevas para la lucha diaria.

Porque bajo la mirada de la Madre todo se vuelve mucho más dulce y claro.

* * *

«**Angelus Domini**» es la frase con que se llama esta piadosa devoción según la cual, al toque de la campana por la mañana, a mediodía y al ponerse el sol, los fieles reciben la invitación a decir tres avemarías, con los versículos del Evangelio que conmemoran la Encarnación y en alabanza de la Virgen María. Esta práctica piadosa se difundió en la Edad Media y se hizo universal en la Iglesia, enriquecida por preciosas indulgencias.

Juan Pablo II, en el primer Angelus que rezó desde la ventana de su residencia junto a los fieles en la plaza de San Pedro, dijo: «Deseo reanudar la magnífica costumbre de mis predecesores y rezar con vosotros el «Angelus Domini». Ha terminado hace poco la solemne misa de inauguración de mi ministerio de sucesor de Pedro. Para vivir intensamente este momento histórico, hemos hecho la profesión de fe en común que decimos todos los días en el Credo de los Apóstoles: «Creo en la santa Iglesia católica...». Ahora debemos ir más lejos todavía. Tenemos que llegar a aquel momento de la historia del mundo en que el Verbo se hizo carne. Cuando el Hijo de Dios se hace Hombre. La historia de la salvación alcanza su cima y, al mismo tiempo, comienza de nuevo en su forma definitiva, cuando la Virgen de Nazaret acepta el anuncio del ángel y pronuncia las palabras: «Hágase en mí según tu palabra». En aquel momento es como concebida la Iglesia. Volvamos, pues, al comienzo del misterio... En él abrazamos todo el pasado de la cristiandad y de la Iglesia, que, aquí en Roma, encontró su centro».

31. Mayo para María⁽¹⁾

La más antigua oración a la Virgen, «venerable por la antigüedad, admirable por su contenido» (MC 13), se remonta al siglo tercero y su texto se conserva en un folio de papiro encontrado en 1817. En él se lee: «Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios: no deseches nuestras súplicas en nuestras necesidades; antes bien, libranos del peligro, oh Virgen gloriosa y bendita».

El tono de esta oración parece indicar un tiempo de persecución, de la que se desea verse libres. En las necesidades graves del cristiano, busca éste refugio bajo el manto de la Virgen: manto de grande misericordia y solicitud materna. Se dirige a ella como socorro y salvadora, por ser Madre de Dios. Pero, al afirmar claramente la maternidad divina, esta oración hace una clara alusión a su inmaculada pureza, proclamando a la Virgen santa como la «sola pura, la sola casta y bendita». La liturgia ha hecho suya esta oración colocándola en la celebración de Completas. Don Bosco la incluyó en la fórmula de la bendición de María Auxiliadora, aprobada por la Santa Sede.

Recurrir a María en los peligros y en las angustias, siguiendo la invitación autorizada de los sumos pontífices, ha sido constante en los siglos.

Pablo VI, en abril de 1965, escribió en su encíclica *Mense Maio*: «Nos es muy grata y consoladora la piadosa práctica del mes de mayo, tan llena de honores para la Virgen y tan

(1) Cuando estas reflexiones se usan para el mes de mayo, la lectura de este capítulo se debe colocar como primera de la serie.

rica de frutos espirituales para el pueblo cristiano. Ya que María ha sido siempre el camino que conduce a Cristo... ¿Qué significa, si no, el recurso continuo a María, sino buscar en sus brazos, en ella, por ella y con ella, a Cristo nuestro Salvador, a quien los hombres, en los desvíos y peligros de aquí abajo tienen el deber y sienten sin tregua la necesidad de dirigirse, como a puerto de salvación y como a fuente transcendente de vida?... Fue costumbre muy querida para nuestros predecesores escoger este mes consagrado a María, para invitar al pueblo cristiano a oraciones públicas, siempre que lo requiriesen las necesidades de la Iglesia o cualquier peligro amenazador acechase al mundo... Si consideramos, efectivamente, las necesidades presentes de la Iglesia y las condiciones en que está la paz en el mundo, tenemos serios motivos para creer que esta hora es especialmente grave y urge más que nunca la invitación a unirnos en un coro de oraciones... Nos ponemos nuestra confianza en la que hemos tenido el gozo de proclamar... Madre de la Iglesia... El otro motivo de nuestra llamada está en la situación internacional... Creemos necesario hacer conocer nuestras preocupaciones y el temor de que las diferencias se acentúen hasta el punto de que se engendre un conflicto sangriento... mientras que la aspiración unánime de la humanidad es de paz... Pero la paz no es sólo un producto humano; es también, y sobre todo, un don de Dios. La paz baja del cielo... Nosotros intentaremos obtener este insuperable bien rezando..., como hizo siempre la Iglesia desde los primeros tiempos; rezando de modo especial con el recurso a la intercesión y a la protección de María Virgen, que es la Reina de la paz.

A María, pues, se deben alzar en este mes mariano nuestras oraciones... Hacemos especial hincapié en las oraciones de los inocentes y de los que sufren, porque son sus voces las que, por encima de cualquier otra, penetran en los cielos y desarman la divina justicia... No dejéis de inculcar con sumo cuidado la práctica del santo rosario, esa oración tan querida por la Virgen y tan recomendada por los sumos pontífices...

Es el mes en el que, en las iglesias y dentro de las paredes domésticas, sube más férvida y afectuosamente del corazón de los cristianos a María el homenaje de su oración y de su veneración. Es también el mes en el que fluyen hacia

nosotros los dones de su misericordia de forma más amplia y abundante».

Los tristes hechos de los que somos con frecuencia testigos prueban que la llamada de Pablo VI es aún de acuciante actualidad.

El reconocimiento del lugar privilegiado de la Virgen y el conocimiento de nuestra bajeza, con la amarga necesidad de nuestros tiempos, son una invitación a dedicarle este mes. Tenemos necesidad muy grande de ella. La devoción a María coincide con la mayor necesidad de ella. Ella es nuestra Abogada y Auxiliadora. Rebosa de gracia: puede volver a dar rectitud y paz a los que se han embrutecido en el pecado; puede dar amor a los que han apartado su corazón de Dios; puede devolver la belleza a los que han perdido la inocencia no sin tristeza.

* * *

Una señora francesa estaba sumida en la angustia. Su marido, después de una vida pecaminosa, se había tirado desde un puente y se había ahogado. En medio de aquella obsesión que no le concedía un rayo de paz, se fue a Ars. La iglesia estaba rebosante. El santo párroco Juan Vianney pasó entre la muchedumbre y vio a la mujer que, vestida de luto, estaba arrodillada. El santo, como atraído por una llamada celestial, se detuvo por algunos momentos. Después se inclinó y le susurró al oído: «¡Se ha salvado!». Con un gesto de incredulidad, la mujer preguntó: «Pero, ¿quién?». Y el santo, silabeando cada palabra, insistió: «Le afirmo que su marido se ha salvado. Está en el purgatorio. Hace falta rezar por él». «Pero, padre, ¿es posible?». «Entre la barandilla y el agua del río estaba Dios. Hizo un acto de contrición y se salvó. ¿Usted no recuerda que su marido, cuando volvía del campo, llevaba todos los días un ramo de flores al altar de la Virgen? Este homenaje delicado le obtuvo la gracia del arrepentimiento en el último instante de su vida».

INDICE

	<i>Págs.</i>
Presentación	7
1. La Natividad de María	9
2. Llena de gracia	14
3. La Bienaventurada Virgen de Lourdes	17
4. Anunciación del Señor	21
5. He aquí la esclava del Señor	25
6. María Madre de Dios	28
7. María es mi Madre	32
8. Visitación de María a Isabel	37
9. El canto de la Virgen	40
10. El canto de la misericordia	44
11. María modelo de fe	47
12. María, la Virgen en oración	50
13. La presencia del dolor en María	55
14. María junto a los pobres	59
15. Cooperadora del Redentor en Caná	62
16. Cooperadora del Redentor en el Calvario	67
17. Corazón Inmaculado de María	71
18. «Mi Corazón será tu refugio y tu camino hacia Dios»	76
19. El Corazón de María, firme en la caridad	80
20. La consagración al Corazón Inmaculado de María	83
21. La consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María.	88
22. Virgen María del Monte Carmelo	93
23. María asunta al cielo	97
24. María Reina	102
25. Realeza materna sobre los hombres	106
26. Reina del santo Rosario	110
27. El Rosario de María	114
28. Lo pide con insistencia la Virgen	117
29. Sor Lucía, apóstol del Rosario	121
30. Saludamos a María con el ángel Gabriel	124
31. Mayo para María	127

INDICE

1
4
14
17
21
22
23
27
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131

COLECCION MARIANA

- 1.º *Con Ella*, por BASILIO BUSTILLO.
- 2.º *María en la Vida Cristiana*, por H. M. PASQUALE.



**CENTRAL
CATEQUISTICA
SALESIANA**